



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CATAMARCA
FACULTAD DE HUMANIDADES
SECRETARÍA DE POSTGRADO E INVESTIGACIÓN
DIRECCIÓN DE POSGRADO
ESPECIALIZACIÓN EN ESTUDIOS SOCIALES Y CULTURALES

Trabajo de Integración Final

HACHAR EL ÁRBOL, VIVIR EL CAMPO.

Agenciamiento territorial local hacia el sur de Andalgalá.

Ensayo etnográfico indisciplinado.



Director: Dr. Alejandro Fabio Haber

Estudiante: Cesar Walter Reartes

Ciclo lectivo 2021

Dedico las páginas que siguen a Don Julio Brizuela y Doña Graciela Córdoba de Brizuela quienes, desde el primer día que los conocí, me abrieron las puertas de su casa tratándome siempre como si fuera uno de sus hijos. Por las conversaciones, a cada uno de los hermanos Brizuela; que son ya mis hermanos también.

A mi amor, Verónica, gran compañera de mudanzas.

Contenido

Palabras iniciales de una investigación indisciplinada hacia el sur de Andalgalá	6
De la casa en Huaco al campo, y del campo a La Isla. Notas de geograficidad e historicidad	14
Sintiendo el campo con los pies	14
Historias que trazan al campo	19
Abrazar libertad en el arenal. Primeras notas etnográficas con los pies en el campo de Huaco	28
En toda mudanza importan los primeros pasos	28
La casa y las plantas	30
Fugarse al campo	32
Vino, asado y juego en el puesto de los Pihuala	34
Cátedra de truco abierta a cargo de don Julio	38
Sobre espantos y otras historias	39
Registro fotográfico en el Puesto de los Pihuala	43
Vestigios, vino, truco y conversación ampliada en el campo y La Isla	50
Los preparativos y la juntada	50
El viaje de ida	53
Recorriendo el viejo aserradero	57
Otra vez el asado, la música y el vino	59
Truco y conversación ampliada	61
La vuelta, un par de cervezas con don Julio, y el partido Boca-River	68
Registro fotográfico del campo y La Isla	72
Calentito pá junta algarroba, lindo pá conversar	81
Salir al campo con Torero	81
Iniciando una larga conversación	83
Huellas de la deforestación	89
Julito al rescate	90
A juntar algarroba	92
Continuando la charla con Torero	93

Labor cumplida, hora de volver	96
La humareda de la chata	101
Registro fotográfico de la salida con Torero	104
Conversación con don Julio y doña Graciela sobre sus vidas en La Isla	117
Fotos familiares compartidas por doña Graciela	142
Tejiendo a la par de otros textos, entrecruzando reflexiones	145
Entretejiendo pensamiento y escritura	145
Sobre la mudanza que implicó esta investigación	148
Aprender de la memoria local como historia en si misma	157
Escombros, vestigios y sentires en La Isla	163
Algunas notas sobre agenciamientos territoriales locales	168
Campo y crianza. Relacionalidades locales hacia el sur de Andalgalá	172
Palabras finales de una investigación abierta	179
Bibliografía	183
Canciones citadas	186

*Con su permiso voy a dentra,
aunque no soy convidao,
pero en mi pago un asao
no es de nadie y es de todos,
yo voy a cantar a mi modo
después que haya churrasquiau.*

*Yo sé que muchos dirán
que peco de atrevimiento,
si largo mi pensamiento
pal rumbo que ya elegí,
pero siempre ha sido así,
galopador contra el viento (...)*

*No sé si mi canto es lindo
o si saldrá medio triste,
nunca fui zorzal ni existe
plumaje más ordinario,
yo soy pájaro corsario
que no conoce el alpiste*

*Vuelo porque no me arrastro
que el arrastrarse es la ruina,
anido en árbol de espina
lo mesmo que en cordillera,
sin escuchar las zonceras
del que vuela a lo gallina (...)*

*Aunque mucho he traqueteado
no me engrilla la prudencia,
es una falsa experiencia
vivir temblándole a todo,
cada cual tiene su modo
la rebelión es mi "cencia" (...)*

*Yo vengo de muy abajo
y muy arriba no estoy,
al pobre mi canto doy
así lo paso contento,
porque estoy en mi elemento
y ahí valgo por lo que soy (...)*

*Nadie podrá señalarme
que canto por amargao,
Si he pasado las que he pasado
quiero servir de advertencia,
el rodar no será "cencia"
pero tampoco es pecau....*

*Atahualpa Yupanqui
El payador perseguido (1964)*

Palabras iniciales de una investigación indisciplinada hacia el sur de Andalgalá

La investigación no es algo que vaya a suceder luego de escribir un proyecto, cuando salgamos al campo a observar los datos y volvamos a nuestras oficinas a procesarlos y analizarlos, y al fin nos pongamos a escribir el conocimiento. Por el contrario, la investigación ya ha comenzado. Escribir un proyecto de investigación no puede ser más mentiroso respecto de la experiencia de la investigación. Pero, si lo despojamos de la proyectiva secuencial que comporta el género literario de los proyectos de investigación, podemos también tomarlo como una oportunidad de escritura de la situación de la investigación.

Alejandro F. Haber

No metodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada (2011a, p. 26)

En el amor, en la amistad (...) no hay objetualidad ni instrumentalismo. Nadie se preserva de lo que puede el vínculo, ni se sale de allí incontaminado. No se experimenta el amor ni la amistad de manera inocente: todos salimos reconstruidos de ellos.

MTD de Solano y Colectivo Situaciones

Hipótesis 891. Más allá de los piquetes (2002, p. 16)

Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de -también conforme un principio de Nietzsche- meter toda mi sangre en mis ideas.

José C. Mariátegui

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (2010, p. 53)

Podría comenzar diciendo que los registros etnográficos situacionales que siguen más abajo, junto con su crítica subjetivante, tratan de un encuentro fruto de un largo recorrido; podría decir que en definitiva tratan de cuando por fin pude conocer La Isla del campo, lo que me permitió hacer mis primeras huellas en el inconmensurable campo. Pero sucede que un encuentro, necesariamente, implica otros y, por ello mismo, es preciso decir que esta experiencia no solo trata de un encuentro personal, sino más bien de encuentros, los cuales fueron no solo entre seres humanos, sino también entre seres no humanos, dioses, diablos y vestigios. Por supuesto, como no suceden encuentros sin recorridos y desplazamientos, este texto trata de ellos, los cuales están envueltos en conversaciones y, como estas fueron serias, también trata de desaprendizajes y aprendizajes.

Pasé largas noches tratando de dilucidar cuál había sido el genuino origen de mi propio recorrido, esforzándome en encontrar aquella exigida génesis problemática que me sirviera de coartada para decir: “¡Señores, les presento el resultado de una investigación disciplinada!, ¡la cual es la consecuencia de objetivos predefinidos claros!

¡Señores, están ustedes además ante el trabajo de un hombre ya teórico, que merece la toga del buen hermeneuta!” Al fin y al cabo, me encuentro finalizando un trayecto formativo de posgrado y hay que rendir cuentas. ¿Pero cómo justificar una investigación que se fue haciendo sin un problema exactamente especificado y definido de antemano, sin lo sintomático que me haya trazado un trayecto preciso de escritura? En definitiva, diré que tal génesis se encuentra más bien en una experiencia vital rizomática (Deleuze y Guattari, 1976, p. 2), refiere a mudanzas (Haber, 2011a, p. 16) y que su trayectoria se fue definiendo a partir de diversas conversaciones, las cuales tejieron redes de relaciones (Haber, 2011b, p. 14); donde el cruce con otras vidas y otros recorridos me fueron llevando y acompañando a un lugar extraordinario; en fin, a La Isla del campo, final hecho nuevo comienzo de un andar que me reintrodujo en el campo.

Cabe mencionar algunas cuestiones referidas al recorrido que me llevó a La Isla del campo. En primera instancia diré que, para haber llegado a La Isla, antes tuve que llegar al distrito Huaco, aunque cuando llegué a Huaco no lo hice sino para conocer a quienes serían mis suegros, don Julio y doña Graciela.¹ En fin, fue mi relación con Verónica² lo que me llevó; la necesidad de formalizar nuestra relación. Por supuesto, todo esto sucedió hace un tiempo ya prolongado, unos ocho años, y conforme fueron pasando, de tanto ir, venir y compartir, fui creando lazos de amor y amistad con una hermosa familia que desde un primer momento me hizo sentir como en mi casa. Confieso que, aunque yo soy de Andalgalá, nunca me había tomado el tiempo de conocer en profundidad la parte sur del Departamento antes de conocer a Vero; tal vez eso fue así por el hecho de que Huaco, en mis tiempos de niñez y adolescencia, carecía ya del ritmo convulsionado que había tenido en otros tiempos; tales como en los de actividad del ingenio de Pilciao, o en los del Ferrocarril General Belgrano, Ramal A4. Mi única aproximación se había dado cuando de niño mi madre me había llevado a conocer los tráileres (casillas rodantes) que habían llegado tras la instalación de Minera Alumbra y de la construcción del mineroducto que atraviesa su campo; en ese momento Huaco pareció recuperar aquel ritmo agitado de antaño, pero solo fue efímero. En definitiva,

¹ Julio Néstor Brizuela y Graciela Córdoba de Brizuela, grandes maestros en este viaje que nos acompañarán a lo largo del texto. Don Julio en su vida fue hachero, quemador de carbón, pequeño agricultor, crío animales, albañil y chofer profesional del camión de residuos de la municipalidad. Doña Graciela es una mujer de una gran sabiduría, su vida está marcada por su pasado en el campo y sus años en Huaco, donde supo criar a sus diez hijos. Actualmente ambos están jubilados y viven juntos en Huaco.

² Verónica Brizuela, gran compañera de mudanzas, literal. Nos conocimos en un colectivo, viajando de Andalgalá a San Fernando del Valle de Catamarca, recorrido que ambos hacíamos por estudios. Llevamos doce años juntos. Actualmente alquilamos en San Fernando del Valle de Catamarca.

conocer a Vero fue lo que me llevó a conocer Huaco, y llegar a Huaco fue lo que me permitió entablar una relación de afecto con don Julio, doña Graciela y sus hijos. En esa relación de afecto se tejieron largas conversaciones cuerpo a cuerpo (Fígari, 2011, p. 8) que me fueron haciendo parte de un mundo que hasta ese momento ignoraba.

Claro, desde que puse mis pies en Huaco para conocer la familia de mi compañera, me interesó indagar sobre su pasado. En ese momento me encontraba finalizando el Profesorado en Historia en la Universidad Nacional de Catamarca y, por la importancia histórica de Pilciao y la enorme figura de Lafone Quevedo, como así también por el significado que había tenido la presencia del ferrocarril en el medio local y provincial, lo lógico hubiera sido que aprovechara mis prolongadas estadías en aquella localidad y realizara un proyecto de investigación de tesina sobre alguna de esas temáticas. No lo hice³. Sucedió que, al contrario de lo que se me había enseñado en mi formación disciplinar, me fue muy difícil plantear una aproximación a lo que se entiende como un objeto de investigación. Huaco se fue constituyendo así en un lugar al que le realizaba todo tipo de preguntas, pero sin un cuestionario redactado de antemano. En los primeros años solía salir, en moto o caminando, a recorrer sus calles, a visitar sus casonas misteriosas y abandonadas, su estación de tren, su arsenal, sus canchas. Otras tantas veces salíamos con Vero a juntar pichanilla, y me dejaba atrapar por la inconmensurabilidad de su campo semiárido, sur del sur de Andalgalá, horizonte interminable de lo que alguna vez, pensaba, había sido uno de los primeros presidios de indios de nuestro país, consecuencia de las Guerras Calchaquíes.

Todas aquellas caminatas encontraban su vuelta en la casa de don Julio y doña Graciela, a quienes recurría una y otra vez en búsqueda de alguna respuesta. Y fueron justamente las conversaciones con don Julio y doña Graciela las que me fueron guiando hacia lugares insospechados. De pronto se me fueron develando otras historias; evocaciones de un tiempo y un espacio marcado por el retumbo de hachas, gemidos de vidas envueltas en risas y tristezas, recuerdos enredados de libertades perdidas y lamentos de árboles. Así fue como escuché por primera vez de La Isla del campo como un espacio tiempo existencial compartido con un enorme aserradero, boca hambrienta del maderal, último refugio de la gran arbolada. Según me lo explicaba don Julio, aquellas hachas con

³ Mi tesis de grado al final fue: “Hacer memoria y recordar. Un acercamiento a la memoria colectiva de San Fernando Valle de Catamarca en torno a la última dictadura militar (1976-1983).” La misma fue presentada en el año 2014.

las que se tumbaban los algarrobos devenían armas vivas, exactas extensiones corporales de hombres hechos en los lejanos arenales, envueltos en la embriagante tarea de la tala y la quema del carbón, al solo amparo de Tupito y una Virgencita milagrosa; hogar que “*era tan lindo y triste a la vez*”, como me lo confesaba doña Graciela, donde se habían criado sus hijos y no se había querido salir. Por supuesto, por momentos solía pensar que estaba ante una historia agonizante que debía rescatar, y que la historia oral podría brindarme las herramientas necesarias para su salvamento, pero una cuestión se me imponía una y otra vez: ¿Quiero objetivar a sujetos con los que la relación de amor y amistad que se había ido tejiendo era mucho más fuerte que cualquier marco teórico metodológico conocido? ¿Cómo realizar una investigación disciplinada sobre un lugar que se fue haciendo el propio, y donde las relaciones afectivas presentes tejieron redes impermeables a toda pretensión extractivista, donde la relación se fue constituyendo de sujeto a sujeto? No me fue posible objetivar, y fue por ello por lo que decidí emanciparme de toda pretensión académica investigativa y dedicarme a vivir. En esa situación estuve largos años, dejándome llevar por un vínculo afectivo que creía reacio a cualquier pretensión observacional, un vínculo fijado en un presente vivencial; situación que me fue envolviendo, hermanándome cada vez más con las personas que fui conociendo, compartiendo y aprendiendo.

Por supuesto, zambullido cada vez más en una extensa red de relaciones, los marcos disciplinarios tradicionales de la ciencia histórica, que con tanto empeño había tratado de aprender en la universidad, también se fueron agrietando. Recuerdo que para mí era un complejo dilema; o abría el cerco, o me tapaba los oídos. Sucedió que, en aquellas evocaciones, no solo hombres y mujeres tenían protagonismo, sino que otros seres siempre tomaban partido en los acontecimientos que se narraban. Así, mientras se conversaba sobre historias de Huaco, La Isla, el campo, siempre se mencionaba a Dios y la Virgencita, envueltos en su lucha cósmica con el Diablo, donde también se involucraban espectros diversos como el Duende, el Perro Familiar, la Luz Mala, y la Pacha Mama, toda una comunidad alterada de seres que se piensa desde otros lugares (Grosso, 2016b, p. 19).

Pero no solo en la casa de don Julio se conversaba sobre esas historias, hubo otros lugares, y uno de ellos fue “La Canchita de Visera”. Verdadero coliseo del fútbol potrero, al cual vi nacer y crecer; verdadera escuela de la vida que me enseñó a mirar el mundo con ojos, alimentado un “pensamiento fronterizo” (Mignolo, 2018, p. 8), donde a la vez que aprendí, desaprendí; fundamental nudo del recorrido, donde los consejos

trasnochados que solíamos darnos con los changos hoy me constituyen. Sin lugar a dudas, aquellas noches de verano, entre risas, patadas y caños, entre guarachas, cumbias y chamamé, entre cervezas, vino y guateadas, fuimos criando un espacio compartido, hoy querido y visitado por tantos laburantes que se acercan a la canchita para distraerse del “mundo” unos momentos; pero también para entablar discusiones sobre el mismo. Fue precisamente en ese lugar donde las conversaciones sobre el campo excedían a las de su La Isla; donde se recordaban hazañas y se nombraban tantos lugares desconocidos para mí, allende los interminables arenales. Fue allí donde comprendí que La Isla formaba parte de una enorme constelación de lugares: campo donde aún moran y transitan seres vivos y espectros, donde median dioses y semidioses; constelación donde La Isla supo ocupar un lugar de centralidad, vestigio de violencia forestal que hoy se erige como monumento de memoria, un lugar en el que el pasado no deja aún de pasar (Haber, 2017, p. 17).

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con la Especialización en Estudios Sociales y Culturales? Sucede que conforme fui cursando tales estudios, estos se fueron constituyendo en un nuevo nudo estacional del recorrido; nudo coyuntural que me permitió, conversando con compañeros y docentes, repensar mi situación. Es innegable que haber cursado tales estudios me posibilitó abrir nuevos caminos, y desandar otros tantos... El haberme enredado en nuevas lecturas también me permitió reaprender (muchas de estas están presentes en este escrito). Conforme fui transitando por los distintos seminarios, fui sintiendo cómo aquella formación disciplinar tradicional se veía atravesada por emponzoñados chuzazos provenientes de un campo que apenas podía visualizar; que no era otro que el de los Estudios Culturales. El primer gran impacto fue escuchar al Dr. José Luis Grosso, en su seminario “Proceso de Cambio Social y Político”, cuando a modo de introducción nos planteó otro modo de ver el proceso de construcción del Estado Nación; sus fuertes críticas a la episteme civilizatoria fueron como agua fresca en un joven harto de escuchar la repetida historia triunfalista que aún se enseñaban en las catatumbas de la UNCa. Encontrarme con José Luis fue muy importante, por aquella y otras tantas reflexiones que más abajo se especificarán.

Así fui andado el trayecto formativo de la Especialización, sintiendo cómo los tabiques internos de mi disciplina no dejaban de ceder. El segundo sacudón fue cursar el seminario “Enfoques y perspectivas del análisis cultural”, dictado por el Dr. Alejandro Haber, experiencia responsable en gran medida del Trabajo de Integración Final que aquí se exterioriza. Sin exagerar, cursar tal seminario fue un asedio. Ya los muros

disciplinarios por el suelo, con Alejandro había llegado el momento de caminar, de desandar, de partir a beber de otras vertientes. Recuerdo que no fue tan sencillo; entre lecturas, conversaciones que, por momentos, eran discusión, retos y silencios, se fue pensando y repensando en otros modos de hacer investigación, indisciplinando su metodología, problematizando nuestras situaciones, enojándonos una y otra vez, hasta entender el valor del desaprender para aprender y, por ello mismo, a pensar en la multiplicidad de caminos posibles. Justamente, fue una de las actividades realizadas en dicho seminario lo que me permitió dar cuenta de que era posible transitar una investigación sin objetivar. Aún recuerdo la actividad, la cual consistía en salirse de la trinchera académico-universitaria y realizar una visita a una familia rural campesina permaneciendo al menos un día y un pernocte registrando cada una de las actividades relacionadas con la naturaleza, y cada una de las actividades no relacionadas con la naturaleza de cada miembro de la familia. La idea era realizar un informe de dicha experiencia. En mi caso personal, la actividad significó volver a un lugar en el que ya me había estado relacionado hacía mucho tiempo antes, pero del que jamás había escrito una sola palabra. Así fue como nació un registro etnográfico llamado “*Abrazar libertad en el arenal*”; primera experiencia investigativa indisciplinada basada en el reconocimiento, el aprendizaje, y la solidaridad (Haber, 2011a, p. 18), que, si bien no cumplía del todo con la consigna propuesta, pues trataba menos de una familia rural campesina que de una junta con los changos de Huaco en un puesto de cabras, fue el momento en el que comprendí la diferencia entre “el hacer” y “el vivenciar” una investigación. Tal registro realizado en inmanencia (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002, p. 18) se constituyó así en una primera experiencia escrituraria.

¿Cómo continuó la escritura? Luego de ese registro, pasó un tiempo hasta que realicé el segundo. No fue fácil, pues cada vez que estaba en Huaco me perdía entre amigos y llegaba a despreocuparme de toda aspiración interpretativa. Había terminado de cursar y aprobar todos los semanarios de la especialización, y solo contaba con un puñado de reflexiones escritas sobre lo vivenciado en Huaco en un improvisado diario. Recuerdo que, entre tantas idas y vueltas, fue muy importante cuando el menor de los hermanos Brizuela, después de haber leído por primera vez aquel primer registro me dijo: “*Walter, se me hizo un nudo en la garganta*”. Luego de su aprobación vinieron las de otros amigos, y entendí que debía animarme a continuar con la escritura, pero ¿por dónde continuar? Confieso que no estaba seguro, el universo con el que me estaba relacionando era muy

extenso, y los vínculos eran tan fuertes que toda proyección me resultaba contradictoria. De todos modos, me animé y la escritura comenzó a salir.

A rienda suelta, la ocasión para un segundo registro sucedió cuando los changos me invitaron a La Isla. Después de tantas conversaciones por fin pude conocer aquel lugar del que tantas veces me habían hablado don Julio y doña Graciela; por fin pude ver y sentir con mi propio cuerpo los escombros del aserradero de La Isla. Compartir este texto con Alejandro Haber me permitió ampliar la reflexión sobre los vestigios y el tiempo y, a la vez, comprender la potencialidad de las teorías locales de la relacionalidad y sus agenciamientos territoriales, temas sobre los que se profundiza en el último capítulo de este escrito.

El tercer registro realizado fue fruto de salir al campo con el mayor de los hermanos Brizuela. Durante esta salida tuve la oportunidad de conversar profundamente con él sobre diversos temas referidos a la habitabilidad del lugar, los cuales fueron germinando conforme entrábamos y salíamos del campo. Sin un cuestionario previsto, y con el permiso de “Torero”, me animé por primera vez a usar la grabadora de mi celular. Desgrabar tal conversación fue esclarecedor.

Por último, en marzo del año 2019, y luego de un largo camino recorrido, me animé a registrar con mi grabadora una extensa conversación con don Julio y doña Graciela. Por supuesto, no fue ni la primera ni la última conversación que tuvimos, aún continuamos conversando, pero aquel registro me permite hoy compartir con quienes lean este texto algunas de las evocaciones vivenciales de ellos.

Llegado a este punto, me propuse continuar con la escritura de este enmarañado trabajo final de integración, elaborando a la par de otros textos, intentando hilar puentes entre la propia experiencia y algunas reflexiones que fueron madurando conforme los pasos ya surcaban huellas en esta investigación indisciplinada; en definitiva, estos nudos intentan perfilar una crítica subjetivante de lo relatado en los registros, animándome a una autoetnografía, sumando a la composición, reflexiones vivenciales elaboradas por otros que también caminan la escritura.

En fin, y para no extenderme demasiado en una introducción que ya se hizo larga, advierto que el texto que está a punto de leerse forma parte de una experiencia compartida mucho más extensa; práctica investigativa indisciplinada y vivencial que careció de un objeto preciso de investigación, lo cual no significó que no fuera realizada en la seriedad, más bien, todo lo contrario. Justamente, al esquivo de toda inclinación objetivante, sorteando las formas dominantes de percepción (interpretación, valoración), importaron

más los lazos de amor y amistad (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002, p. 15), lo cual implicó, en lo personal, un renunciamiento a la pretensión mecanicista que encorsetan a la mayoría de las investigaciones universitarias que, desde un afuera, otorgan sentido, valores, intereses, etc. La relación fue cuerpo-cuerpo, y por ello no me propuse “sacar información” sino producirla (Fígari, 2011, p. 10). Sí, esta labor fue realizada en inmanencia, y significó un apartamiento de las formas tradicionales de hacer investigación universitaria -con su objeto, su método de atribución y sus conclusiones-productoras de objetivación (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002, p. 19). La amistad con quienes me animé a transitar esta investigación etnográfica-autoetnografía se mantuvo siempre; continuando hoy en día, compartiendo, conversado, bebiendo y comiendo.

No quiero dejar de aclarar que los registros que aquí se presentan, junto a sus reflexiones suscitadas, antes fueron compartidos con don Julio, doña Graciela y los hermanos Brizuela, quienes, entre preguntas, emociones, correcciones y nuevas conversaciones, aprobaron lo exteriorizado. Toca ahora compartirlo con ustedes. Por supuesto, ésta, una manera enredada de *cosiquiar* escritura etnográfica, histórica y geográfica, entretejido resultante de las diversas conversaciones entabladas dentro y fuera de la academia, de incontables idas y vueltas, no pretende ser en absoluto un recetario para seguir; me interesa más bien que sea entendido como una experiencia investigativa hecha por alguien del lugar, que optó vivir la experiencia con el cuerpo, compartiendo, bebiendo, comiendo, bailado, discutiendo entre amigos, dejándose interpelar, una y otra vez. Quisiera entonces que esta labor se entienda también como la de un ensayo, pues, en definitiva, la escritura se hizo sintiendo, caminando, pensando, intentando crear, según unos de los principios de José Martí, poniéndome la camisa al codo, hundiendo las manos en la masa, levantándola con la levadura del sudor, entendiendo que se imita demasiado. “*El vino, [nos decía Martí en 1891] de plátano; y si sale amargo, ¡es nuestro vino!*” (1993, p. 125).

De la casa al campo y del campo a La Isla. Notas de geograficidad e historicidad

*Suspirando,
el paisaje se adentra
a mi sangre.
Parte del aire,
su silbo huellando sentires
de andar y de andar.*

Jorge Cafrune
Voy andando (1962)

*Arenales dormidos en la soledad y hoy conllevados al desvelo ante el paso del hombre.
Brisas errantes con imágenes redivivas de un doloroso pasado...
Y una pasión aleteando en dolida inquietud.*

Juan Draghi Lucero
El hachador de Altos Limpio (1966, p. 168)

Ningún espacio desaparece por completo, sin dejar rastros.

Henri Lefebvre
La producción del espacio, [1974] (2013, p. 173)

Sintiendo el campo con los pies

I

Quisiera comenzar el recorrido indicando algunas referencias geográficas. Pero atención, no se trata esta presentación de una cartografía fría del espacio, sino todo lo contrario, una “geo-grafía con-y-desde la gente” (Porto-Gonçalves, 2015, p. 1). Justamente, en mi caso personal, antes de tener una cartilla de los datos geográficos del campo y La Isla, los sentí con los pies.

Pero claro, antes incluso de introducirme en el campo y saber de La Isla, tuve que conocer Huaco, y esto solo sucedió luego de estar en la casa de don Julio y doña Graciela. Entonces, fue gracias a la familia Brizuela que fui tejiendo relaciones en Huaco, haciendo amistades y ganándome poco a poco reconocimiento. Por supuesto, yo también soy de Andalgala, pero en Andalgala no es lo mismo ser “del centro” que “ser de distrito” (sospecho que en todo el interior es igual), y si bien yo nunca fui del centro-centro, mis primeros pasos dados en dicha casa fueron evaluados. ¿Quién era yo? ¿Estudiante de qué? ¿De qué familia? ¿El novio de Vero? Bueno... ¿Qué comida le gusta? ¿Qué comida no le gusta? ¿Le gusta el futbol? ¿Qué vino toma usted? ¿Cree en dios, en la virgen? ¿Cree

en el duende, en la pacha? Alguna de las tantas preguntas que fui respondiendo en mis estadías en Huaco. Conocer a toda la familia fue un proceso muy lento, fueron años de conversación, de compartir cientos de situaciones en esa casa, y desde ahí fue que comencé a tejer relaciones. Entonces, estar fue lo que me permitió sentir el lugar, pensarlo, tocar su geografía, conversar sobre su historia, en diálogo con el conocimiento local.

II

La casa de don Julio y doña Graciela queda al sur de Andalgalá. Supe que la familia vive allí desde fines de los años 70, cuando tuvieron que tomar la decisión de venirse del campo por el agotamiento de la madera y ubicarse en el distrito de Huaco. Actualmente viven en ella solos, don Julio y doña Graciela, pero como esta fue hogar de crianza para sus diez hijos, estos, junto a sus hijos también, siempre están volviendo a tomar unos mates, a comer alguna comida, a beber, a compartir los días y las noches charlando. ¿De qué se charla? De la vida, del trabajo, de futbol, de las noticias de la tele, del clima, del sol y la lluvia, de los hijos, de los vecinos... Largas y tendidas charlas. Estando “parando la oreja” en esta casa fue que comencé a escuchar sobre el campo, sobre historias de vida de familias curtidas en la embriagante tala del algarrobo y la retama, de la producción del carbón. Fue en esta casa que supe de la existencia de La Isla, paraje en el que se estableció uno de los más grandes aserraderos que existió en la región.

Sí, desde el margen sur de Huaco se ve al campo. La primera vez que lo estuve de frente sentí como la mirada se me perdía entre aquellos infinitos jarillales. Salir a camppear con mis amigos me permitió apreciar este campo con los pies, transpirando, sintiendo el sabor salvador del agua y el vino, pateando la arena, tocando la leña, pensando en los árboles, en los animales. Caminar fue el ejercicio que me permitió, y aún me permite, escribir algunas líneas desde aquellas latitudes. Como ya lo expresé, me metí al campo y a La Isla sin tener un mapa, sin referencias de la ciencia geográfica, pero habiendo escuchado decenas de historias de mis amigos, de don Julio y doña Graciela. Por ello mismo fue que cada salida a camppear estuvo cargada de emotividad, donde importó comer, beber, jugar, trabajar, pensar, sentir, conversar.

Por supuesto, el campo también es hostil. El frío, el calor, el sol, la luna se hacen sentir en la intemperie. En la inmensidad del silencio se llegan a escuchar muchos ruidos raros. Entre el grito de los zorros, el canto de algún pájaro o el chillido de las arañas, aún

se siente el trajín de vivos y muertos. Entre la brisa y el viento aún se cuelan misteriosos estallidos de hachas.

El mundo se ve de otra manera desde ese estar en el campo. Allí las huellas de los caminos y del río, los árboles, la caza y los bichos, la leña y las carboneras, los escombros y los espectros, los santos y no tan santos, los dioses y diablos, forjan el pensamiento. Descansar y conversar debajo las ramas de un algarrobo en el campo te conecta con otras historias, con otros modos de sentir la historia. Este conocimiento en el campo está en los puesteros, los que aún viven allí, pero también en quienes sufrieron el desarraigo, es decir, en quienes tuvieron que salirse para buscar otra fuente de trabajo. Sobre una de esas tantas familias también trata este humilde escrito.

III

Está bien, se me puede acusar de que no estoy haciendo una presentación coherente del espacio geográfica, que no estoy siendo objetivo, pero aprendí que son las relaciones las que constituyen los espacios. Para avanzar sobre esto, quisiera detenerme brevemente en algunos de los importantes aportes críticos que realiza Walter Porto-Gonçalves (2015) con respecto a la geografía, quien nos dice:

...la Geografía es muy positivista; desde esa perspectiva el espacio geográfico está allá, objetivado y lo vemos desde afuera. Me parece que el espacio es algo más que un sustantivo. La Geografía tradicionalmente afirma que su objeto de estudio es la organización del espacio. Creo que los geógrafos confunden su objeto de estudio con su objeto de deseo: quieren, desean organizar el espacio. Creo que esa es la peor herencia de nuestro origen cuando, en el siglo XVI, los Reyes crearon los geógrafos como funcionarios del Rey para hacer mapas. (...) Consideremos que esa Geografía se confunde con el Estado que lo parió y es una Geografía que no ve el pueblo, categoría política, pero ve la población. En esa época no había ciudadano/as, sino súbditos. Tal vez aquí resida la dificultad de la Geografía para trabajar con la gente, con los que para vivir tienen que organizar su espacio como sujetos que geo-grafican (p. 5).

Y profundiza más bajo:

El espacio así entendido en esa perspectiva tradicional de la Geografía es algo que viene desde arriba; por lo tanto, uno lo puede controlar y estudiar

desde esa perspectiva. Usando fotos satelitales, por ejemplo, podríamos hacer en una tarde la memoria descriptiva de un área, de una región extensa, como un millón de hectáreas; pero eso sería un conocimiento superficial, extenso y desde arriba. La imagen satelital no transmite la imagen que la gente, los que viven y habitan ese espacio, tienen y conocen desde abajo. Por eso hay que empezar haciendo grafías, grafiando la tierra, dibujando los recorridos desde abajo. Allí es cuando yo digo que Geografía no es un sustantivo, sino un verbo que me permite geo-grafiar, graficar el espacio de vida de la gente, mostrar el espacio desde abajo, en sus detalles y en sus vivencias (p. 6).

Desde abajo entonces, el campo se siente. Aquellos amigos con quienes compartí estos años sienten al campo como lugar de crianza, un territorio de identidad. Su clima hostil se amortigua esperando la lluvia, siempre se está mirando las nubes, esperando la bendición del agua. En este territorio históricamente importó el árbol, el algarrobo, siempre se está hablando de él, a veces con lamentos, siempre agradecidos.

IV

La Isla forma parte del campo, de esa compleja constelación de lugares ubicados hacia el sur de Huaco y Malli, distritos del departamento Andalgalá. La misma se encuentra a unos 15 km de la ciudad de Andalgalá, al pie de la falda occidental del nevado de Aconquija en el Bolsón de Pipanaco.

Escuchando a don Julio supe que La Isla fue alguna vez uno de los centros históricos del campo, donde se emplazó un enorme aserradero que liquidó prácticamente al monte. “Lo han pelau”, me dijo en más de una oportunidad, señalándome que la historia del lugar está marcada por el frenesí de las hachas, de las sierras del aserradero, del aserrín del árbol. Cuando caminé por primera vez por La Isla, me conmovió encontrarme con lo que él me había comentado. Los escombros del aserradero están aún allí, algunas de sus paredes de adobe aún se mantienen de pie. El suelo arenoso por partes deja ver restos de aserrín y maderitas. Aún están el pozo de agua, la pileta, y los canales, pero ya la jarilla y otros arbustos está tapando el lugar. Los algarrobos están volviendo a crecer, son aún muy jóvenes, pero crecen de a miles.

V

Buscando información escrita sobre La Isla y el campo, encontré con algunos datos elaborados desde la geografía clásica. A estos datos tuve acceso lejos el campo y La Isla, haciendo uso de internet. Los comparto porque son también el resultado de esta investigación, aunque aclaro que el lenguaje técnico con el que se expresan estos datos está muy lejos del sentir al campo y La Isla con la planta de los pies. Claro, estos datos son fruto de una búsqueda solitaria, añorando, envuelto en el agobiante cemento de la ciudad.

Justamente, de vuelta en San Fernando del Valle de Catamarca, y ya con acceso a internet, me puse a explorar que es lo que se decía en la web de estos lugares. ¿Qué encontré? Se podría sintetizar así: La Isla es un paraje ubicado en el departamento Andalgalá, provincia de Catamarca, República Argentina. Cuenta con una superficie total de 3.597 has. Su clima es cálido de carácter semiárido, con temperaturas de 40° en verano y 5° en julio, y una media anual de 20°. Sus precipitaciones son de 400 mm/año en promedio. Su topografía y geomorfología nos muestra un terreno completamente llano. Ubicada en el Bolsón de Pipanaco, recibe aportes de los ríos Choya, Potrero, Andalgalá, Villa Vil y otros. Ninguno ingresa por superficie salvo en épocas de lluvia y lo hacen en forma subterránea para desembocar en el acuífero del Bolsón. Sus suelos son permeables, bien drenados, franco arenoso, semi salinos y con porcentajes bajos de materia orgánica, por lo cual es clasificable en clase IV. El campo se encuentra sobre el reservorio natural de agua más importante del noroeste de Catamarca, con agua entre 25 y 60 metros y un caudal de 250.000 litros hora. Con respecto a infraestructuras prácticamente no posee, salvo las ruinas del aserradero, los pozos utilizados hace años en una finca antigua, más los pozos de estudios realizados por el NOA HIDRICO y el tendido eléctrico en desuso que ingresa al campo. No hay alambrados ni casas. La Isla del campo no está desarrollado en grado alguno, solo una pequeña escuela, la Nro. 444, se yergue en medio de La Isla, a la que concurren algunos niños provenientes del distrito Huaco, y puestos lejanos. No cuenta con electrificación, pero la infraestructura está instalada. Hay 12 km de cables tendidos con sus respectivos postes, y una ordenanza dicta que, una vez emplazado el primer proyecto productivo en la zona, se pondrá en funcionamiento ese tendido eléctrico que estaba destinado a una colonia agrícola sita en el corazón del campo y que fue expropiada por el gobierno a tal fin hace aproximadamente 20 años.⁴

⁴ Referencias extraídas de <http://www.laislacatahuasi.com.ar/index.php?seccion=2>

Claro, La Isla está ubicado entonces en el Salar de Pipanaco ¿Acaso es este el campo? ¿Qué se dice del Salar de Pipanaco? De vuelta en internet: Se denomina Salar de Pipanaco a la parte sur de la Cuenca Salar de Pipanaco. En términos geográficos, la Cuenca Salar de Pipanaco constituye una amplia depresión con orientación general nortesur. Limitada por las sierras de Ambato al este, las sierras de Fiambalá al oeste, el sistema del Atajo al norte, y al sur por una planicie que prácticamente se confunde con un sector de la cuenca del río Abaucán, Salado, Colorado o Bermejo. No es un área homogénea, se pueden distinguir dos sectores con marcadas diferencias geomorfológicas y climáticas. La superficie mayor - la cuenca activa o de alimentación - es un área serrana que constituye una especie de banda o faja casi anular, que bordea al sector más deprimido por el noroeste, norte y este, y que implica el 60% del total de la cuenca. Aquí se localizan las principales poblaciones como Andalgalá, Belén, Pomán, Londres, etc. El restante 40 % - el área central - constituida por la parte inferior de amplios conos de deyección, es una extensa planicie desértica con arenales y el Salar propiamente dicho, con vegetación de zona árida.⁵

Bueno, todos estos datos intentan describir objetivamente al campo y La Isla, una mirada desde afuera que, en su afán de organizar el espacio, lo separa de la sociedad. Se pronuncia en un lenguaje técnico y especializado que difícilmente sea compartido por quienes habitan estos lugares. Aprender en relación con la gente, desde esas otras localidades, nos enseña que el espacio es constituido por los cuerpos que lo constituyen, que el conocimiento territorial está ligado a la crianza y fraguado en la vida (Porto-Gonçalves, 2015 p. 14). Sobre esto se irá profundizando a lo largo de este escrito.

Historias que trazan al campo

I

¿Pero qué historias trazan al campo y La Isla? Sobre ello también se profundizará a lo largo de este escrito, conversando con quienes solidariamente compartieron su conocimiento y me llevaron a conocer estos lugares. Justamente, fueron las innumerables conversaciones entabladas con don Julio, doña Graciela y sus hijos las que me fueron introduciendo en una densa, compleja y sentida historia de familia criada en el campo, en La Isla y Huaco. Estando, escuchando, fue que comencé a “aprender de la memoria local

⁵ Extraído de: <https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/87.pdf>

como historia en sí misma” (Haber, 2017, p. 167), momento de apertura a toda una ontología local.

Ahora bien, antes de avanzar en ello, sí quisiera compartir algunos datos históricos recuperados de informes y libros que referencian al campo y La Isla. La búsqueda de fuentes bibliográficas que dijeran algo sobre aquel campo visitado fue un ejercicio que fui realizando entre mis estadías en Andalgalá y mis vueltas a San Fernando del Valle de Catamarca entre los años 2019-2021. Durante el 2019 pude visitar algunas bibliotecas, tales como la Biblioteca Popular Sarmiento de Andalgalá, la Biblioteca Julio Herrera y la Biblioteca Ramón Rosas Olmos, estas últimas de San Fernando del Valle de Catamarca, pero al iniciar el 2020, y producto de la irrupción la pandemia del COVID-19, no he podido volver a ellas. Por este motivo, y encontrándome en el encierro preventivo, continué la búsqueda mediante internet, aunque la mayoría de la bibliografía de fines del siglo XIX y principios del XX existente en las bibliotecas, aún no están digitalizadas. Por este hecho, la búsqueda no ha podido ser exhaustiva, así que comparto lo registrado hasta el momento.

En una monografía realizada por Chaile, Carlos; Romano, Frene; Flores, Dante y Miranda, Elsa (1998) titulada *“Un recurso natural “el algarrobo”, y los mecanismos de cuidado en el medio”*, se ofrece una breve reconstrucción histórica del trato que tuvo el algarrobo en el campo y La Isla. La perspectiva de este trabajo es interesante, pues liga la historia del campo a la tala del algarrobo. Los autores comienzan el recorrido afirmando la importancia que tenía este árbol para las poblaciones aborígenes, no solo por ser una fuente alimenticia y de intercambio, sino por todas las historias, leyendas, tradiciones y costumbres que lo rodeaban, como la fiesta del Chiqui, ceremonia que se realizaba alrededor de un algarrobo. Con respecto al periodo colonial, solo se mencionan que con el asentamiento de los primeros españoles en la región se comenzó a explotar en pequeña escala los recursos forestales para la construcción de viviendas y los techos de las capillas. Sobre el periodo independiente, se señala que la explotación fuerte del recurso comienza en 1840, a la par del inicio de la explotación minera, siendo los emprendimientos de Manuel Malbrán y Anselmo Segura los primeros de la zona. Ahora bien, la gran explotación, afirman, comenzó alrededor de 1860, cuando se radica en El Pilciao el ingenio de la mina “Restauradora”, abriéndose un nuevo capítulo en la historia del campo (p. 9-10).

¿Pero cómo llega este ingenio a instalarse en el campo? Buscando más información sobre esto fue que me encontré con un trabajo de Mirta Azurmendi de Blanco (2007)

titulado “*Recorrido histórico de la minería catamarqueña*”, donde se afirma que el hecho está ligado a la carencia de leña suficiente para la fundición del mineral extraído en Capillitas por la firma Samuel Fisher:

Cuando estaba en plena explotación en Capillitas la empresa “Restauradora”, don Samuel Fisher contrató al ingeniero químico alemán Federico Shikendantz quien después de serios inconvenientes pasados por Andalgala arribo al ingenio del Puesto, donde observó serias dificultades, falta de leña para los hornos además de la distancia existente entre Capillita y El Puesto para el traslado del mineral. Así el ingenio fue llevado a Pilciao, área cubierta de algarrobos lo que aseguraba solucionar el problema de combustible para los hornos (2007, p. 27).

Sí, la tala indiscriminada del algarrobo iría de la mano de la extracción del mineral. Será Samuel Lafone Quevedo, hijo de Samuel Fisher, quien a partir de 1860 se convertirá en el administrador de la explotación minera, y trasladará definitivamente el ingenio al bosque de Pilciao.

Al respecto, hallé un importante estudio de Federico Vervoorst, quien en 1954 presento su tesis doctoral en Ciencias Naturales en la UBA titulada: “*Observaciones ecológicas fitosociológicas en el bosque de algarrobo del Pilciao, Catamarca*” Esta obra tiene muchos datos interesantes sobre la flora de la región y sus propiedades, pero aquí solo me detendré en la descripción histórica que nos ofrece:

El territorio del Pilciao mereció especial atención durante el lapso 1860-1895, cuando se trasladó hacia allí el ingenio de fundición de mineral de cobre de Capillitas. Tanto las minas como el ingenio eran de propiedad de Samuel Lafone Quevedo (...) La fundición se encontraba antes más cerca del lugar de extracción del mineral, pero la explotación desmedida del algarrobo y otras especies arbóreas de las quebradas próximas, que se utilizaban como combustible, hizo necesario su traslado hacia los entonces densos algarrobales del Pilciao. Aquí se instaló una verdadera población con más de 500 habitantes. En el apogeo de la industria había en función nueve hornos y según E.W. White (1882) se consumían diariamente 13-14 carretadas de leña, lo que multiplicado por los 17 años que trabajó el ingenio, nos da una pauta de lo intenso que fue la explotación del bosque

(...) Cuando se redujo la explotación del mineral llegó el ocaso para el Pilciao.

Las antiguas casas de Pilciao se conservaron casi intactas hasta 1945, cuando se ordenó su desmantelamiento. Se quitaron así tirantes, puertas, ventanas, pisos de madera. (...) Así termina un capítulo de la historia de la metalurgia argentina (1954, p. 7).

¿Pero por qué me detengo en el caso de Pilciao? Primero, porque en la pesquisa de información sobre el campo, los datos escritos con los que me fui encontrando siempre referenciaba a Pilciao. Claro, en aquel campo inconmensurable, Pilciao ocupó un lugar de centralidad. Segundo, porque a la par de las lecturas, comencé a visualizar que la depredación forestal a gran escala que padeció el campo todo y La Isla se inició justamente allí, en Pilciao, durante la segunda mitad del siglo XIX para la fundición del “preciado mineral” extraído de Capillitas.

Continuando en la indagación de escritores que hicieran referencia al campo que yo había pisado, me encontré con la obra de Ross Johnson (1943) *“Vacaciones de un inglés en la argentina”* donde hay otra descripción de Pilciao del año 1868, esta vez directa. Nos dice Ross Johnson al respecto:

Pilciao se halla situado en el medio de un dilatado bosque al pie de las montañas del Ambato. Es extraordinariamente curioso el efecto sorprendente que produce esta grande y progresista industria emergiendo en el corazón de esos bosques primitivos. Nunca olvidaré aquella visita. La noche había caído ya cuando llegamos, pero los hornos ardían y bramaban; los herreros y carpinteros estaban en completa actividad. Una tropilla de mulas, con el mineral de cobre recién llegado de las minas estaba siendo descargada. Todo era energía y ejemplo de alegre actividad industrial. Don Samuel durante ocho años ha estado a cargo de esa propiedad de su familia en Catamarca, que cuenta con una completa y extensa instalación de fundiciones, cuyos seis o siete hornos trabajando constantemente, producen alrededor de sesenta toneladas de cobre por mes. En esa mina se emplean de quinientas a seiscientas personas y se enseña a los jóvenes muchos oficios útiles: carpintero, albañil, ladrillero, herrero, etc. (p. 76).

Por supuesto, la mirada de Ross Johnson es la de un inglés excitado por el frenesí de los hornos, de la fundición del mineral, ve en esa actividad “alegre” el progreso. Claro, el tiempo demostrará que para estos territorios el destino no era otro que el saqueo y la deforestación. Viéndolo desde el presente, pienso que lo sucedió en Pilciao, como sucederá en todo el campo y La Isla durante el siglo XX, es un ejemplo más de “*la persistencia de prácticas depredadoras de acumulación “primitiva” u “originaria” a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital*” (Harvey, 2005, p. 112).

De todos modos, la descripción de Ross Johnson me dejó pensado en la vida de aquellas “quinientas o seiscientas” personas empleadas. Esto me llevó a continuar buscando mayor información sobre la vida de aquellos trabajadores que vivieron en torno a aquella actividad. Alfonso E. Carranza, importante empresario minero contemporáneo y amigo de Lafone Quevedo nos decía de la vida laboral de Pilciao en una de sus tantas visitas: *Vida, activos trabajos, gran movimiento en todas partes, se observa allí de día y de noche, densas nubes de humo despedían perpetuamente las numerosas calcinas y hornos a reverbero que adornaban el recinto del establecimiento* (como se citó en Furlong, 1964, p. 54). Claro, las llamas que generaban aquellas perpetuas nubes de humo quemarían el monte durante más de treinta años.

El músico Ricardo Q. Blamey Lafone, sobrino de Samuel Lafone Quevedo, quien viviera en Andalgalá durante su niñez, nos da otras pistas sobre la vida en Pilciao:

En el núcleo central del ingenio, dominando el entorno junto a la iglesia y la escuela se encontraba la casona principal de Pilciao. Esta era un enorme edificio, de una sola planta con gruesas paredes de adobe y un sinnúmero de habitaciones, galerías y patios conectados entre sí. Sus techos estaban armados con tirantes de algarrobo cubiertos con paja y barro. Lafone y Quevedo tenía allí tres piezas de uso personal, cuyas paredes se encontraban llenas de libros, invadidos por el polvo cada vez que soplaban el temible viento Zonda, allí estudiaba y su secretario escribía bajo su dirección. Dormía en una pieza sencilla con el colchón puesto sobre una tabla de algarrobo.

A su alrededor estaban por un lado las instalaciones del ingenio, con la tienda de ramos generales, los talleres de carpintería, herrería, curtiembre, pinturería y otras necesarias para la vida de sus habitantes, y por el lado opuesto estaban las casas de los obreros y sus familias.

Lafone y Quevedo (...) junto a Richard Blamey, su esposa Julia Lafone y a su otra hermana Mariquita (...) cuidaban la peonada y sus familias como si fueran propias y eran respetados y queridos por todos. La vida allí despertó lentamente en él su amor por el estudio de los Pueblos originarios y sus idiomas, conversaba con todos los ancianos que recordaban costumbres y frases Quechuas, en especial con ña Micaela, ña Asunción y ña Úrsula.⁶

Nuevamente en esta descripción aparecen los obreros, solo que aquí, a la par del ingenio, la iglesia, la escuela y la casa principal, están con sus familias. La figura de Lafone Quevedo es retratada como la de un hombre de bien por su sobrino, dedicado profundamente al estudio de los pueblos originarios del lugar, lo cual se corrobora por su gran producción escrita.⁷ Ahora bien, se me ocurre preguntar ¿Cómo era la vida de aquellos obreros? ¿Qué pasó con todas esas familias que vivían en torno al ingenio de Pilciao? Conversando con don Julio sobre ello supe que, así como muchos se fueron, muchos se quedaron, pues en Pilciao también había un gran cementerio.

II

Está bien, en aquella época aún no se prestaba demasiada atención al cuidado y preservación de la flora y la fauna. De todos modos, en una nota adjunta al trabajo *“Primera clasificación de árboles y arbustos de Catamarca”* que presentara el Dr. Sigifredo Schunck al gobernador José Dulce en 1889, se puede leer:

La explotación de madera que realiza la principal industria en ciertas zonas de nuestra provincia, en especial en el este, hace indispensable la acción del gobierno, elaborando un plan o sistema para el corte o explotación de bosques. De lo contrario es fácil que en un tiempo más pueda destruirse totalmente lo que constituye hoy una preciosa riqueza. Cada árbol que se tala y no se reemplaza, está ayudando a unas espantosas sequías futuras.

De continuar el proceso de tala de bosques constituidos de árboles de quebracho, algarrobos y arbustos leñosos, todo se modificará: los ciclos, las temperaturas, las estaciones, el habitus de la flora y la fauna,

⁶ Extraído de: <https://es.wikipedia.org/wiki/Pilciao>

⁷ Guillermo Furlong llegó a contabilizar la publicación de 116 libros y artículos, los cuales tratan de una gran diversidad de temáticas culturales, sociales y políticas. A estos habría que sumarle los escritos económicos que produjo entre 1894-1896 (Caro, 2004, p. 38).

repercutiendo directamente en los hombres, ya que alterará torpemente su relación con la naturaleza (como se citó en Navarro Santa Ana, 2014 p. 87).

Hacia fines del siglo XIX aquella pujante actividad minera descrita por los viajeros que habían visitado Pilciao en sus momentos de gloria había llegado a su fin. Armando Raúl Bazán (1996), en su conocida obra *Historia de Catamarca*, señala:

El país estaba cambiando y mientras el cambio creaba condiciones de prosperidad (...) en el litoral, en Tucumán y en Cuyo, generaba para Catamarca una situación de dañosa marginalidad. En la Argentina de 1880 el ferrocarril había creado una nueva frontera, que hacía nacer pueblos en medio del desierto y que paralelamente condenaba a la decadencia o a la extinción a algunas comunidades que habían ostentado una actividad floreciente en lo económico y social (p. 274).

En el año 1892 Lafone Quevedo cerró las puertas de su empresa, él mismo diría dos meses después “Pilciao ha fenecido” (como se citó en Bazán, 1996, p. 278). Durante la última década del siglo XIX los distintos ingenios que fundían el mineral, entre los que se encontraba el de Pilciao, fueron sucumbiendo por la tardía llegada del ferrocarril al oeste de la provincia.

III

Sí, la llegada del ferrocarril a Andalgalá se produjo recién el 12 de mayo de 1910. La vertiginosa tala del campo se había aminorado durante la primera década del siglo XX, pero con la llegada del gigante de hierro se reactivaría. Al principio fue la demanda de carbón para el funcionamiento de la enorme máquina a vapor lo que reactivó la tala, luego se sumó la demanda de retama para ser enviada hacia la zona de Cuyo, donde comenzó a ser empleados en los parrales.

Hacia mediados del siglo XX inician sus actividades el aserradero “El Pilciao” el cual comenzó a procesar madera para ser enviada hacia fábricas elaboradoras de parquet, produciendo un nuevo vértigo en la extracción de madera del campo. Volviendo a la obra de Federico Vervoorst, podemos leer que:

A partir de 1948 se vuelve a mostrar interés por el bosque de algarrobo del Pilciao, que pasa a ser propiedad de algunos pobladores de Andalgalá, los

cuales han arrendado el bosque para su explotación. Actualmente son cuatro los madereros que sacan madera, leña y carbón del mismo. Uno de ellos explota en gran escala el bosque entre Pilciao y El Carrizal. En este lugar se estableció una pequeña población nómada, se perforaron tres pozos de los cuales sólo uno tiene agua potable. La provisión de agua se suple por barriles que se llevan desde Andalgalá (1954, p. 9).

En poco más de una década la voracidad de las hachas, las nuevas sierras y la velocidad de los camiones terminaron con lo poco que le quedaba de bosque a Pilciao. Fue por ello por lo que se produjo el traslado del aserradero a La Isla.

En esta nueva zona de la región la extracción vertiginosa de madera se inició a partir de 1968, cuando se logró instalar una enorme bomba de agua. La actividad en torno al aserradero fue creciendo, generando nuevamente al poco tiempo una población estable de trabajadores que fueron llegando al lugar en búsqueda de trabajo; algunos incluso estableciéndose con sus familias, haciendo de La Isla su hogar. Para el año 1978 la actividad del aserradero comenzó a decaer producto del cierre de la fábrica de parqué de Andalgalá y el levantamiento del ferrocarril por el gobierno militar. Si bien se continuó un tiempo más enviado hacia Buenos Aires la madera, para el año 1982, producto del agotamiento del rendimiento de la madera, el aserradero cesó sus actividades.

Pero me pregunto ¿Qué fue de la vida de estos hacheros? ¿Qué fue de aquellas tantas familias que vivieron en torno al aserradero de La Isla? El texto que sigue más abajo tal vez nos dé una pista. Hasta aquí solo he querido convidar algunas referencias del campo y La Isla encontradas en informes y libros. Lo que sigue ahora es introducirnos en el espacio etnográfico, que en palabras de Leticia Katzer:

...es un espacio trazado por múltiples huellas de “otros”; está asediado por variados fantasmas y espectros, y por ello mismo nos envía a la espacialidad del resto, del retazo, del rastro, que no es ni más ni menos que el espacio de lo común, en tanto alteridad presente-ausente (Katzer, 2019, p. 15).

Pues como diría Henri Lefebvre (2013):

Los trazos inciertos dejados por los acontecimientos no son lo único que hay sobre y en el espacio; también existe la inscripción de la sociedad en acto, el resultado y el producto de la actividad social. Hay más que una

escritura del espacio social. El espacio generado por el tiempo es siempre actual, sincrónico y dado como un todo; lazos internos, conexiones que ligan sus elementos, también producidos por el tiempo (p. 164).

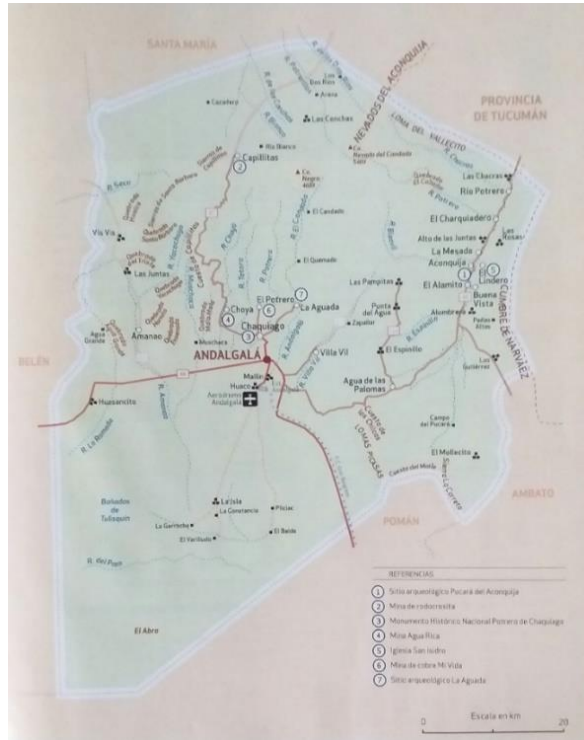


Figura 1. Dpto. Andalgalá. (Colección del Diario Clarín, 2007, p. 71)

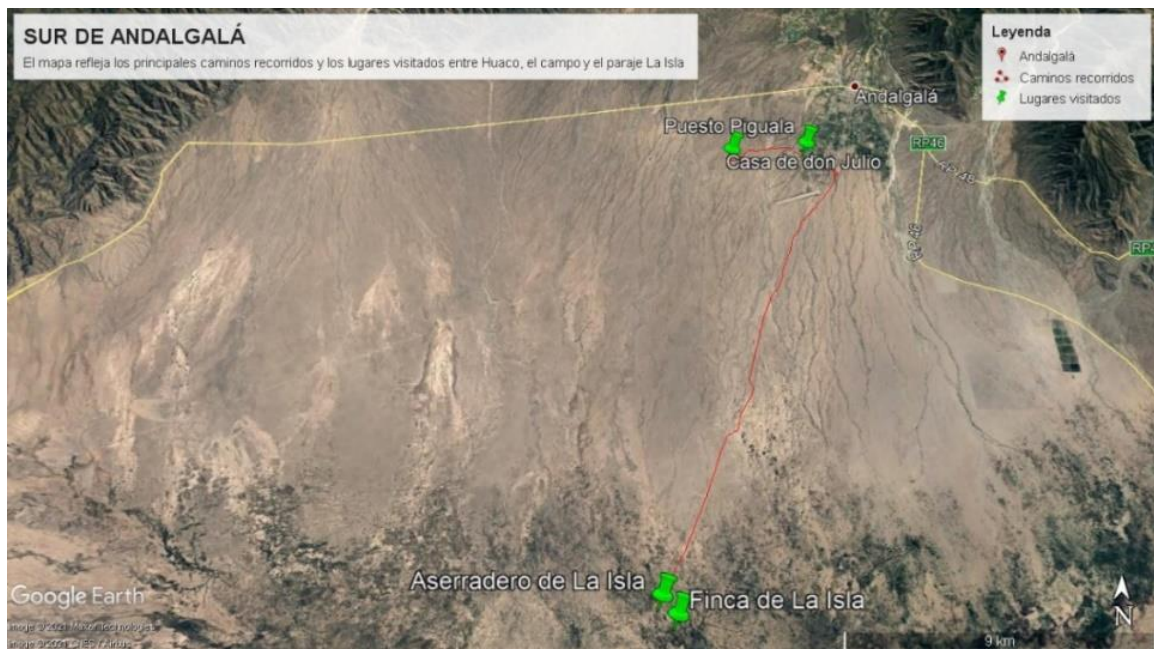


Figura 2. Mapa del recorrido realizado. Elaborado con Google Earth Pro.

*Abrazar libertad en el arenal. Primeras notas etnográficas con los pies
puestos en el campo de Huaco⁸*

*Aquí comienza la diversión
porque Kalama por fin llegó
Quiero cantar hoy mi canción
porque la fiesta ya comenzó
que trae alegría a mi corazón
Todas tus penas olvidarás
ya no te tienes que preocupar
con este ritmo bien sabrosón
haremos una fiesta genial
en este baile sensacional...*

Kalama Tropical
Aquí comienza la diversión (1989)

*Otra vez, otra vez
La culpa de todo la tuvo el vino
¿Qué pasó? ¿Qué pasó?
Que yo he nacido negro y parrandero...*

Los Palmera
El parrandero (1997)

*Escribir es un desproporcionado esfuerzo si pensamos en el mundo de relaciones que siempre quedarán
fuera de la escritura. La gente está feliz y bebiendo fuera de este texto.*

Alejandro F. Haber
Al otro lado del vestigio... (2017, p. 120)

En toda mudanza importan los primeros pasos

I

Eran casi las 20:00 hrs. y el San José Obrero sale a las 20:30 hrs.

- ¡*Metete gordo, que nos deja el colectivo!* –dictó mi compañera...

Y sí, resulta ser que al final decidí pasar el día del trabajador en Andalgala. La idea en principio fue alejarme un instante del rugir del Valle Central, complaciendo así a Vero, quien me venía insistiendo en que visitáramos La Perla. Por supuesto, viajar al pago siempre nos fue necesario, uno en la ciudad se va sobrecargando, y regularmente siente la necesidad de escaparse del monstruoso hormigón para descansar los pies un instante.

⁸ Vivenciado entre el 30 de abril y el 1 de mayo de 2016.

Confieso que no estaba en las mejores condiciones, una neumonía mal curada de años atrás siempre se hace presente en los meses de mayo y me boicotea todo tipo de planes. De todos modos, creo que dormí todo el viaje. Bien me senté, hice el asiento para atrás, me tomé un par de analgésicos y, al ver que ponían otra de esas películas de héroes yanquis musculosos pateatalibanes, cerré mis ojos y me dispuse descansar. Recién pude despertarme con el viboreo del colectivo en su entrada al “Fuerte”, asomé mi cabeza por la ventana para ver las pintadas en contra de la megaminería que siempre te dan la bienvenida, cuando Verónica también se despertó, miró su celular, y me dijo que nos fuéramos anticipando en el descenso, pues nos estaban esperando.

Efectivamente, en la terminal nos esperaba Nelson,⁹ sobrino de mi novia, quien, refugiándose en su Renault 11 del terrible frío que estaba haciendo, nos hacía señas con su mano. Cargamos los bolsos al baúl, subimos al auto, nos saludamos, y nos dispusimos a bajar a Huaco, sur de Andalgala, hacia la casa de don Julio y doña Graciela, donde pasaríamos el fin de semana, y donde yo pensaba hacer mi registro.

II

Entre charla y charla en el auto, Nelson comentó que pensaba pasar el día del trabajador con los changos en el campo... Explicó que ya tenían todo organizado, que ya habían acordado comer un buen asado y tomarse unos *tintos*¹⁰ en el puesto de los Pihuala. Inmediatamente se me ocurrió ir, pensando en que sería una oportunidad interesante para realizar un registro etnográfico, pero, al sentir que mi estado de salud había empeorado con el viaje, no lo comenté.

Cuando llegamos a destino y bajamos en casa de mis suegros, yo solo pensaba en saludar, tomar alguna pastilla, y tirarme a dormir para recomponer fuerzas. Me interesaba mucho poder participar de aquella juntada, pero para eso necesitaba sentirme un poco mejor. Charlé un instante con mis suegros y, al rato de comer unas ricas presas de pollo asado que nos tenían preparadas, me preguntaron si me gustaría ir al campo al otro día a

⁹ Nelson es el menor de los hermanos Brizuela. Cuando lo conocí era aún adolescente; hoy, vive con su mujer y tiene un hijito. La última vez que compartimos unas cervezas, me mostró lo linda que está quedando su casa... A su casa la vi nacer y crecer desde los cimientos. Con él compartí muchas cosas, podría decir que fue mi primer amigo en Huaco. Siempre me acuerdo cuando íbamos a Jugar a la cancha de Rivadavia; siempre le voy a estar agradecido por cómo trataba a mi hermano las veces que lo llevé a Huaco para que jugara al fútbol con los changos. Albañil de oficio, últimamente estuvo trabajando en la construcción de la remodelación de la “Plaza 9 de Julio” de Andalgala.

¹⁰ Vinos.

pasar el primero de mayo con la *changada*...¹¹ “¡Por supuesto!”, respondí alegremente; y ante el brillo de los ojos de mi novia, don Julio sentenció con un tono picaresco:

- “Solo vamos la *changada*, el *chinitaje*¹² se queda en la casa... Lo único que falta...”
- *Vayan tranquilos, aquí nosotras vamos a hacer unas pizzas.* –retrucó doña Graciela.

Luego de las carcajadas, de un rato más de charla, y de ver por tele algunos resúmenes de partidos del futbol del viejo continente..., nos fuimos todos a dormir.

La casa y las plantas

I

Al día siguiente salió un sol espléndido. “Todo el mundo”, como de costumbre, se levantó temprano y, de mate en mate, fue transcurriendo la mañana sin más ruidos que el de nuestras propias palabras que se mezclaban con el cacareo de gallos poco madrugadores y el ladrido de unos perros que corrían libremente por las calles. El centro de todas las atenciones era Joel, hijo de Nelson quien, con algunos pocos meses de nacido, a todos los presentes hacía reír y debatir, como si se tratase de un tema fundamental, sobre su futura personalidad. Por supuesto, no faltaron mates para el chusmerío. Fue entonces cuando mi suegra, observando sigilosamente mis ojos, me dijo:

- *¡Hijo!, ¿usted se me toma ya un té de ortiga...!*
- *Gracias doñita* –le respondí– *ya me tomé unos actrones...*¹³ –Sospechando que dicho té me resultaría amarguísimo.
- *¿Actrones?, ¡tch!, ¿y mejoró? Deje que busque la plantita de carqueja y le voy a preparar un té que va a ser santo remedio...*
- *Eso nos daban a nosotros cuando éramos chicos y nos sanábamos rapidísimo, para el resfrío no hay nada mejor, te va a hacer bien, tomalo...* –intentaba explicarme mi cuñada Carmen.¹⁴

¹¹ Changada hace referencia a grupo de hombres, los cuales pueden ser amigos o simplemente conocidos.

¹² Antónimo de changada.

¹³ Pastillas con ibuprofeno.

¹⁴ Carmen Brizuela es hermana de Vero. Cuando comencé a realizar esta investigación hacía un año que se había vuelto de Buenos Aires. Allá vivió muchos años, pero, como me lo contó, llegó un momento en que no aguantó la vida en la gran ciudad y se volvió a Huaco. Actualmente vive ahí junto a Cristian, en una casa que construyeron juntos. Actualmente trabaja como empleada doméstica y los fines de semana hace cosas dulces para vender.

Mientras buscábamos tal planta, la cual al parecer se escondía entre la infinidad de flores, arbustos y yuyos que nos rodeaba, llegó Torero,¹⁵ montado en una moto 110, tocando bocina y tirando de un carro repleto de *cajas de Toro*,¹⁶ sodas, un pollo, chorizos, botellas de hielo, y un generador de energía rebalsado de combustible...

- *¡Walter! –me gritó– ¿vas al campo?*

- *¡Cómo andas Torero, de una! –atiné a responder.*

- *Vamos así comenzamos temprano nomás... Los changos ya están ahí.*

En eso don Julio, acomodándose la camisa salió al encuentro de Torero y me dijo:

- *Walter, esperame si queré, y nos vamos juntos, yo me voy en el auto. Haceme la gamba...*¹⁷

- *¡Mejor! –respondí– así de paso compro un par de vinos y un poco de carne para poner.*

- *¡Un poco de chorizos nomas Walter, no te pongas a gastar! –me dijo Alejandro.*

- *No hay drama Ale, llevo un poco de carne y algunos vinos más –le respondí.*

II

A eso de las diez de la mañana, don Julio me pidió que ultimáramos detalles. Yo, minutos antes, había pasado por la despensa y comprado un par más de cajas de vino Toro, una soda en sifón y un poco de carne. En la misma despensa, la doñita que me atendió, al verme que no paraba de estornudar mientras le contaba que me estaba yendo a pasar el día en el campo, me regaló unos limones de su planta y me dijo:

- *Dígale a la Graciela –por mi suegra– que ahí le mando unos limones para que le prepare un té de limón con miel, eso lo va a curar...*

Tomándome el té estaba cuando don Julio indicó que había llegado el momento de partir. En un salto cargamos la bebida, la carne, bastante hielo, y una reposera para él en el auto; nos colocamos cada uno nuestras gafas, tanteé una pequeña libretita y una lapicera

¹⁵ Alejandro Brizuela, el mayor de los hermanos Brizuela. Conmigo siempre se mostró como un amigo, y desde que nos conocimos hemos compartido muchísimas salidas. Actualmente vive en Huaco junto a su mujer y sus hijas. Alejandro aún se dedica a la albañilería, rubro en el que sabe desempeñarse muy bien, pues lleva muchos años en el oficio. Hace poco se compró una finca en el mismo Huaco (fruto de su trabajo), de la que espera poder vivir, y así ir dejando el duro trabajo de la albañilería.

¹⁶ Centenario vino Mendocino que goza de una gran aceptación entre las clases populares de la región.

¹⁷ En el sentido de hacer el favor de esperarlo.

que tenía en el bolsillo del pantalón, y nos predispusimos a parir. Así comenzó el recorrido...

Fugarse al campo

I

Nos despedimos de las mujeres, don Julio le dio “*play*” al estéreo, y al ritmo del *tingitingi*¹⁸ de Sebastián que retumbaba en los parlantes del Renault 11, comenzamos a internarnos en un camino que yo sospechaba abandonado, ganado por la arena, el médano y el *jarillal*.¹⁹

En el recorrido de aquel tortuoso camino tuve la oportunidad de conversar algunas cosas con don Julio. Pude preguntar sobre su pasado en el campo, continuar con una conversación que se había iniciado desde hacía mucho tiempo ya, tal vez desde el mismo momento que había conocido a don Julio. Sus palabras, otra vez, eran evocaciones de un tiempo pasado que intentaban develar vivencias campesinas marcadas por triunfos y derrotas, por alegrías y sufrimientos, donde constantemente aparecían relatos sobre un lugar donde yacían libertades perdidas: La Isla del campo. Me habló de la libertad que tenía en esos tiempos, de cuando el tiempo era suyo. Me relató de sus habilidades con el hacha, de cómo en su juventud podía tumbar árboles con apenas algunos pocos golpes, señalándome que no eran muchos los que podían ponerse al lado. También me explicó cómo se hacía el carbón, todo un conocimiento en el que, él insistía, era un experto, y con el cual había podido alimentar a toda su familia y abastecerse de vino a tropel. Me habló del aserradero de La Isla, recordando a tanta gente que vivió de la tala del algarrobo en aquellos tiempos. Todo lo que me contaba me resultaba como fragmentos de una gran historia jamás contada, o quizás contada solo entre ellos, entre los seres que aparecían en el relato de don Julio. El viaje se prolongó por media hora, aproximadamente, mientras esquivábamos tuscas, jarillas y pencas, tratando de no enterrarnos en la arena, envueltos en un polvoriento tierral.

Como a la media hora de viaje nos desviamos de aquel penoso camino para introducirnos en otro peor, aparentemente improvisado, en el cual el automóvil casi nos abandona si no hubiera sido que don Julio, conocedor de las mañas de su vehículo, se

¹⁸ Al ritmo del cuarteto cordobés.

¹⁹ La jarilla es un arbusto ramos de hojas verdosas, y hermosas flores amarillas en primavera. Además de sus abundantes cualidades medicinales, suele ser utilizado como combustible para calentar los hornos antes de la realización de diversos alimentos, entre ellos, el pan casero.

portó como un experimentado piloto del Dakar... Por momento le pegaba unas embragadas y aceleradas al pobre Renault, gritándole:

- *¡Dale cochino, no te me quedes aquí!*

La cabina hacía rato que había cedido a la densa polvareda cuando, abriendo la ventanilla para poder sacar un instante la cabeza, pude ver el humo del asado perdiéndose con el viento a unos escasos metros. La música *guarachera*²⁰ comenzó a llegar a mis oídos y, de repente, en medio del arenal, bajo un par de tuscas más grandes de lo habitual, motos y vehículos estacionados desordenadamente figuraban en medio de aquel paisaje seco y poco alentador...

II

La changada era numerosa y la música estaba a todo trapo. El rancho estaba armado con cañas, tarimas, *pichanillas*²¹ y un nailon, todo sostenido por unos viejos horcones. Me aproximé, y pude ver, sobre una mesa de concreto, cantidad de cajas de Toro, tinto y blanco, sodas, gaseosas de distintos sabores, y hasta algún que otro fernet. don Julio pasó nomás, mientras que a mí me tocó saludar uno por uno, presentándome ante quienes aún no me conocían. En realidad, no hubo demasiado protocolo, si casi al instante me preguntaron:

- *¿Toma vino Toro usted? ¿Tinto, blanco?*

- *¡En ese orden!* –respondí como para desencartonar la situación rápidamente.

- *Ah, vos sos de los míos* –dijo Piturro²² mientras se acercaba para saludarme.

- *¡Servite Walter!, ¡metele nomás!, mire que aquí hay que servirse lo que a uno se le cante nomás. Mirá, aquí tenés un vaso* –me indicó Chirri²³ mientras lo enjuagaba.

Agradecido por la hospitalidad, serví el vaso de vino tinto, le puse un par de hielos, y le hice unos buenos tragos. Me acerqué a la parrilla, donde estaba Visera,²⁴ uno de mis

²⁰ La Guaracha que se escucha por estos lados es la Santiagueña.

²¹ La pichanilla es otro de los arbustos que abunda en la región. De aspecto muy ramificado, posee raíces profundas, en primavera da una flor amarilla, como así también un fruto en forma de vaina. En el medio local la pichana es muy útil, pues, así como sus ramas son utilizadas para amortiguar los techos del calor, sirve como forraje de cabras, además de la fabricación de escobas.

²² Sergio, el mayor de los hermanos Pihuala.

²³ Iban Pihuala, con él hice amistad en “La Canchita de Visera” a través del futbol. Actualmente vive en Huaco, reparte su tiempo entre el puesto de la familia y su empleo en la municipalidad.

²⁴ Javier Brizuela es el divertido de la familia, y siempre está haciéndonos reír con sus bromas. Actualmente vive en Huaco y se dedica a la albañilería. Tras años de sacrificios pudo construir “La Canchita de Visera”,

cuñados, charlamos un rato y, pasados unos minutos, me propuse concentrar mi atención en las prácticas que allí se observaban.

Confieso que al principio no estaba seguro, me preguntaba cómo debía realizar la tarea. ¿Tenía que comentarles a los changos que tenía la intención de observarlos?, aunque, ¿quién era yo para observarlos? ¿Debía sacar el cuaderno y la lapicera que había dejado en la guantera del Renault y comenzar a registrar todo lo que viese? Reflexioné por un instante, pedí permiso para ir a orinar alejándome hacia el monte, excusa improvisada para poder tomar una decisión ya pensada y repensada hacía días atrás y, mirando a la distancia aquel rancho, decidí que antes que nada lo vivenciaría, que lo más importante era aprender de aquellas personas, que lo trascendental serían las conversaciones; al fin y al cabo, yo también era un laburante.

Vino, asado y juego en el puesto de los Pihuala

I

Ahí estábamos nosotros, en el puesto de los Pihuala, amparados del sol bajo el techo de cañas del rancho, en medio de la inmensidad del arenal, rodeado por una población infinita de *tuscas*,²⁵ *pichanillas*, *jarillas* y *talas*²⁶ distantes; con la música mezclada con los bramidos del generador, tomando vino alegremente, bailando, riendo, sacando carne de la parrilla a gusto y, como ellos me lo explicaron, y también Torero me lo explicaba:

- ¡Sin que nadie te hinche las bolas...! ¡Siendo libres!

Así fueron pasando las horas, las charlas se fueron multiplicando, y fui escuchando interesantes historias, vivencias que me sorprendían una tras otra. Si bien don Julio y los hermanos Brizuela sabían de mi interés por la historia del lugar, pues hacía mucho tiempo que venía conversando con ellos sobre eso, los otros changos ni siquiera sabían a qué me dedicaba en la ciudad. Fue por ello por lo que, en cada conversación entablada con algunos de los changos del lugar, una de las primeras preguntas que debía responder era sobre mi dedicación, sobre mi trabajo en la ciudad. Fue automático, yo no terminaba de comentar sobre mi profesión, y ellos ya me estaban contando alguna historia personal, de

a la cual agrego hace poco una cantina. Últimamente también estuvo trabajado en la remodelación de la "Plaza 9 de Julio" de Andalgala.

²⁵ La tusca es un pequeño árbol espinoso. Además de sus propiedades medicinales, su leña seca es muy apreciada en todo buen asado campero.

²⁶ La tala, árbol de fuertes espinas, es uno de los miembros principales de la familia de árboles de la región. Sus ramas y hojas poseen propiedades medicinales. Sus raíces tiñen.

algún familiar, o conocido. Por supuesto, todas estas historias remitían a espacios que yo aún no conocía, a un campo lejano y misterioso en el que yo recién me estaba introduciendo. De entre tantas historias, recuerdo las que de a ratos me contaba Roberto,²⁷ quien me hablaba nostálgicamente de su infancia y juventud en La Isla del campo, cuando con su padre compartían la quema del carbón. Me aseguraba:

- Yo fui muy feliz en La Isla, a pesar de las penurias que uno puede pasar en el campo, yo fui muy feliz... Tenía más libertad, sabía que con el hacha o quemando carbón nunca me iba a faltar qué comer, no como ahora que, si no entrás en la muni o en la politiquiada,²⁸ andas cagau,²⁹ changueando³⁰ por dos pesos...

Luego me contó de su llegada a Huaco, de como por la falta de trabajo en La Isla, producto de que se fue acabando el algarrobo y, sobre todo, de que el ferrocarril dejó de llegar a Andalgala, tuvieron que acercarse a vivir en Huaco en busca de changas para sobrevivir. Terminó su relato diciéndome:

- Fue difícil, nos cagábamos de hambre, ¿ves ese carro que está ahí?, no te imaginás cuanto nos costó... Si ese carro viejo hablara, las historias que te contaría... Durante años atábamos el carro al caballo y nos íbamos a buscar leña para vender, con eso algo sacábamos. Para parar la olla. Con el tiempo, fuimos juntando peso por peso, lo que se podía juntar, que no era mucho, pero aliguito se fue juntando, y hoy mira, hace un año atrás nos compramos por fin la chata, la F-100 para el campo.

- ¿Esa Ford roja?

- Sí, está viejita, pero qué chata... Una compañera de laburo espectacular, con esa ya nos podemos meter al campo, y traer algo de leña para vender en el centro sin drama. Es como la de don Julio.

Al cabo de un rato largo de charla, me realizó una pregunta trascendental por lo que me revelaría:

- ¿Che, y vos sos de la ciudad?

²⁷ Otro de los hermanos Pihuala. También lo conocí en la cancha de Visera. Vive en Huaco junto a su familia.

²⁸ En el sentido de clientelismo político partidario.

²⁹ Molesta económico.

³⁰ Haciendo changas, es decir, ocupado en trabajos ocasionales.

- ¡No! –le respondí– *¡yo soy de acá!, solo que vivo hace unos siete años en la ciudad, me fui a estudiar, terminé y me quedé allá. Digamos que me quedé en la ciudad por laburo.*
- *Y me decías que sos profe de historia...*
- *Sí, trabajo en la docencia hace un par de años ya.*
- *¡Qué bueno che! Aquí también hay muchas historias, si te contara yo las historias que hay aquí. Historias buenas y malas, bah, historias del campo, no sé si eso te puede interesar...*
- *Claro que sí* –le respondí de inmediato.
- *Bueno, quédate para más tarde entonces, y te cuento una de esas de cuando casi me lleva el Diablo...*

Su propuesta me sorprendió, ¿una historia de cuando casi se lo lleva el Diablo? Solo atiné a decirle que me parecía genial...

Seguimos tomando y charlando con la changada, hasta que llegó la hora de la *sapiada*.³¹ Se armaron algunos grupos, y se jugó por la vuelta. Todos demostraron una gran destreza, pero ninguno tanta como El Flaco.³² No recuerdo si alguien lo llamaba por su nombre, solo recuerdo que le decían El Flaco, que se comentaba que hacía poco había salido de la cárcel, y que para todos era un “maestro” en el *sapo*... Mientras miraba la partida, algunos comenzaron a despejar una mesa para jugar al truco. Todos charlando a la vez, sirviéndose algún trago, sacando de vez en cuando un poco de carne del asador. Algunos comían parados, otros sentados en una piedra, en un tronco o alguna silla vieja; no había cubiertos ni platos, solo una gran tabla para cortar la carne, un par de tenedores para servirse un poco de ensalada de tomates y lechugas que se había depositado en un taper comunal gigante y, eso sí, vasos, muchos vasos, todos distintos, de distintos colores, grandes y chicos, mezclados con botellas cortadas que significaban afecto en el compartir. Las horas pasaban entre risas, bromas, juegos, música y baile.

II

Al cabo de un rato, charlé con Ramonera,³³ a quien además lo apodaban “Boca Negra” por un jugador de fútbol colombiano. Con él se dio la oportunidad de hablar sobre

³¹ Juego de precisión muy popular en toda la región.

³² Lo conocí ahí, luego no lo volví a ver.

³³ Con Ramón Pihuala nos conocimos en la cancha de Rivadavia, y fortalecimos amistad en “La Canchita Visera”. Actualmente vive en Huaco y se dedica a la venta de leña y carbón

su infancia en la escuela. Quizás pensó que, por el hecho de que yo era profesor, la conversación debía tratar de la escuela. De entrada nomás me contó que a él no le gustaba la escuela, que hacía renegar mucho a las maestras, que se escapaba cuando tenía oportunidad, y que era habitual esconderse en la finca de la misma escuela para no entrar a clases. Me explicó que él sentía en esa época que la escuela era una pérdida de tiempo, pero que se arrepentía de no haberla terminado:

- *Hay que decir la verdad, a mí me costaba mucho, era vago para el estudio, bah, casi todos los changos de aquí éramos vagos. Lo que pasa es que me costaba mucho lengua, encima que las maestras antes te tiraban de las patillas, de las orejas, ¡y yo rebelde!, imagínate... Lo que pasaba es que uno prefería trabajar, ayudar a la familia. A mí me gustaba mucho ir al campo a buscar leña o a quemar carbón; más todavía salir a cazar, salir con los changos, los perros y buscar algún quirquincho o suri para traer para la casa.*
- *¡Qué polenta, salir a cazar! –atinaba a responder...*
- *Con los changos lo seguimos haciendo, para no perder la costumbre. ¡La próxima vez que vengas, vamos...! Los bichos ya están más lejos, hay que meterse bien en el campo, pero cargamos las alforjas de vino y vamos.*
- *¡De una! ¡Me encantaría!*
- *Sí, y ahí te puedo decir que yo sí sé, jamás me perdí en el campo, mira que son jarillales y jarillales, pero jamás me perdí... además tengo un par de perros que son re machos, que cuando se hace de noche duermen al lado tuyo...*
- *Cuántas historias que deben habitar en esos campos –mencioné*
- *Y sí, son las historias que pasamos nosotros.*

En esa interesante charla estábamos cuando de repente comenzó a sonar la música *chamamecera*³⁴ de “Los Palmareños”. Tremenda sorpresa me llevó cuando pude observar que todos comenzaron a acercarse a don Julio, quien emocionado había largado en llantos... Todos lo alentaban para que se recompusiera. Acercándome tímidamente pude escuchar algunas de sus palabras envueltas en los gritos de aliento que le daban la changada.

- *¿Por qué tuve que quedar solo yo? ¡Hermanos queridos! ¿Cuándo me iré a morir...? ¡Encima que a gata camino...!*

³⁴ Chamamé, género musical de origen litoraleño que goza de una gran popularidad entre las clases populares de nuestro país.

Casi al instante me explicaron que días atrás había fallecido un íntimo amigo de don Julio y que, debido a esa circunstancia, él era ya uno de los últimos de un grupo de amigos que habían compartido toda una vida en La Isla del campo, hachando y quemando carbón codo a codo. Me explicaron que a don Julio esa música le despertaba recuerdos de muchas cosas compartidas con su viejo amigo. Quedé impresionado por la atmósfera que se había generado con aquella música *chamamecera*, ¡cuánta potencia!, pensé.

Cátedra de truco abierta a cargo de don Julio

I

La tarde fue pasando, y al rato de que don Julio se recompuso, volvieron las jugadas de *sapo*, las *truquiadas*,³⁵ las apuestas, las bromas y las trampas. Comenzaron a observarse las primeras machas, las primeras caídas, las carcajadas, y todos en plena confianza. Me tocó, al largo rato de observar, hacer equipo para jugar al truco y, sin saber siquiera una seña, casi adivinando el valor de las cartas, solo sabiendo que el uno de bastos, “la hembra”, mataba a todos menos al uno de espadas, “el macho”; que el siete de espadas también era importante, y que las cartas del mismo palo servían para el envido, me largué a apostar... Desastre...

Fue interesante cuando, luego de mi bancarrota, le tocó a don Julio, quien confiado se sentó en la mesa y mirándome me dijo:

- *Walter, mira y aprendé como se les gana a estos pícaros...*

Yo diría que en aquella experiencia tuve la gracia de estar frente a un verdadero Doctor en el arte del juego, un sabedor de las mil y una mañas del truco. Mentiroso como ninguno. Si hasta los del equipo contrario le decían brujo. No se le escapaba ni una seña, y remataba diciendo:

- *¡No! ¡Les falta mucho turquita! ¡Los años que tuve de confitería no son en vano!*
—mostrando una sonrisa burlesca.

II

¡Truco!, ¡retruco!, ¡quiero!, ¡envido!, ¡real envido! Algunos de los gritos repetidos que se daban frenéticamente sobre la mesa. Por momentos escuchaba a don Julio gritar

³⁵ Jugar al truco.

¡falta envido!, cuando en realidad gritaba confusamente *¡falta un vino!*, mañas con las que buscaba desconcentrar a sus adversarios.

- *Esto no es para calentones* -intentaba explicarme don Julio- *Lo primero que tenés que hacer es mirar bien a tu compañero, si sabe las señas, mucho mejor. Pero si no sabe mentir, medio difícil...*

Fue increíble ver en acción a don Julio. Mientras jugaba, nos explicaba a mí y a los más chicos cómo debíamos jugar a tan complejo juego. Por momentos explicaba, por momentos se burlaba de sus adversarios, por momentos hacia una pausa, pero casi al instante volvía con su sonrisa sobradora, como sabiendo que ese día la fortuna estaba de su lado. Por supuesto, las tácticas de don Julio terminaban dando sus frutos, sus contrincantes cedían a los nervios y terminaban perdiendo la paciencia y, por ello mismo y a la larga, la partida.

- *¿Me enseñaría algún día a jugar al truco don Julio?* –Recuerdo que le pregunté.

- *Claro que sí, cuando vos quieras nos tomamos un vinito en casa y te enseño...*

Sobre espantos y otras historias

I

El sol se fue hundiendo, pasaron las horas y, ya siendo las 22:00 hs, algunos changos comenzaron a amagar irse, mientras el coro unívoco de los changos restantes, en tono burlesco, los condenaba:

- *¡Bah, no sean maricones!*

- *¡Si ella está en tu casa, no te asustes! ¡Vení quédate un rato más!*

- *¡Parece que ya los están llamando!*

- *¡Mierda estos changos!*

- *¡Ausentate nomás vos...!*

Estas, entre otras tantas frases chanceras, intentaban impedir que los que se tenían que ir lo hicieran. Hubo algunos que se excusaron y se despidieron, mientras otros se dejaron convencer y se terminaron quedando un rato más. Me enorgullece decir que yo me quedé hasta el final...

Amparados a la luz de la luna, no éramos más que siete, todos sentados a la orilla de la mesa, alejados de la ciudad, dispuestos a continuar conversando un rato más. Fue cuando se dio la ocasión de hablar un poco sobre espantos. Roberto Pihuala comenzó:

- *En el campo no debe haber nada más importante que tener un buen perro. Bah, mejor si es una perra...*
- *¿Dicen que es mejor tener una perra, verdad? –pregunté sabiendo la respuesta.*
- *¡Claro! Yo tuve muy buenos perros, buenos para salir a cazar, rápidos, pero hay a cosas a las que siempre le va a tener miedo, y si te tiene que abandonar, no tiene drama, te abandona en el campo...*
- *Dicen que una perra no te abandona –le comenté.*
- *Te cuento una historia. Yo una vez me fui a buscar quirquinchos una tarde, y como se me hizo tarde y tenía vino, decidí quedarme en el campo y volver al otro día. Hice fuego, y con la montura del caballo me armé una cama. No sé qué hora habrán sido, pero me desperté con el griterío de los perros. ¡Pero impresionante como toreaban! Me levanté de un salto pensando que podía ser una víbora, y sentí un olor a podrido que no sé cómo explicarte. No sé qué habrá sido, lo que me acuerdo es que los perros salieron cagando, me dejaron tirado, solo una perra que yo tenía se me metió entre las piernas y desde ahí toreaba la arboleda.*
- *¿Y qué hiciste?*
- *¡Pará, el caballo se había soltado, y se había ido a la mierda! No tenía escapatoria, así que me quedé, me puse a rezar y, no sé, me maché y me terminé durmiendo otra vez. Cuando me desperté a la mañana, la perra estaba durmiendo arriba mío. Yo le debo la vida a esa perra, si no fuera por esa perra no te estoy contando esta historia. En serio...*
- *¿Habrá sido la Pacha? –pregunté*
- *No sé, yo había pillado varios quirquinchos, pero eran para comer. Además, el olor que te digo, no creo que haya sido La Pacha.*
- *El diablo, que más va a ser –sentenció Chirri que escuchaba con atención.*

Esa breve historia, junto con otras que me fueron contando esa noche, me habían dejado helado. No solo por el miedo que me pudieran despertar, si siempre tuve miedo a esas cosas, y a mí también me tocó contar sobre algunos espantos vividos por mis padres en el Potrero.³⁶ Lo que me dejó helado fue entender por primera vez que estaba frente a otro modo de entender el tiempo y el espacio, otra manera de relacionarse con el mundo, un modo totalmente diferente de entender la historia. Estaba a las puertas de una ruptura,

³⁶ El Potrero de Santa Lucia, distrito del departamento Andalgala; en el viví junto a mis padres y hermanos hasta mis cinco años.

de pronto, sentí cómo las definiciones rígidas de la ciencia histórica que se habían aferrado a mi cabeza cedían ante el embate de evocaciones campesinas que expresaban relaciones otras.

II

Como a las 01:00 hrs. comencé a padecer un frío terrible. Es increíble lo que baja la temperatura en los medanales por la noche. Necesitaba un abrigo, y el único que había llevado se había vuelto con don Julio horas antes en el auto. Así fue como, aprovechando en que se necesitaba más soda y vino, me colé en una moto que tenía la misión de buscarlo en el pueblo. Grave error... Fue una travesía en la cual el chango que iba al manubrio, Guascha,³⁷ parecía que le había jugado una apuesta a la mismísima muerte... Fue montarnos a una Honda Strom 125 y, sorteando piedras, palos y monte, cruzar a altísima velocidad por medio del arenal. Sin exagerar, fue jugarnos la vida en la búsqueda de un par de sodas y unas cajas más de vino.

Cuando llegamos a la casa de don Julio, pude ver que las chinitas estaban *cerveceando*³⁸ y comiendo unas pizzas, también bailando y disfrutando entre ellas. Le pedí una campera a Verónica, y luego le expliqué que volvería más tarde por la casa, y me despedí y volví a la moto de Guacha. Por suerte, en frente de la cancha de Rivadavia había un quiosquito abierto. Bah, yo pensé que habíamos tenido suerte, en realidad después me explicó Guacha que ahí siempre te venden. Cargamos algunas cajas de vino Toro, un par de *Torasso*³⁹ limonada de tres litros, y pegamos la vuelta.

Cuando volvimos, fuimos recibidos entre aplausos y felicitaciones. La verdad, la misión no había sido tan fácil. En la ida logramos sostenernos sin caernos en todo el viaje; pero en la vuelta, aunque bajamos la velocidad, nos caímos dos veces, de todos modos, la arena amortiguó y pudimos llegar ilesos al rancho, solo perdimos una caja de vino que, al caerse, se abrió, y se la tragó la arena. Sed de la Pacha, pensé...

No sé por qué, pero a los changos les sorprendió mi vuelta, tal vez pensaban que me había subido a la moto como excusa para salir de ahí, pero al ver que no les había mentado, que realmente me había ido a buscar una campera, me felicitaron por la actitud al bajar de la moto.

³⁷ También los conocí la "Canchita de Visera". Actualmente vive en Huaco. Además de ser un excelente jugador de fútbol, es albañil y finquero.

³⁸ Bebiendo solo cervezas.

³⁹ Torasso, centenaria gaseosa tucumana.

La noche fue pasando, las charlas se hicieron extensas. ¿De qué charlamos? De todo, del trabajo, la familia, el vino, las mujeres, del campo y la ciudad, de la vida. Pasadas las 03:00 hrs. de la madrugada la bebida comenzó a escasear nuevamente, había sido una jornada larga y teníamos que volver a la casa. Todos machados, nos trepamos a la F 100 de Visera, y comenzamos a salir del puesto de los Pihuala. Es extraordinario como se ven las estrellas por la noche en el campo.

Registro fotográfico en el Puesto de los Pihuala

Las imágenes tienen la fuerza de construir una narrativa crítica, capaz de dismantelar las distintas formas del colonialismo contemporáneo. Son imágenes más que las palabras, en el contexto de un devenir histórico que jerarquizó lo textual en detrimento de las culturas visuales, las que permiten captar los sentidos bloqueados y olvidados por la lengua oficial.

Silvia Rivera Cusicanqui
Ch'ixinakax Utxiwa (2010, p. 5)

Rancho y vida



Figura 3. El puesto de los Pihuala.



Figura 4. Estacionamiento de motos en el Puesto de los Pihuala.



Figura 5. La Ford de los Pihuala y sus cabras.



Figura 6. Criar las cabras.



Figura 7. Montura y moto en el puesto.

Amigos son los amigos



Figura 8. La changada y la parrilla.



Figura 9. El sapo del puesto espera.



Figura 10. Poniendo la mesa.



Figura 11. El Flaco, maestro del sapo.



Figura 11. Lista la parrilla.



Figura 13. Se larga la ronda de truco.



Figura 12. Ramonera supervisa la cuenta de puntos.

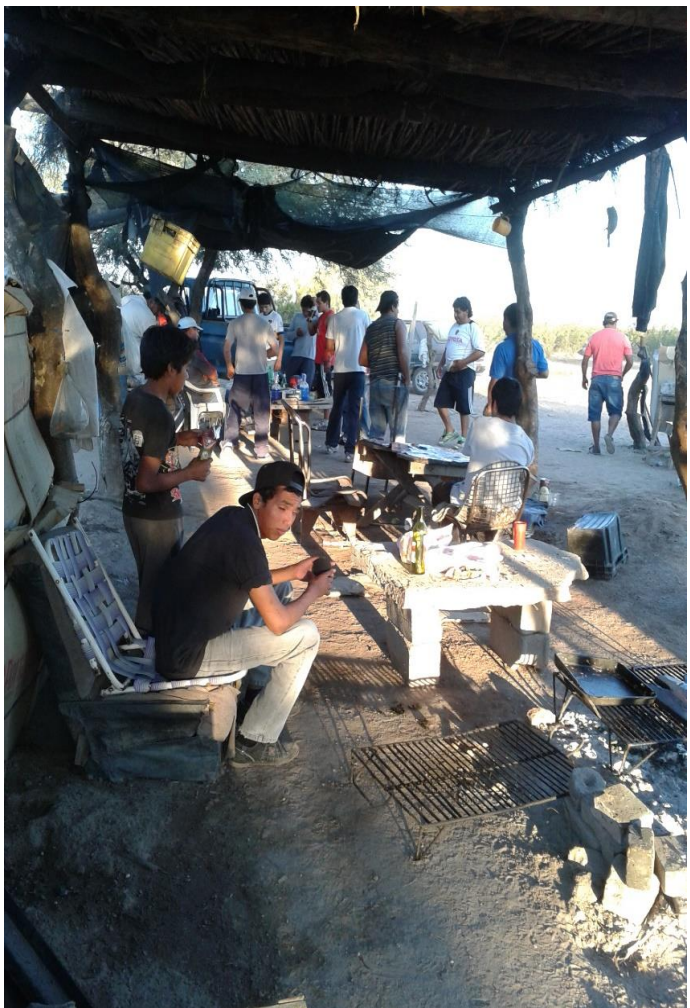


Figura 14. Jorgito casi se duerme esperando el truco.

Catedra



Figura 15. Catedra de truco con Don Julio Brizuela.



Figura 16. Un poco de fútbol en el puesto.



Figura 17. El sol se hunde, las cabras al corral.

La noche y las historias



Figura 18. A no cagarse, historias de espantos en el puesto.



Figura 19. Mesa surtida de una ritual en el arenal.

*Vestigios, vino, truco y conversación ampliada en el campo y La Isla*⁴⁰

*Espesura de los montes,
canto del ave salvaje
Mensaje de amor y tiempo,
en el árbol y el plumaje*

*Rumor del silencio herido,
por el canto de algún hacha
O el silbó de algún peoncito,
que va volviendo a la casa*

Los Manseros Santiagueños
Canto a Monte Quemado, (1990)

*¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! (...) Vosotros espantáis los tiranos;
vosotros emponzoñáis secretamente sus placeres impíos.*

Constantine de Volney
Las Ruinas... [1789] (2003, p.8)

*...el vestigio parece no ser aquella cosa que de un pasado permanece, en tanto cosa, en el presente, sino
que, mucho más activamente, convoca, instiga, acecha, conmueve, conversa...*

Alejandro F. Haber
Al otro lado del vestigio... (2017, p. 37)

Los preparativos y la juntada

I

Eran las 6 de la mañana, apenas había pegado un ojo unos minutos; confieso que estaba casi sin dormir, pues había guitarreado toda la noche con otros changos en La Pulpadora.⁴¹ ¿Quién dice que no se duerme uno con coca en la boca? Dormitaba, cuando de pronto escuché la moto de Julito. Había llegado el momento de partir al campo de La Isla. Como ya estaba vestido, solo tuve que estirarme un poco y lavarme la cara. El entusiasmo y la nueva coca sacudieron eléctricamente el sueño de mi cuerpo, y un refriego de manos fue suficiente para quitarme de encima el terrible frío que estaba haciendo.

- *¿Todo listo, Pinta?* –me preguntó Julito.⁴²

⁴⁰ Vivenciado entre el 20 y el 21 de enero de 2018.

⁴¹ Ubicada en la parte norte del distrito Huachaschi, la localidad “La Pulpadora” le debe su denominación a una histórica planta de procesamiento de pulpa.

⁴² Otro de los hermanos Brizuela. Gran amigo y compañero de este viaje. Siempre que nos juntamos, tomamos unos tragos y seguimos conversaciones pausadas. Actualmente vive en Huaco y se decía a la

- *Todo listo hermano, ahí tengo la carne en la heladera.*
- *Meta –me respondió– el vino le sacamos a Visera, después juntamos todos y le pagamos. Ahora voy a ver si está despierto Drácula,⁴³ que tiene la música. Vuelvo y nos vamos. –Subió en su fiel Kymco 110, y se fue a ultimar esos detalles.*

Me senté en la cómoda reposera de Don Julio, que por ese momento estaba acéfala, y me crucé de brazos y piernas para esperar que el tiempo pasara. En ese mismo momento se levantó mi compañera.

- *Negro, ¿quieres tomar algo? ¡Chuy!⁴⁴ ¡Qué frío que esta! ¿Y Julito? –me preguntó.*
- *Podría ser un café, Negrita. Julito se fue a buscar a Visera –le respondí.*
- *¿Estás bien abrigado? ¿Compraste la carne? Julito me dijo que después juntaban y te devolvían lo que gastaste.*
- *Sí Negra, está en la heladera –concluí.*

Luego de convidarme una taza de café, se volvió a la pieza; aclarándome que, como era domingo, volvería a tirarse. Ahí me quedé un buen rato sentado, reflexionando sobre el viaje que estaba a punto de emprender, mientras el sol comenzaba a rayar poco a poco las paredes de la casa.

II

Mientras contemplaba la pereza de los perros a esas horas de la mañana, imaginándome que renegaban con el quiquiriqueo de los gallos, terminé mi café y me dispuse a fijarme que no me faltara nada para el viaje. Fui en búsqueda de mi celular, que había dejado cargándose, pues se me había quedado sin baterías la noche anterior. Pensé que tal vez necesitaría una lapicera, fui hasta el bolso donde yacían mis métodos de investigación, saqué un lápiz negro, pues recordé que a la lapicera la había prestado el día anterior en una partida de rummy, y arranqué unas hojas de mi cuaderno. Tanteé en mi campera los cigarros, el encendedor y la coca, me despedí de Vero con un beso, y fui al

albañilería. Supe, la última vez que nos juntamos que también estuvo trabajando en la obra de remodelación de la “Plaza 9 de Julio” de Andalgalá.

⁴³ Cristian Cedrón, cuñado de los hermanos Brizuela. Es un gran amigo, siempre estamos compartiendo algo. Estuvo viviendo varios años en Buenos Aires y hace algunos que volvió para vivir en Huaco junto a Carmen. La última vez que lo visite pude conocer la finca que armó en un terreno que compro hacia el sur de Huaco.

⁴⁴ Palabra quechua que se usa para expresar mucho frío.

baño unos minutos. Luego de un rato estaba todo listo. En ese momento escuché la camioneta de Visera.

III

Tantas historias que había escuchado sobre el Campo de La Isla. Las veces que don Julio se había referido a él con lágrimas en los ojos; recordándolo como un lugar en el que había sido tan feliz. Por fin iba a conocer La Isla, el Campo de la Isla. ¿Qué representaba en ese momento La Isla para mí? La verdad que no podía estar seguro. Resonaban en mí las historias que don Julio me había contado. De su vida de hachero en La Isla, del duro trabajo del quemador de carbón; pero a su vez de lo feliz que había sido viviendo en ese lugar. En ese momento pensaba si mi interés estaba todo puesto en conocer La Isla o si, en realidad, lo que movilizaba mi cuerpo eran las ganas de compartir un buen rato con los changos en ese lugar. Consideré que, más que una intención conocedora, me movilizaba el deseo de compartir en el lugar, y me predispuse a hacerlo.

IV

Salí de la casa y pude ver que la camioneta de Visera ya estaba en la puerta. Me volví hacia dentro y, tratando de no hacer demasiado ruido, saqué la carne del congelador. Atiné a afanar algunas botellas grandes de hielo y salí a saludar a los changos.

- *¿Todo bien Turquita?* –gritó Visera desde la camioneta.
- *¡Todo bien hermano!* –le respondí mientras me acercaba para estrecharle la mano.
- *¡Vení, subí adelante, Pinta!* –me dijo Visera mientras yo saludaba además a Manuel⁴⁵ que venía en la caja.

Así fue como me subí en la cabina, Visera metió primera y nos dirigimos a buscar a Drácula y la música. En realidad, fue hacer un pequeño giro, pues su casa quedaba apenas una cuadra más abajo. Cuando llegamos, Julito saltó de la cabina y se metió adentro de su casa, volviendo con él y trayendo un gran parlante. Volvieron a entrar y sacaron una mesa y unas sillas plásticas. Drácula volvió a entrar, demoró unos minutos y salió listo, con algunas botellas más de hielo.

- *¿Todo bien, Pinta-pinta?* –me preguntó.

⁴⁵ Manuel Vallejos es hijo de Dante Vallejos, uno de mis grandes amigos en Huaco. Manuel actualmente tiene 19 años, es changarín y vive en Huaco junto a sus padres.

- *Todo de lujo, Conde* -le respondí con una sonrisa.

Para ese momento nosotros ya habíamos acomodado todo en la cajuela de la camioneta. Mesa, sillas, parrilla, dos conservadoras, un parlante, una caja de cartón en la que Drácula se había ocupado de poner la sal, cubiertos, vasos de vidrio y algunas verduras; compartían la cajuela de la camioneta con los changos. Además, subimos un par de perros, una *galga*⁴⁶ rara, pues esta era medio peluda, y un *choco*⁴⁷ negro mediano, ambos de Visera, que se mostraban tan felices como nosotros por tener la suerte de iniciar el viaje.

El viaje de ida

I

Visera arrancó la chata y comenzamos a andar. Por las insistencias de Visera yo iba en la cabina. Fue un buen momento para conversar con él. Mientras atravesábamos el camino de tierra y arena de la parte sur de Huaco, iniciamos una conversación que se extendería durante todo el viaje. Una conversación sobre el significado del Campo de la Isla.

Tuvimos una primera parada en la casa de Julito, que quedaba de pasada. La casa de Julito queda justo al frente de la Escuela Nro. 408 Gral. Isidro J. Arroyo, en el camino que lleva a la pista de aterrizaje del departamento. Bajó de la camioneta y se metió en su casa. Resulta que habíamos pasado a buscar a su pequeño hijo, Joaquín,⁴⁸ quien, nos contó luego Julito, estaba despierto desde las cinco de la mañana esperando ansioso que pasáramos a buscarlo para incorporarse al viaje. De inmediato lo hice subir a Joaquín en la cabina junto a nosotros y emprendimos nuevamente el viaje.

II

Pensé que ya no habría paradas hasta llegar a destino. Dejamos por un instante el camino de tierra y arena y comenzamos a transitar sobre asfalto. Pasamos por frente de unas paredes pintadas que intentaban denunciar, “el agua vale más que el oro”,⁴⁹ hicimos un giro hacia la derecha, luego otro hacia la izquierda, superamos los remanentes del viejo

⁴⁶ De raza galgo.

⁴⁷ Choco, perro mediano.

⁴⁸ Joaquín Brizuela, hijo de Julito. Siempre que Julito se va al campo él le pide acompañarlo. Julito siempre trata de llevarlo, pero cuando no lo hace, según me dijo, lo conforma con algún regalo que le trae del campo.

⁴⁹ Pintadas como estas pueden encontrarse en todo el departamento. Son las marcas de un pueblo que lucha hace décadas por sostener un ambiente sano, enfrentado al extractivismo mega-minero.

Arsenal de Guerra de Andalgalá y alcanzamos a ver la imponente estación del Ferrocarril General Belgrano, Ramal A4, envuelta entre algarrobos. Enorme carcaza de lo que había sido alguna vez uno de los polos fundamentales del progreso en el medio local.

- *¿Vos viniste alguna vez a las carreras de perros que hacíamos en la estación?* – me preguntó Visera.
- *Sí, vine una vez con Alejandro –le comenté–. Me acuerdo de que teníamos poca plata, apenas para una cerveza, y Alejandro lo apostó todo. Ganamos, y compramos dos cervezas más. Ale volvió a apostar, y perdió, quedándole nuevamente apenas para una cerveza. Volvió a apostar, y ahí nos quedamos sin plata. Andábamos muy cortos, ya nos habíamos gastado todo mucho antes.*
- *¡Así es Ale!* –me respondió.
- *Ale me contó que ustedes tenían un perro bueno para las carreras –le comenté.*
- *¡Sí! ¡El Indio! ¡Que perrazo! Nosotros presumíamos con él. Inclusive les llegamos a ganar a los Rojano. ¡También a mucha gente que venía de los pueblos! Lo queríamos mucho, era como un orgullo para nosotros.*
- *¿Ahora qué funciona en la estación?* –le pregunté.
- *Siempre hay eventos. Últimamente, los sábados se vienen juntando los hippies. Parece que hacen reuniones, tocan el tambor y bailan.*
- *Sí, eso lo sabía* –atiné a responder.
- *Pero no joden a nadie, son bien respetuosos. Se juntan por el tema del agua, son anti-mineros* –concluyó Visera.

Continuamos viaje y, en un instante, transitamos entre las últimas casitas y algunos troncos de algarrobos que yacían tirados al costado del camino. Cruzamos por debajo de las antiguas vías del tren y rápidamente nos encontramos rodeados de un majestuoso horizonte semiárido. Así comenzaba una difícil travesía en la que todas las fichas estaban puestas en la afamada polenta de la F100 azul de Visera.

III

El camino en adelante me parecía inviable. Unas huellas de ruedas en medio de un desmesurado jarillal me hacían pensar que ya antes había sido posible. Al menos la evidencia me parecía favorable. Por momentos, las huellas parecían ceder a la voracidad del arenal y en más de una ocasión pensé que nos quedaríamos en medio de la andadura.

De todos modos, Visera en ningún momento se mostró preocupado. Confiaba plenamente en su compañera azul. De rato en rato la hacía alborotar para que sus ruedas no se enterraran en los lugares donde el médano hacía su aparición, y de cabezazos en cabezazos, de bramidos en bramidos, la chata salía campante.

- *¡Qué polenta de la máquina, hermano!* –le comentaba por momentos.
- *¡Oh! ¡Qué chata⁵⁰ ésta! ¡Jamás me abandonó!* –respondía a mis insistencias.
- *Don Julio me contó que la compró usadita ya, y lo mucho que le costó comprarla* –le comenté–. *Me contó cómo fue cambiando de vehículos hasta llegar a la chata. Me contó cómo con ella sacaba leña del campo y salía a vender por todo Andalgalá. Vero también me contó que cuando era chica siempre se le colaba para hacer los repartos, y que esos fueron de los días más lindos de su vida.*
- *Por eso cuando mi viejo la quiso vender,* –me respondió Visera– *yo se la compré, para que quedara en la familia. Yo sabía lo que a él le había costado comprarla. Yo tenía una plata que había venido juntado de las obras en que había trabajado, y decidí comprársela. La verdad que para mí la camioneta significa un montón.*
- *Me contó Don Julio también que en ella iban a ver a Rivadavia.*
- *¡Sí! Cuando mi viejo estaba bien de salud, cargaba a todo el mundo en la chata y se iba a ver a Rivadavia. Yo, cuando puedo, lo sigo al club, pasa que yo todavía juego los fines de semana, Turquita* –me contestó con un guiño.

Claro, si Visera había sido uno de los grandes jugadores que había dado la cantera de Rivadavia de Huaco. Todavía desplegaba su pícara manera de jugar en la Liguilla Andalgalense de Fútbol. Así fue como mientras avanzábamos por el tortuoso camino nos quedamos por un rato hablando de fútbol. Ese domingo a la noche jugaban Boca-River por el torneo de verano, y habíamos quedado en volver a la oración para poder verlo en la casa de Don Julio.

IV

Nuestra segunda parada fue en las cruces de Tupito. Fue un momento en el que todos nos bajamos de la camioneta, nos sacamos nuestras gorras y nos acercamos a sus cruces. Julito me contó que Tupito había sido un hachero que trabajaba acarreado leña del campo para la máquina del ferrocarril.

⁵⁰ Denominación cariñosa que se le da a las camionetas. Recuerda el nombre de la parte trasera de los carruajes tirados por caballos utilizados para llevar cargas, por lo general descubierta.

- *Yo lo respeto mucho a Tupito, todos lo respetamos.* –alcanzó a decirme Julito mientras tocaba las cruces.
- *¿Qué le pasó?* –atiné a preguntar.
- *Dicen que en uno de esos tantos viajes que hacía acarreando leña en los tractores para el ferrocarril, parece que iba sentado muy a la orilla y se cayó.*
- *¿Murió al caer?*

Julito me miró e hizo un silencio. Volvió su mirada a la cruz y con su hijo se persignaron. Cuando nos alejábamos de la cruz y nos acercamos a la camioneta para continuar el viaje Julito me comentó.

- *Dicen que cuando cayó, los carros del tractor lo apretaron. Parece que había tomado unos vinos y en uno de los saltos del tractor se cayó.*

Ya en la cabina de la camioneta, Visera me comentó que todos respetaban a Tupito. Me comentó que siempre que sale al campo se para a saludarlo. Además, me confirmó que a él se le podían pedir cosas, pero que, si le pedía algo, luego había que volver a agradecerle.

Así, de charla en charla, conversando con Visera y Joaquín, fuimos superando el largo camino. Eran casi las nueve de la mañana y estábamos llegando. La hora y media que nos había llevado la travesía, mezclada con el frío que traía ya de la noche anterior, me había comenzado a amortiguar el cuerpo; por momentos el sueño me reclamaba y me hacía pestañear con cabezazos. Por fin el horizonte comenzó a cambiar, y un ejército de jóvenes algarrobos se impuso ante la retina de mis ojos, habíamos llegado a La Isla. Hicimos una pequeña curva y de pronto, pude ver por la ventanilla de la camioneta la escolita de La Isla.

- *¿Esa es la escolita de La Isla?* -le pregunté a Visera.
- *Sí, no hace mucho que la refaccionaron.*

Había escuchado muchas cosas sobre la escolita rural de La Isla. Sobre lo difícil que les resultaba llegar a los maestros; sobre los niños que aún van a esa escolita. Solo pasamos por el frente, como era enero estaba cerrada.⁵¹

⁵¹ La Escuela Nro. 444 La Isla fue refaccionada en el año 2015, actualmente concurren algunos niños provenientes de Huaco y puestos lejanos.

Recorriendo el viejo aserradero

I

Cuando por fin estacionamos la camioneta, todos bajamos para iniciar un recorrido por el viejo aserradero. Los perros pegaron un salto de la caja y salieron disparados, jugando entre ellos, anticipándose al recorrido. Hecha la punta por los perros, le siguieron Drácula y Visera, más atrás Julito y su hijo Joaquín caminaban juntos; por último, Manuel y yo, veníamos agradeciéndole al sol por su cálido abrazo.

Al rato de caminar entre los jóvenes algarrobos que parecían rebosar de nueva vida, llegamos al pozo de agua. Allí una placa de cemento decía: Salim Hadad, Miguel B. Oliver, 13/09/68. Su estructura era toda de hierro que, a pesar de su herrumbre, dejaba ver aun su viejo color rojo. En ese instante recordé que Don Julio me había contado que cuando la bomba funcionaba, el chorro de agua que salía era fuertísimo y que nunca habían sufrido problemas de agua cuando vivían en La Isla. Claro, si a pesar de la aridez del suelo, caminábamos sobre importantes napas de agua. Ahí nos quedamos un rato tirándole piedritas para lograr captar su profundidad. Llegué a contar unos cuatro segundos.

II

Continuamos el recorrido y llegamos a las paredes de lo que había sido la casa de Don Julio. Dos paredes de adobes aún se mantenían de pie. Se podía ver que el techo había sido un cañizo, pues sus restos yacían aún en el suelo. En ese momento vinieron a mí las conversaciones que había tenido con Doña Graciela. Ella me había contado lo feliz que había sido viviendo en La Isla y lo sufrido que fue tener que salir de su hogar para venirse a vivir en Huaco. Ver las paredes de la casa fue emocionante y nostálgico a la vez. Pensé que a mi familia nos había pasado algo similar, recordé cuando con mi madre tuvimos que salir de nuestro hogar, cuando nos tuvimos que venir del *Potrero*, y de cómo nuestra amada casa terminó siendo demolida. Aún me duele.

III

Mientras continuábamos la caminata, yo me preguntaba por el paradero del *choco* negro de Visera, que había desaparecido entre los algarrobales. Hicimos un pequeño rodeo y comencé a sentir el piso distinto, un suelo como amortiguado; avanzamos unos pasos más y se me hizo evidente, estamos caminando sobre aserrín. Fue impactante ver cantidad de montículos de maderitas y aserrín dispersos sobre el espacio. Continuamos

un poco más y llegamos al lugar preciso donde había estado emplazado el aserradero. Habían pasado tantos años desde que el aserradero había dejado de funcionar, y aún el aserrín era dueño del lugar. La gran cantidad de aserrín se había mezclado con la arena haciendo un piso rojizo único. En ese momento me compadecí de los algarrobos.

Fue impactante poder ver las viejas estructuras de lo que había sido un enorme aserradero. En medio de un bosque de algarrobos que comenzaba nuevamente a florecer, aunque aún se podían ver sus terribles lastimaduras, yacía la presencia del aserradero como un gigante dormido.

IV

Eran como las diez de la mañana y el calor comenzaba a asomar reclamando su preeminencia ante una brisa fresca que aún se escondía entre el algarrobal. Nosotros continuamos caminando, conversando, sintiendo y mirando. Un momento sugestivo fue cuando, mientras pasábamos por frente de un viejo algarrobo torcido, Visera me dijo:

- *Mira Pinta, aquí colgaban la campana de la escuela. Aquí era la vieja Escuela de la Isla.*

- *¿En ese árbol?* –le pregunté.

- *Sí, en este viejo algarrobo. Todavía me acuerdo cuando veníamos a la escuela. Yo vine poco, cuando era chico nomás. Alejandro, como era el mayor, vino hasta más grande.*

- *¿Y cómo era la escuela?*

- *Para mí era lo máximo, si como era chico, venía a jugar nomás. También nos daban frutas y postre. Para mí era lo máximo, pero te digo para mí, que era chico, capaz que Alejandro te cuenta otras cosas.*

Mientras caminábamos reconociendo el lugar pude distinguir, envueltas en tierra, arena, aserrín y espinas, los restos de dos viejos bancos que tenían las siglas del Consejo Nacional de Educación, y que llevaban la numeración 2 y 3 respectivamente. En ese momento y en un tono burlesco, Julito le gritó a Visera:

- *¡Eh!, ¡Visera!, ¡aquí están los bancos donde estudiabas vos!* –y nos echamos todos a reír.

Luego de una prolongada caminata por el aserradero, nos dispusimos volver a la camioneta. En eso estábamos cuando Julito y Visera se adelantaron. Caminamos un poco

más, y pude visualizar que ambos estaban bajo la sombra de unos jóvenes algarrobos. Nos acercamos y Drácula, Manuel y Joaquín comenzaron a persignarse. Claro, estábamos frente a una Virgencita. Me aproximé a la imagen, y pude ver que la urna era de vidrio y madera, y estaba puesta sobre unos bloques de concreto. En su interior, entre flores recientes y secas, se encontraba una imagen de la Virgen del Valle. Me estremecí, y entendí que estaba ante lo sagrado. Miré a mis compañeros, y atiné hacer una reverencia.

- *¿Es la Virgencita del aserradero?* - le pregunté a Julito

- *Es la Virgencita de aquí-* me contestó.

Por un par de minutos estuvimos todos mirando y conversando en silencio con la mamita virgen. Al rato, cada uno de nosotros tocó la urnita, y luego de eso, comenzamos a alejarnos de la imagen hablando en voz baja.

Otra vez el asado, la música y el vino

I

Cuando terminamos el recorrido, nos propusimos volver a la camioneta y buscar un lugar para asentarnos. Era importante encontrar un lugar con una buena sombra pues, a esas horas de la mañana, el sol había recuperado su absoluto reinado en aquellos lejanos arenales. Julito le indicó un lugar en específico a Visera, y luego nos dijo que él se iría a ver si pillaba algo.

Así, luego de unos minutos, no siguiendo el consejo de Julito, plantamos la camioneta a la orilla de una de las tantas huellas que surcan el Campo en La Isla. Bajamos de inmediato y, luego de una breve deliberación, convinimos en asentarnos debajo de un grupo de algarrobos medianos que parecía que nos brindarían la sombra necesaria. Nos pegamos unas buenas estiradas, despabilándonos; y nos retiramos cada uno a la orilla de algún algarrobo para orinar.

II

Las tareas no fueron asignadas. Cada uno fue haciendo lo que creía necesario hacer. Mientras Visera, con hacha en mano, fue en búsqueda de palos de leña grande para hacer las brasas, yo me ocupé de buscar la leña necesaria para iniciar el fuego. Por otra parte, mientras Manuel intentaba limpiar el suelo barriendo con un pequeño rastrillo la gran cantidad de algarroba diseminada, Drácula se ocupaba de armar la mesa, acomodar las

sillas y poner la música. Joaquín, por su parte, se mostraba un poco preocupado, pues ya había pasado una media hora desde que su padre se había separado del grupo.

Para ese momento el calor comenzó a pegar, me acerqué a la camioneta para sacarme la campera que tan útil me había sido durante todo el viaje, tanteé los puchos y el encendedor y recurrí a una de las botellas de hielo que había quedado afuera de la conservadora para mojarme la cabeza. Cambié mis hojas de coca y deposité la bolsa en el bolsillo de mi pantalón. Renovado, me dispuse a continuar en la tarea de encender el fuego. Confieso que tuve que usar las hojas que había arrancado del cuaderno...

III

A pesar del calor, las primeras llamas del fuego fueron bien recibidas. Visera acercó unos palos que había hachado, y pronto el fuego comenzó a tomar altura. Ya con la mesa puesta, ahí nomás Drácula abrió la primera caja de vino Toro, sacó una botella de Coca Cola y una de hielo y se dispuso a hacer los honores. Ahí estábamos paladeando los primeros sorbos de la mañana, cuando Julito se apareció con un *quirquincho*⁵² en la mano. Joaquín salió corriendo en su encuentro y Julito se lo entregó como un regalo. Al lado de Julito venía el perro negro, que se había separado del grupo durante el recorrido del aserradero.

- *¡Aquí cerca no se ve nada!* –comentó Julito– *Lo único que pude encontrar fue este quirquincho. Es chiquito todavía. No lo iba a cazar, pero el perro ya lo había visto y lo tenía en el hueco. Lo traje para Joaquín.* –Comentó Julito.

Joaquín, feliz por el obsequio de su padre, se sacó unas fotos con él como si se tratara de un nuevo integrante del grupo, y se lo devolvió a su padre para que este se lo preparara. Julito sacó su puñal y lo abrió, extrajo sus vísceras y, mientras agradecía a la Pacha por proveer, derramó la sangre del quirquincho en el suelo.

IV

Al rato de que estuvieran listas las brasas, tiramos la parrilla para comenzar a asar la carne. En ese momento, viendo Julito que Manuel y Joaquín se estaban acabando una Coca Cola, aclaró:

⁵² El quirquincho es un animalito que habita en toda la región. Su caza, quirquinchar, es una actividad milenaria que aún se practica, pues su carne es muy apreciada.

- *¡No chicos, la Coca es para el vino! Ustedes tomen la Secco naranja.*⁵³

Recordada dicha ley consuetudinaria, Julito amagó asar al quirquincho en la parrilla, para luego decidir que sería mejor hacerlo al rescoldo. Para ello usó dos cajas de vino que ya nos habíamos tomado, y envolviéndolo, lo enterró entre las brasas.

- *Va a ser el postre* –dijo Julito mientras se reía y enterraba el quirquincho.

Ahí nos quedamos compartiendo con los changos el rico vino, escuchando por momentos Los Manseros, Los Palmareños, Los Sacheros, Cafrune, Gary, Sebastián, El Rey Pelusa, Koli Arce, Jorge Veliz, entre tantos otros, en medio de la humareda, mientras la grasa de la deliciosa carne crujía en la parrilla. Se dio la ocasión para el juego y, ahí nomás, Cristian peló las cartas de truco que yacían ansiosas en el bolsillo de su camisa de *Grafa*.⁵⁴

Truco y conversación ampliada

I

Por fin la carne estuvo lista. Para ese momento Drácula había hecho la ensalada y había preparado el pan en la mesa. Sacamos las primeras tiras de carne y comenzamos a deleitarnos con tan preciado manjar. La música retumbaba en aquellas soledades, mientras, entre bromas y carcajadas, reforzábamos lazos de amistad. En ese momento, ya entonado por el vino, la carne y la música, pude sentir a La Isla latir de alegría por nuestra compañía.

No demoramos mucho en volver a sacar las cartas. Nos propusimos hacer un cuarto y abrir la partida sin dar más vueltas. Formamos dos equipos, por un lado, Drácula y Julito se afamaban de ser expertos y nos decían que tendrían compasión; por el otro, Visera y yo, no muy duchos, estábamos dispuestos a dar batalla.

- *¡Pero juguemos por algo!* –dijo Visera sorprendiéndome con su seguridad.

- *¡Meta! ¡Meta!* –sentenció Julito.

- *¡Que se cague!* –confirmó Drácula.

⁵³ Secco, centenaria gaseosa Santiagueña.

⁵⁴ Por lo general en la región se dice de Grafa a la ropa de trabajo de gabardina. GRAFA son las siglas de “Grandes Fábricas Argentinas”, histórica industria textil que naciera en 1926 en Villa Pueyrredón, Buenos Aires, y que caería en desgracia por las políticas neoliberales aplicadas en nuestro país desde 1976.

Estuvimos un rato deliberando por qué jugaríamos, hasta que resolvimos jugar una caja de vino Toro y una Coca Cola de vidrio por cada partida, la que debía pagarse, sin chistar, en la próxima juntada. Así, luego de cargar nuestros vasos de hielo y nuevo vino, nos dispusimos a cortar el mazo, repartir las cartas y dar inicio al juego.

II

Al ser poco ágiles para el truco, la táctica que ensayamos con Visera en las primeras partidas no fue otra que la improvisación; lanzándonos una y otra vez, esperando ser favorecidos por la rueda de la fortuna. No erramos del todo. Si hasta un par de falta envideo metimos. Así, las primeras partidas fueron nuestras y, ahí nomás, al cabo de un par de horas, los changos ya nos debían tres cajas de vino y tres gaseosas.

Las burlas no se hicieron esperar. Visera, con cada ronda que ganábamos, se echaba de carcajadas, por momentos improvisaba un baile, y sentenciaba:

- *¡Buaa! ¿Y ustedes son los buenos? ¡Ta loco!*
- *Pará, pará, no seas atrevido* –le respondía sonriente Drácula.
- *Esto recién empieza, no seas arrecho,⁵⁵ tenemos toda la siesta* –confirmaba Julito.

Al ver el rumbo que tomaba la truqueada, me crucé de piernas, prendí un pucho y opté por mostrarme serio y sobrador, casi severo, como si fuera un experto, fanfarroneando con la victoria. Claro, por momentos me echaba a reír a carcajadas ante las burlas de Visera y desnudaba mi pobre actuación. Pensábamos que ya los teníamos, pero de repente Julito se paró y le dijo a Drácula:

- *¡Pará, pará, Vení, vení Drácula! Cambiemos de lugar. Pasate para acá, yo me voy a echar un meo⁵⁶ y vuelvo.*

Luego de eso, perdimos una partida, al instante otra, y lo que siguió a ésta fue una paliza que se prolongó por un buen rato. En un momento crítico del juego, llegamos a deber cuatro cajas de vino y cuatro gaseosas. Las carcajadas y el baile pasaron por un largo rato al otro equipo.

Al rato de estos resultados precipitados, la suerte comenzó a estar de lado en lado, con lo que con Visera nos fuimos recuperando, llegando así, al cabo de unas seis horas de truco,

⁵⁵ En el sentido de sobreexcitarse por el juego.

⁵⁶ Orinar.

a quedar prácticamente en foja cero. En realidad, quedamos debiendo dos vinos y una coca, nada grave.

III

Aquella partida de truco significó además un momento propicio para conversar de una serie de temas que fueron confluyendo sobre la mesa conforme la ingesta de vino se iba prolongando. Entre risas y bromas, se fueron estableciendo momentos propicios para compartir experiencias, vivencias e ideas. Los temas que se trataron fueron diversos, pero todos estaban relacionados entre sí. Por eso, mientras hablábamos del significado del campo, de La Isla, de Tupito, la Pacha y la mamita Virgen, a la vez lo hacíamos del trabajo, la familia y la amistad, de las mujeres, el vino y el diablo, de la política local y la mega-minería.

- *¡Es verdad!* –proclamó Julito en una de sus intervenciones– *¡Yo siempre que puedo me tomo un vino! Pero en mi casa nunca hago faltar nada. Yo, haga frío o haga calor, laburo sin quejarme para que a mis hijos no les falte nada y, gracias a Tupito y la Virgencita, tengo una mujer que vale oro, que me aguanta un montón.*
- *¡Por eso la familia es lo más importante!* –sentenció Drácula.
- *La familia es lo más importante, más vale* –asintió Visera.
- *¡Sí!* – continuó Drácula–, *por eso nosotros estamos agradecidos con vos Pinta, porque cuando va la familia a la ciudad a hacer algún trámite, vos siempre nos recibís en tu casa sin drama. Nosotros valoramos mucho eso.*
- *Yo también valoro mucho su amistad, changos* – respondí tratando de disimular mi emoción.
- *¡Hagamos salud entonces!* – proclamó Visera
- *¡Salud! ¡Salud! ¡Salud!* –coreamos mientras chocábamos los vasos repletos de vino.
- *¡Por la familia, Tupito y la mamita Virgen!* – dijo Visera y de dos tragos se bajó el vaso.

Continuamos charlando por un largo rato los mismos temas. Ante las insistencias de Joaquín, Julito se levantó de la mesa y fue en búsqueda del quirquincho que había puesto bajo de las brasas. Manuel fue en búsqueda de la bolsa de pan, y todos hicimos

una pausa para saborear el delicioso manjar. Fue un momento en el que pude preguntarle a Julito sobre sus conocimientos en la caza.

- *¿Cómo lo atrapaste?* – le pregunté.
- *Anduve caminando, buscando huellas frescas. Pero no se veía nada por aquí cerca. Buscaba las huellas del Suri, pero nada, ni al Zorro vi. Cuando me venía, justo vi al quirquincho que se metió en la cueva. El perro salió corriendo y lo atrapó en la cueva. Yo lo único que tuve que hacer es meter la mano y sacarlo.*
- *¿Y no es peligroso meter la mano así de una?* –le pregunté.
- *Es que uno sabe cuándo meter la mano y cuándo no –me comentó luego de hacer una sonrisa burlesca-. Lo primero es ver si el hueco no es muy viejo, porque, claro, si es muy viejo se puede haber metido una víbora. También hay arañas que se esconden debajo de la arena, ¡las apasancas!⁵⁷ Pero si sabes leer el terreno, te das cuenta.*
- *¿Y cómo lo sacaste?*
- *Pasa que no le di tiempo. Metí la mano y lo saqué de la cola. Ahí me di cuenta de que era chiquito, pero decidí traérselo para Joaquín- que siempre que me vengo al campo me pide que le busque un quirquincho. Además, lo tomé como un regalo de la Pacha.*
- *¿Un regalo de la Pacha?*
- *Sí, y aquí en el campo a la Pacha hay que respetarla un montón. Cuando uno sale a cazar siempre la tiene que tener presente, y andar con cuidado, no hay que hacerla enojar.*
- *¿Y cómo la haces enojar?*
- *Pasa que hay gente que viene y mata animales por deporte. Eso no le gusta a la Pacha. Por eso yo lo saqué al quirquincho también, porque el perro ya lo había atrapado y había que comerlo. Ahora está en la mesa y nosotros estamos hablando de él. Fue un regalo de la Pacha.*
- *Comprendo* –respondí.

Sus palabras despertaron en mí un gran interés, y al sentir que estábamos compartiendo un momento de plena confianza, decidí continuar preguntándole. Recuerdo que una de ellas fue:

⁵⁷ Palabra quechua (apasánka) con la cual se denomina a la araña pollito.

- *Che, Julito, ¿Espantan aquí en el campo? ¿Te espantaron alguna vez?*
- *Aquí en el campo a mí nunca me espantaron. Tampoco tengo miedo aquí en el campo. No sé cómo explicarte, pero yo aquí en el campo me siento seguro. Antes me venía solito en el caballo, cargaba las alforjas de vino, hacía que algún perro me siguiera, y pasaba la noche aquí tranquilo. Eso sí, siempre que pasé por frente de Tupito me paré, lo saludé y le dejé algún cigarrillo. Además, yo jamás vine con malas intenciones, nunca.*
- *Pero a mucha gente sí la espantaron – intervino Visera –, incluso yo me acuerdo de que me contaron que hace mucho tuvo que venir un cura a bendecir porque decían que aparecía una luz.*
- *La luz mala -mencionó Drácula-*
- *No, seguro, a mucha gente la espantaron, -continuó Julito- pero a mí nunca. En serio, yo me siento mucho más seguro aquí que en Huaco. Yo en Huaco sí tengo recelo, ahí sí, a veces cuando me voy caminando de mi casa a la de mi viejo, tengo recelo. Pero aquí yo puedo andar toda la noche dando vueltas en el caballo, y me siento seguro. Muchas veces me quedo a dormir.*
- *Es que en Huaco se sabe que pasan cosas. Si todavía hay algunos brujos dando vuelta –mencionó Visera.*
- *Dicen que el diablo le aparece a los que no tienen miedo –comenté.*
- *Así dice, por eso nosotros estamos tranquilos –contestó Drácula, echándose a reír.*
- *¿Y cómo es pasar la noche en el campo? –le pregunté a Julito.*
- *Un silencio único. A la noche por lo general hace frío, así que lo primero es hacer un buen fuego. Es importante venir con los perros si vas a pasar la noche, y mejor si es una perra.*
- *¿Una perra?*
- *Sí, porque el perro es cagón, si ve algo raro es capaz de echarse a correr; en cambio la perra le pelea a lo que sea, y si siente algo, se te mete entre las piernas y no te abandona nunca.*
- *Es una gran compañera –comentó Visera.*
- *Si, –continuó Julito– me acuerdo de una vez que me vine y me quedé. ¡Hacía qué frío! No me quedó otra que hacer un pozo y acolcharlo con jarilla, me acosté, me tapé, y la hice dormir a la perra arriba mío. Al otro día me desperté de diez.*

Julito continuó contando historias envueltas en su relación con el campo, haciéndome entender lo que significaba para él ese lugar. Visera, en una de sus tantas intervenciones, me explicó:

- *Vos viste la tranquilidad que hay aquí, la libertad que hay aquí. Vos capaz que decís que no hay nada aquí... Pero capaz que es todo lo contrario... Para nosotros es lo máximo venir al campo.*
- *Para mí es una necesidad venirme al campo –explicó Julito–. A veces estoy en la casa, me agarra la loca, y aunque hace poco tuve que vender el caballo, lo mismo pillo la moto y me vengo un rato. Camino un rato, capaz me tomo un vino, veo si puedo agarrar algún bicho para llevar a la casa y me vuelvo tranquilo.*

En ese momento intervino Manuel, que había estado cortando hielo para nosotros durante toda la truqueada:

- *Yo prefiero venirme aquí que irme al centro. ¡Yo también amo el campo!*

Su intervención me dejó sin palabras. Manuel, con apenas unos quince años, se posicionaba ante nosotros y le rendía tributo al campo con sus reflexionadas palabras. En ese instante terminé de comprender dónde estaba sentado. Los changos me habían abierto las puertas a un lugar que tal vez jamás hubiera conocido, y ante mí un pibe se definía en un vínculo amoroso con un lugar que a simple vista parecía un desierto.

- *¡Salud, entonces!* –gritó Drácula. Y todos nos abrazamos en un instante de plena algarabía.

IV

Otro de los temas que se tocó a fondo durante la charla fue el de la historia minera de Andalgalá. Sucedió que pregunté por Pilciao, no podía dejar de pensar que muy cerca de donde estábamos había funcionado uno de los emprendimientos mineros más importantes de la historia de nuestro país. Visera me indicó que para llegar hasta ahí había que tomar otro camino. Que no quedaba tan lejos y que, cuando veníamos, pasamos por frente del camino que te lleva a donde los ingleses quemaban el mineral.

- *La próxima vez podemos ir si querés* –confirmó Julito.
- *¡De una! ¡Estaría muy bueno!* –contesté.

- *¿Vos no viste el viejo parador que hay ahí nomás cerca de mi cancha?* –preguntó Visera–. *Ahí nomás está, cuando quieras decime y te llevo para que lo veas.*
- *¡No sabía nada! ¡De una!* –asentí.

Así estuvimos un rato largo conversando sobre lo que había sido alguna vez el emprendimiento minero de Samuel A. Lafone Quevedo. Mientras ellos intentaban describirme los restos que aún se podían visitar en Pilciao, yo trataba de compartir un poco la historia que había aprendido estudiando en la Universidad.

- *¡Pero no nos vayamos tan lejos!* –intervino Drácula mientras nosotros compartíamos información– *¡Si todavía pasa un mineroducto por este campo!*
- *¡Sí!* –atiné a responder, sorprendido por su intervención– *¡Tengo entendido que pasa por Huaco, luego por Villa Vil, y de ahí hasta Tucumán!*
- *¡Eh! ¿Se acuerdan cuando Alejandro encontró la pérdida del caño?* –preguntó Julito.
- *Me contó* –afirmé– *me dijo que andaba en el campo y vio como un tremendo chorro salía del mineroducto. También me contó que de inmediato fue a la empresa y dio aviso.*
- *Sí* –intervino Visera– *que ignorante que es uno. Pensar que en ese momento capaz que Ale podría haber conseguido laburo, pedir algo, y no pidió nada, ni para pucheriar.*⁵⁸
- *Pasa que en ese momento pensábamos que estaba todo bien todavía con la minería* –dijo Julito.
- *En realidad, yo no es que esté en contra de la minería* –dijo Drácula– *lo que me rompe las pelotas es que sean siempre los mismos los que se quedan con todo. Además, una cosa es la minería, y otra cosa es Alumbreira, o lo que quiere Agua Rica ahora...*
- *La megaminería* -asentí.
- *Pasa que Andalgalá está muy complicado* –afirmó Visera– *Yo no es que este a favor de la minería, ¡no!, pero no te voy a mentir, al no haber más laburo, uno agarra algunas obritas de los mineros. Fijate Alejandro, él también está en contra de la minería, pero como los changos que laburan en las empresas siempre están necesitando albañiles, y ese es nuestro oficio, él también agarra ahí.*

⁵⁸ En el sentido de ganar al menos lo suficiente para vivir.

- *¿Pan para ahora y hambre para mañana?* –me animé a preguntar.
- *Y sí, pero lamentablemente aquí no hay más* –respondió Visera– *Ahora yo conseguí laburo en la ruta Andalgalá-Belén, pero ¿cuánto me va a durar? Nosotros somos albañiles, también te podemos hacer de finqueros, ¿pero cuántas fincas quedan en Huaco? Ojalá tuviéramos fincas, pero vos viste, nosotros somos laburantes nomás.*
- *Yo estoy en contra* –sentenció Julito– *y por eso los respeto a los hippies de la estación que están poniendo la cara. Es verdad, yo no voy a las marchas, justamente porque uno, como vos decís Visera, a veces consigue laburos de los mineros, y uno no se puede hacer ver así nomás. Pero acordate, cuando esto estalle, todo el pueblo va a salir a la calle, ¡y ahí vamos a estar!*

Así continuamos conversando por un par de horas más, tocando otros tantos temas. De un momento para otro, se nos terminó el hielo, lo cual, por el calor que estaba haciendo, resultaba hasta trágico. De todas maneras, a las últimas cajas la tomamos como estaban; la sed y el afán de continuar conversando, jugando y apostando fueron más fuertes que el tremendo calor que venía levantando la arena. Así estuvimos un tiempo más, corriendo la mesa, buscando el resguardo de la sombra, hasta que por fin liquidamos todo lo que habíamos llevado. Al final nos pareció poco.

La vuelta, un par de cervezas con don Julio, y el partido Boca-River

I

Ya se estaba haciendo la oración cuando consideramos que había que pegar la vuelta. Nos habíamos tomado todo el vino que habíamos llevado; las ocho *cajas de Toro* y los tres botellones de *Viñas de Balbo*⁵⁹ al final habían sido insuficientes. De a poco comenzamos a pararnos, un poco tambaleantes, pero no tanto, y nos dispusimos a levantar las cosas para cargarlas a la camioneta. Fue momento de apagar la música y ceder el espacio sonoro al canto de los coyuyos.

Antes de subir a la camioneta, nos juntamos unos minutos para hacer las cuentas. Había que pagar la bebida y la carne. Estuvimos un rato largo tratando de resolver cuanto se había gastado y cuánto teníamos que poner cada uno. Al principio sumábamos y nos daba un resultado, sumábamos de nuevo y nos daba otro resultado. Claro, estábamos

⁵⁹ Popular vino mendocino en botellón de 1, 125 litros.

punteados y todo era un chiste. Por fin coincidimos en dividir los gastos entre los cuatro mayores, y en juntar lo de la carne primero, que redondeando dijimos que eran unos \$600. Cada uno de los changos me entregó \$150.

- *¡Listo lo de la carne!* –dijimos con los changos.

En bebida habíamos gastado \$550 aproximadamente. Entonces cada uno de nosotros le entregamos a Visera unos \$140. Hecho esto, nos subimos a la camioneta y comenzamos a salir del Campo de La Isla. Ya asomaba la noche, habíamos compartido un gran momento en el Campo, pero había que regresar. Cuando arrancamos la camioneta y comenzamos a salir, entendí que no sería la última vez que estaría ahí. Había sentido durante toda la jornada el abrazo del campo de La Isla, y de alguna manera me acompaña desde aquella experiencia.

II

Mientras la oscuridad comenzaba a reinar en aquellos lejanos arenales, nosotros lo atravesábamos a toda velocidad, esperando volver con tiempo a la casa de Don Julio para poder ver el partido de Boca-River, que jugaban por el torneo de verano. Sucede que Don Julio y todos sus hijos son fanáticos de River, todos menos uno, Julito, que desde chico se hizo fanático de Boca. La vuelta entonces estuvo condicionada por ese deseo, el de llegar a tiempo para compartir unas cervezas frescas, y ver el partido en la casa de Don Julio. En un par de ocasiones, la camioneta casi se nos queda atascada; pero al final pudimos salir del campo.

III

Cuando comenzamos a llegar a la vieja estación del ferrocarril, me fijé la hora y eran pasadas las 20:00 hs. Lo habíamos logrado, habíamos salido del campo de La Isla en tiempo récord. En ese momento los ojos me pesaban, pero aún restaba ver el superclásico. Llegamos a la casa, y fue sorprendente ver que nos estaban esperando. Detuvimos por fin la chata, y comenzamos a bajar, todos polvorientos. En ese momento los chicos se acercaron corriendo a la camioneta para recibirnos. Las mujeres, que aún tomaban mate, sonreían y nos daban la bienvenida. Fuimos recibidos victoriosos. En ese momento Don Julio me miró y me dijo

- *¿Y, qué tal, Walter?*

Me acerqué, y antes de que yo dijera algo, me estrechó su mano.

- *Gracias Don Julio* –le dije con toda sinceridad.

Lo mismo me preguntó doña Graciela, solo que ella agregó:

- *Ya conoces donde vivíamos antes.*

- *Sí, estuvimos ahí, los changos me enseñaron todo* –le comenté.

- *¡No sé!* –intervino Don Julio– *¡Ojalá Dios quisiera que volviera a caminar para acompañarte yo, Walter! Pero Julito conoce bien ya...*

En ese momento, Julito salió de dentro de la casa con una cerveza, la destapó de un golpe con el encendedor, y me invitó a que me sirviera. Ahí nos quedamos refrescándonos unos instantes, mientras don Julio preguntaba por ciertos detalles del recorrido que habíamos hecho en el campo y La Isla.

Al rato de terminar el par de *brahmas*,⁶⁰ Julito me dijo que se iba a pegar un baño en su casa y volvería al rato para que viéramos el partido. De ese modo, yo también me dispuse a darme un buen baño.

IV

Como a las 22:00 hs, Don Julio, Julito, Nelson y yo estuvimos frente al televisor a la espera del partido. Fue un momento oportuno para apostar por el resultado del partido y compartir una última cerveza. Vero nos ofreció un plato de guiso de arroz que había quedado del mediodía, junto con un tremendo pan casero cortado en rodajas. ¡Delicioso manjar! Y, de ese modo, mientras compartíamos la mesa, continuamos conversando sobre el significado del campo y La Isla.

Al partido, en mi caso, lo vi a los cabezazos. Por momentos, ante las proximidades de gol, me animaba, pero el partido resultó un verdadero dolor de ojos; un partido sobre el cual no paramos de renegar. Por fin, cuando finalizó el mismo, don Julio nos dijo:

- *¡Ta loco! ¡Profesionales! ¡No pueden jugar así! Yo me voy a dormir mejor changos, después apaguen la tele.*

- *Hasta mañana, don Julio* –le respondí mientras me levantaba de la silla.

- *Yo también me voy a dormir* –dijo Nelson– *mañana tengo que ir a trabajar en la ruta, y me tengo que levantar temprano.*

⁶⁰ Por el bajo costo, la cerveza Brahma es la más consumida en Huaco, al punto de haber generado preferencia e identificación popular en torno a su consumo. Algo similar a lo que pasa con el vino Toro.

Julito, en ese momento, también se levantó de la silla y se dispuso a partir. Me estrechó la mano y me recordó que al otro día teníamos que jugar al fútbol en el Monumental de Visera.

- *Bueno Pinta, nos vemos mañana, yo me voy a cruzar un rato a truquiar en Ramírez,*⁶¹ *y después también me voy a dormir.*

- *Meta hermano, yo estoy liquidado ya, nos vemos mañana de una* –le respondí.

De ese modo, pasada la 01:00 h de la madrugada, me aproximé a la cama ya tendida por mi compañera, atiné a enchufar el celular que se me había apagado al medio día en La Isla, y caí rendido del cansancio.

⁶¹ El fondo de la casa de los Ramírez es un lugar muy frecuentado por la changada de Huaco. No es una confitería, pero los fines de semana se encienden los parlantes, se abre el portón, y se largan las truquiadas, sapiadas y tabiada, se ofrecen comidas y se baila.

Registro fotográfico del campo y La Isla

*Y es en ese lugar del dolor desde el cual prefiero ver tanto las fotos como a mi mirar las fotografías (...)
De crianza de un mundo y de despojo de ese mundo.*

Alejandro Haber
Al otro lado del Vestigio... (2017, p. 86)

El camino a la isla



Figura 20. Para llegar a La Isla no hay que perder la huella.



Figura 21. Tampoco confundirse...

Cruces en el camino



Figura 22. Saludemos a Tupito.

Recorriendo el viejo aserradero



Figura 23. Iniciando el recorrido del viejo aserradero de La Isla.



Figura 24. El agua del viejo pozo.



Figura 25. Saludemos al pozo, le tiremos piedritas.



Figura 26. Las paredes de la cantina.



Figura 27. Escombros del aserradero.



Figura 28. Vieja canaleta de agua.

Recuerdo de la vieja escuela



Figura 29. El árbol donde se colgaba la campana de la vieja escuela.



Figura 30. Los bancos de la vieja escuela.

La virgencita del aserradero



Figura 31. Persignarse, agradecer, seguir...

Acondicionar el lugar, hacer el fuego...



Figura 32. La chata y el perro negro.



Figura 33. Mientras Drácula pone la música y Manuel limpia el lugar, Joaquín descansa.



Figura 34. Visera y las primeras llamas.



Figura 35. Arde la leña.

El asado...



Figura 35. El quirquincho que pilló Julito.

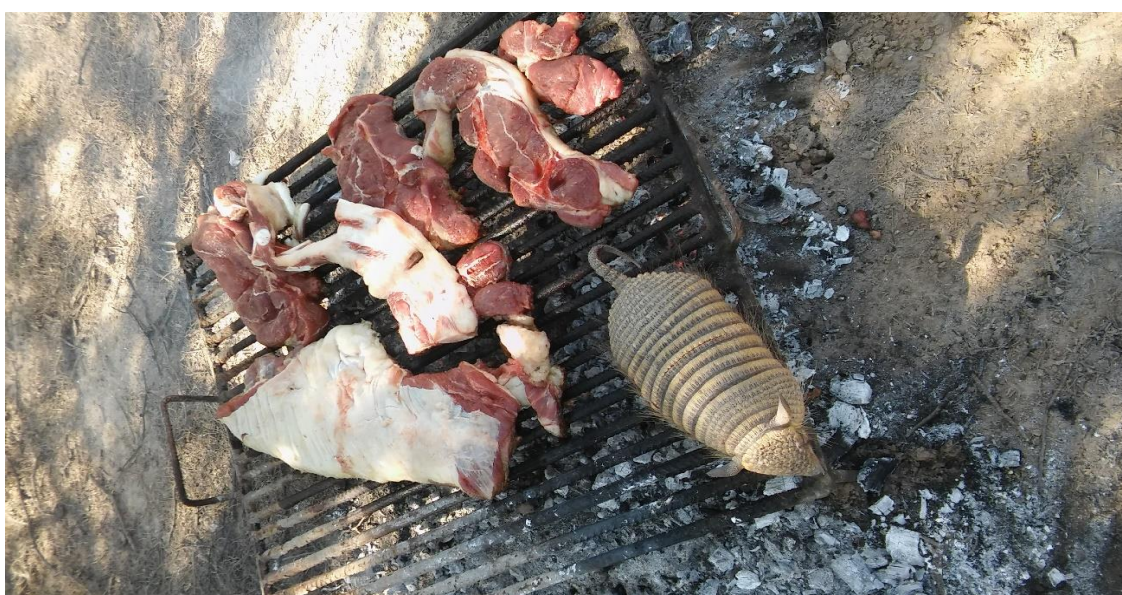


Figura 36. Cazar para comer.

Calentito pá junta algarroba, lindo pá conversar...⁶²

*La sangre se inquietaba en mis venas y aquel verano al norte partí
para olvidarme de mi rutina y sentirme liberado al fin.
Ver la tierra bañada de sol, respirar aire en las alturas,
llenar el cuenco de mis ojos, con lo más frágil de la locura.
Pero también la realidad mostró otro reflejo en ella
cuando me habló un hermano al que también, me llevó la huella.
Ya que vas a escribir, dijo, cuenta de mi pueblo,
pobreza y dolor sólo trajo el progreso,
la cultura de la traición y los indios en los museos...*

Gustavo "Chizzo" Nápoli
Lo Frágil de la locura (1996)

... el mundo del interior no clama otra cosa que reconocimiento. Reclama ser reconocido como un mundo en sí mismo, como un mundo sostenido por regímenes de crianza propios y valederos, por conocimientos prácticos que le son útiles y por conocimientos profundos que le son necesarios, por una relación amniótica con la tierra que le es vital, por un amparo a los dioses que es también un amparo de los dioses.

Alejandro Haber
Al otro lado del vestigio... (2017, p. 88)

La historia orla (...) es mucho más que una metodología "participativa" o de "acción" (donde el investigador decide la orientación de la acción y las modalidades de la participación): es un ejercicio colectivo de desalienación, tanto para el investigador como para su interlocutor.

Silvia Rivera Cusicanqui,
El potencial epistemológico de la historia oral... (1987, p. 11)

Salir al campo con Torero

I

Con Torero compartí muchísimas salidas... Desde que nos hicimos amigos, no hemos dejado de juntarnos para tomarnos unos vinos, unas cervezas y, así, activar, una y otra vez, conversaciones sobre la vida, el trabajo y la familia, sobre mis cosas en la ciudad y sobre sus días en Andalgá. Pero, a pesar de las tantas veces que nos habíamos juntado, después de aquella vez que habíamos ido a pasar el día del trabajador en el puesto de los Pihuala, no habíamos vuelto a salir al campo juntos. Siempre que nos juntábamos amagábamos y, por una cosa o la otra, terminábamos no yendo.

Pero era solo cuestión de coincidir. La oportunidad se dio a principios de enero del año pasado, cuando Julito me comentó una tarde que estaba con ganas de ir a juntar la algarroba en el campo antes de que le ganaran de mano. Me contó que había mucha, que

⁶² Experiencia desarrollada entre el 10 y el 11 de enero de 2019.

había andado y que había un montonazo... Me preguntó si quería ir y, como le conteste que sí, me dijo que iría a hablar con Torero para que le hiciera el viaje.

Habrán sido las 22:00 hs cuando, mediante una llamada a mi celular, Julito me confirmó que yo saldría con Torero por la mañana. De diez, pensé, y al rato cayó Torero a la casa de Don Julio buscándome para afinar detalles.

- *Che, ojalá mañana esté lindo, así vamos, cargamos la algarroba que va a juntar Julito, y comemos unas achuras después* –me dijo Torero

- *¿Julito se va antes que nosotros?* –le pregunté.

- *Sí, temprano me dijo que se iba a ir, capaz que ya anda ahí, es que no quiere que le anticipen la algarroba...*

Como no me fui con Julito pensé...

- *Bueno, meta, mañana te espero entonces ¿Cómo a qué hora?*

- *Y, mañana paso temprano, ¡pero en serio...!* –afirmó Torero

- *Sí loco, te voy a estar esperando* -aseguré

Después que Torero se fue, salí a dar unas vueltas con Vero. Esta vez volvimos temprano a Huaco, quería estar bien para ir al campo. Me dormí pensando que por fin volvería a compartir una salida con Torero; había muchas cosas que quería conversar con él y, por fin, se daba la oportunidad de compartir un viaje al campo con él.

II

El objetivo de esta nueva salida al campo de La Isla era ir a traer la algarroba que había estado juntando Julito. La verdad que no había muchos más planes que ese: ir al campo, cargar la algarroba en la camioneta, compartir un asadito tranqui y pegarnos la vuelta temprano. Incluso estaba la intención de volver antes de las 18:00 hs para poder ir a ver la final de fútbol femenino de la Liguilla de Fútbol de Andalgalá, la cual se jugaba ese mismo día.

Así, como a las 07:00 hs cayó Torero por la casa de Don Julio a buscarme. No estaba frío, estaba bastante lindo, así que no hizo falta cargar campera. Pregunté si hacía falta algo para llevar, a lo que Torero me dijo que no, que solo sacara una botella más de hielo de la heladera, porque lo demás estaba todo listo. Como siempre, Manuel nos acompañaría, solo había que pasar a buscar a Joaquín.

Iniciando una larga conversación

I

La última vez que habíamos tenido una conversación seria y profunda con Alejandro había sido en la casita que alquilo en el barrio Alem de la ciudad. Como él tiene a sus hijas estudiando en la ciudad, siempre está yendo al Valle y, de pasada, compartimos un asadito, tomamos algo, y nos dedicamos a conversar largo y tendido. En aquella última conversación habían surgido muchas cosas sobre las que yo tenía la intención de repreguntar. Por eso, mientras nos introducíamos lentamente por el camino que nos llevaría a destino, le manifesté que tenía la intención de recuperar algunas de las cosas conversadas aquella vez.

- *Che Torex, ¿te acordás de lo que charlamos del campo en la ciudad? Bueno, vos sabes que estuve pensando, y se me ocurrió preguntarte si te animás a que grabemos algo con el celular* –le comenté.
- *¿Vos decís como una entrevista?* –me contestó.
- *En realidad, no tengo un cuestionario escrito ni nada de eso, pero últimamente siento la necesidad de grabar porque muchas cosas de las que hablamos me cago olvidando. ¡Pero si no pinta no hay drama hermano!*
- *¿Y por qué no? Yo puedo contarte muchas cosas... Además, a mí también me gusta la historia y aquí hay muchas historias.*
- *¡De una entonces!*
- *¡De una!* – sentenció.

De ese modo comenzó una larga conversación que se fue extendiendo por distintos tramos durante toda la jornada. La verdad es que no contaba con ningún cuestionario escrito previamente, mi intención estaba muy lejos de un sentido documentalista, pero desde hacía un tiempo que muchas preguntas me venían rondando, y sentía la necesidad de grabar. Así fue como lo primero que se me vino a la mente fue preguntar sobre don Julio y su vida en el campo. Claro, Alejandro era su hijo mayor y, por ello, quien había compartido más cosas con él cuándo vivían en La Isla.

- *Tu viejo siempre me habla de cuando él trabajaba en el campo...* -le comenté.
- *Mi viejo ha laburado mucho, ¿y sabes qué?, ¡laburo pesado! Me acuerdo de que sabíamos ir a cavar zanjas, ¡así eran los palos que sabía alzar mi viejo!*
[formando un gran círculo con sus brazos mientras soltaba el volante] *¡Y los*

- manoteaba así y los agarraba, [ciñendo el círculo] y los tiraba a la zanja...! Y mi viejo vos viste como es, no es grande, ¡pero tenía una polenta!⁶³ Claro, gente hecha y criada en el campo, no era solo fuerza, era ser baquiano...*
- *Mañas... -respondí.*
- *Y bueno, y a mi viejo, el campo, la tierra, le ha dado mucho... El tema comida, tema ave, todas esas cosas, viste que antes se usaba mucho comer las aves en el campo, y bueno, nos criamos de eso, no hacía falta pescado, esas cosas, viste que aquí no hay... ¡Ahora si no comes pescado no sos nadie...! ¡Y no es el tema así! ¡Y a los hijos hay que criarlos así! Yo siempre rescaté algo de lo que ha sido mi viejo y le trato de enseñar a las chicas, no es de pedir nomás, ¡hasta aquí y listo...!*
- *Sí, sí, y tiene que ver con lo que me decías el otro día, que en el campo no tenés que estar demostrando lo que tenés o no... -le recordé sobre lo que habíamos conversado en la ciudad.*
- *¡No, ahí no le demostrás a nadie...! Ahí vos si tenés que comer sentau, comes sentau, y no se te cae nada porque comás un plato de comida en el campo, o cortar un pedazo de carne, no se te cae nada, seguís siendo la misma persona, y es lo mismo, y hay gente que no lo entiende, y hay gente que dice, “¡¿cómo vas a ir a comer en el campo...?!” ¡Si sos la misa bosta...! ¡Tanto rico como pobre son lo mismo! Es como decía Vinchuca Brizuela, como queriendo decir que todos somos la misma cagada, decía: “¿decime que humano no va al baño...?”, y dice: “con la pregunta esa ya te digo todo, yo que sepa todos vamos al baño, el Papa, todos, algunos tienen más, otros menos, pero todos somos la misma bosta...”*
- *¿Quién decía eso?*
- *Había un viejito, que ahora ya se está por morir, que tiene más de cien años, que siempre nos decía cuándo nos poníamos a jugar al truco.*
- *Vos decís que en el campo no se notan tanto las diferencias económicas...*
- *¡No, en el campo nunca se notaron las diferencias! Cuando nosotros vivíamos en el campo nunca se notó la diferencia así, la gente nunca era así de querer mostrar que tenía más... Y todos se dedicaban al mismo trabajo..., todos quemaban carbón así que no había de qué diferenciarse.*
- *Por ahí el que más laboraba sí...*

⁶³ Mucha fuerza.

- *El más guapo sí..., capaz que el domingo tenía para comerse un asado, tenía para comprarse el asado, algo así... El que no podía tenía que ir a cazar una liebre para comer con la familia, o cazar un quirquincho para comer, cosa así, o el que menos hijos tenía...*
- *Entiendo, claro.*
- *Y yo te digo no, si yo no juego a la pelota me vengo al campo, más que todo para el invierno, me vengo dos días, tres días, ¡y no se me cae nada!, y vuelvo y sigo siendo la misma persona... ¡Es así, pero hay mucha gente que no lo entiende...! Y bueno, de ahí viene la humildad, viene el respeto, lo que siempre me enseñó mi viejo. Con el respeto vas a llegar a muchas cosas, respetar al grande, al más chico... ¡Ser humilde es lo más grande que puede haber, con toda persona! Gracias a dios, a mi viejo, o creo que, a ninguno de mi familia, cuando entra a un boliche, ninguno lo señaló diciendo “¡uh, ahí viene el culiau⁶⁴ ese, ahí viene el fulero ese!” Gracias a dios, por lo menos yo no escuché que digan así... Siempre que uno llega te invitan de todos lados... ¿Y vos porque crees que te invitan de todos lados? ¡Porque sos buena persona, de buena familia! Pero entra un desgraciado y te dicen, “¡uh, ahí viene el culiado ese, no te juntés, tratá de no juntarte con el culiau aquel!” Y gracias a dios cuando entro yo, entra Julito, a cualquier boliche que sea, está lleno de changos, y viene un chango y te dice: “¡eh, tomá, tomá, tomá!”. Todos te quieren invitar un trago, ¡y eso es por algo...!*
- *Sí, yo lo vi a eso, soy testigo hermano -aseguré. Che Ale, otro tema, sabes que cuando fui con Visera a La Isla me llamó mucho la atención un lugar donde la tierra se mezcla con el aserrín –le comenté*
- *Bueno, ahí era..., ¡mira, yo me acuerdo, lo tengo patente, ahí en la parte de La Isla era una selva...! Bueno, antes cuando existía el tren, lo que es la vía, se llevaba mucho el parqué de aquí de Andalgalá, la madera del parqué; lo transportaban al parqué y al carbón en vagón, porque antes la gente quemaba mucho carbón y lo llevaban en vagón a... Buenos Aires, no sé... Y bueno, y en el aserradero ese se trabajaba con el parqué, mucho parqué, cortaban vigas, tablones, todo... ¡Uh, yo iba a jugar ahí cuando era chiquito! Me acuerdo de que iba a jugar a los bordos de aserrín, ¡montañas de aserrín que tiraban las máquinas!, y ellos lo sacaban para la orilla y se hacían montañas de aserrín*

⁶⁴ Esta palabra, según el contexto en el que se la pronuncie, tiene diferentes significados. Aquí Alejandro le da un sentido de mala persona.

- puro... Y ahí, de esa parte que decís vos, más allá, ahí había cuatro hornos que quemaba la gente el carbón, hornos de leña verde...*
- *¿Ósea que estaba el aserradero y al lado había hornos de carbón?*
 - *Claro, eran hornos de carbón que sacaban más o menos quinientas bolsas, ochocientas bolsas por cada horno... Leña verde quemaban ahí...*
 - *Me llamó la atención el pozo de agua también...*
 - *¡Sí! Yendo así, entrás a La Isla, para la izquierda, lo primero que estaba era la escuelita, de la escuela al frente había un bebedero grande donde había muchos animales, y ahí nomás estaba el pozo... Aún lo tengo patente a pesar de los cambios...*
 - *Sí, tremendo ese pozo...*
 - *Bueno, ahí, y cuando andaba el motor del pozo, ¡así un chorro de agua largaba!*
[formó un círculo con sus manos] *¡Vos la veías al agua cristalina, era un agua clarita, esa habrá sido agua pura, buena! Y bueno, de ahí tomábamos nosotros, los animales y nunca tuvimos enfermedad ni nada. Bueno, de ahí de donde sacaban agua, un poquito más allá, era el aserradero. Bueno, para la mano derecha había todo casitas así por la orilla, eran varias casitas así, ranchitos que vivía toda la gente así, y al fondo, ahí vivía el padre de mi vieja, ahí tenía la casa mi abuelo que todavía vive y que cumplió noventa y seis años; vivía él y el hermano a la par.*
 - *Tu abuelo, las historias que debe tener...*
 - *¡El viejo ese sabes qué..., así lo conoce al campo ese, así lo conoce!* [hizo una seña juntando los dedos de su mano derecha] *Y a él le debes preguntar, si algún día vas, del tema de los Coruchos...*

II

Los Coruchos o Coruchitos son una familia de puesteros que viven en el campo, bien abajo, a kilómetros de La Isla, y que aún se dedican a la quema de carbón. Siempre quise conocerlos, pero aún no se dio la ocasión de poder llegar hasta esos lejanos lugares.

- *¿Cómo se llama tu abuelo?* –pregunté queriendo continuar con la conversación.
- *Jaime Córdoba, “Él Tushi” le dicen, pero es Jaime Córdoba... Ahora es uno de los más viejos que está quedando, ya casi cien años... ¡Él conoce todo, casi cien años tiene ese viejo, sabé las historias que debe tener! Tenés que ir un día a verlo, y vas a ver que él te va a decir lo mismo, que lo que más te da el campo es la*

humildad; ¡ser humilde, y la libertad, que es lo fundamental que te da el campo, ser libre, y ahí son iguales todos...!

- *Claro, y la gente que aún vive ahí no se viene por eso...*

- *¿Sabes qué?, ellos vienen para acá para Huaco, y la gente los tiene como boludos, como tontos digamos, así los tiene la gente, que cree que es pícara, ¡ellos son más pícaros!*

- *¿Cómo sería eso? –le pregunté pues no entendí bien lo que me quería decir.*

- *Te digo, ¿por qué?, porque ellos vienen de allá, y la gente de Huaco, todos dicen, “¡uh mirá, ahí vienen esos del campo...!” ¡Pero hasta a mí me pasó, y Julito sabe! Vos con los changos esos te vas a la estación cuando vienen del campo, todo sucio, ¡pero así viene la billetera de plata! [señalando su bolsillo abultado] ¿Por qué? Porque se la ganó quemando carbón. ¿Pero por qué crees que tiene todo eso ellos? Porque ellos no pagan luz, ellos no tienen que estar comprando campera de cuero, no tiene que estar comprado zapatillas de esto, de aquello..., ellos ganan su platita, la guardan, van comiendo y van guardando su platita. Cuando ellos vienen al pueblo, a cualquiera le tapan la boca con diez mil, quince mil... Los que creen que son pícaros, vos les das vuelta así y no les cae una moneda de un peso, y están chupando con ellos, a la par de ellos, sacándoles cuando viene del campo... En vez de decir, “¡no, estos changos vienen del campo, se cagan laburando, sufren, no tienen luz, yo le voy a pagar una cerveza...!” ¡No!, “¡eh!”, dicen, “¿qué te vas a pagar una cerveza...?” ¡Ellos le están pidiendo...! ¿Me estás entendiendo? ¿Te das cuenta? Y ahí el que es pícaro se da cuenta que ellos se te cagan de risa... Los otros aquí por andar con una zapatilla Nike, no comen, o no tiene para tomar una cerveza... ¡Y ellos ahí en el campo son libres boludo...!*

- *Me pregunto qué dirán ellos de la gente del centro...*

- *Vos sabés que hay gente que se da cuenta... Ramonera andaba prendido ahí, no sé si lo viste a Ramonera, ellos salen en un carrito a vender carbón por el centro, ellos no tienen vergüenza, ellos andan con el carrito, ellos no tienen vergüenza, capaz que la cara llena de carbón, ellos no tienen vergüenza, compran su mercadería en los súper, y al campo de vuelta, esa es la vida de ellos, y ellos son felices así, sin andar en 4x4, sin tener que pagar impuestos por la 4x4, sin pagar boletas de luz... Ellos compran su pedido, y se van al campo de vuelta. Y en el*

- campo están con su mechero, con sus cosas de campo, cocinando con su fueguito, no gastando gas, y así, y así viene hace años, décadas cada década no...*
- *Es una decisión de no salir...*
 - *¡No, no, es la tradición que ellos tienen del abuelo, del bisabuelo, del padre, y así! -me corrigió- “Porque mi abuelo lo hacía así, lo hago yo, porque mi abuelo le enseñó a mi papá así, así lo hago yo...” Y así..., y van defendiendo eso... ¡Y te digo, hace añares Walter! Mira, yo desde que tengo noción, ya eran los Coruchos, yo tengo cuarenta y cinco años, y el viejito ese ya era el famoso Corucho... ¡Mirá vos, date cuenta si tendrán décadas ahí en el campo ese!*
 - *Qué vida... –reflexioné.*
 - *Y mira Walter, donde ellos viven ahora es más desierto que La Isla, ¡más desierto todavía!, ¿y sabes qué?, el agua está a quince metros, vos te agachas al pozo y ves lagua, ¡ahí está lagua! Uno dice, “¿cómo mierda hay agua aquí y es un desierto?” Y ahí en Andalgala vos vas a cavar y a ochenta metros recién está lagua, y vos vas a allá, y a quince metros la tenés...*
 - *Las napas...*
 - *Mira, lo que es la tierra también... Y ahí tiene un pocito, y sacan agua con burritos ellos... ¡Y esa agua viene re mil filtrada, ellos la sacan y es un agua clarita, así como la botella está el agua! [mostrando una botellita de hielo que llevaba a la par] Esa agua se filtra sola, mirá todo lo que cruza y se filtra..., miles de arenas y todas esas cosas...*
 - *Qué historias me estás enseñando hermano...*
 - *Por eso digo, tiene su historia esa gente también... -reafirmó Torero.*

Muy atento veníamos conversando con Alejandro, cuando comencé a ver que a la camioneta no le entraban bien los cambios.

- *¡Qué camioneta puta ésta! –comenzó a renegar Torero.*
- *¿Qué le pasa?*
- *Pasa que tiene la caja chica, y tiene un motor Perkins. No entra la primera...*

Y sí, no avanzamos mucho más y la camioneta comenzó a dar señales de agotamiento. El camino estaba peor que aquella vez que había venido con Visera. Las lluvias habían hecho crecer el río, y por partes se había puesto muy arenoso. La camioneta de Torero, una Chevrolet C-10, no habría tenido problemas de atravesar aquel camino si

no fuera que la caja de cambios y el tremendo motor que tenía no sincronizaban bien. Torero decidió parar para ver si podía solucionar el problema, y luego de un rato, cuando quisimos hacerla arrancar para continuar viaje, la chata no respondió...

Huellas de la deforestación

I

Luego de estar un buen rato intentando que la camioneta respondiera, el sol comenzó a pegarnos lindo. Ni una nube... Intentamos de todo, incluso le cambiamos la batería, pensando que se le había acabado la que tenía, pero tampoco arrancaba. Nos dimos cuenta de que no solo la palanca de cambio no metía primera, tampoco teníamos batería suficiente para darle arranque. Angustiante fue saber que la batería que se traía de repuesto también estaba agotada...

¡Cómo empujamos esa camioneta...! ¡Pesadísima! Traspiramos como condenados intentando darle un poco de impulso para que pudiera arrancar, y nada. En un momento, decidimos tomar un respiro, refrescarnos, y llamar a Julito, quien estaba en algún punto del campo, para que viniera a rescatarnos. Triste fue ver que no contestaba nuestras insistentes llamadas...

- *Este colgó la campera a un árbol y dejó el celular por ahí* -decía Manuel.

- *¡Mierda, el "asta seca" éste que no contesta!* -vociferaba Torero, quien ya comenzaba a fastidiarse por la situación.

Viendo que tendríamos para rato ahí, me dispuse a caminar un poco. Me aproximé a una arboleda y, mientras orinaba, pude ver un enorme tronco de algarrobo seco que, aun plantado en la tierra, mostraba haber sido cortado con sierra. Comencé a caminar un poco más, y me impresionó ver que estaba rodeado de troncos similares. Mientras sacaba algunas fotos con el celular, no dejaba de pensar en los algarrobos. Recordé las conversaciones con Don Julio y, al ver los resultados crudos de la deforestación, me estremecí por la violencia que se me ponía de manifiesto. Se me hizo un nudo en la garganta.

II

Árbol de la vida pensé, cuanta violencia que soportaste para criarnos. Cocinaste nuestra arcilla, y te obligaron a fundir nuestro mineral para otros; vivo nos das sombra,

comida y bebida, muerto aún el carbón... Reflexioné que al campo se lo había sometido a la deforestación desde mediados del siglo XIX. ¡Campo libre que te han hecho paridor de muebles! Estábamos muy lejos de Pilciao y La Isla aún, pero los troncos secos que nos rodeaban eran las muestras de que no se había tenido compasión con la arboleda. Los límites los habían puesto las sierras y las hachas y estas, insaciables, habían avanzado hasta los mismísimos márgenes de la ciudad. Prendí un pucho, e improvisé unas sentidas disculpas al campo y la Pacha.

Julito al rescate

I

Pensando en cómo saldríamos de esa situación estábamos, cuando recibimos la llamada salvadora de Julio. Pude escuchar que Julito insistentemente le preguntaba a Torero adónde nos habíamos quedado.

- *¡Aquí cerca nomás, venite, venite, no sé qué le pasa a esta camioneta chota!* –le contestaba Torero.

Que alegría fue ver llegar a Julito. No sé por qué, pero todos confiábamos en que nos traería la solución. Con la gallardía que siempre lo caracterizó, llegó montado en su nueva Motomel Skua 150, se bajó, asentó el rifle que colgaba en su espalda al lado de un algarrobo, y se dispuso a hacer arrancar la chata. La inspeccionó en silencio, decidió poner las dos baterías a trabajar, y luego de una buena empujada, la chata volvió a bramar...

- *¡Vos no tenés que renegar Ale, tenés que ser paciente, más renegás, peor es...!* – reprochó Julito a Torero.

Por fin, todos arriba de la camioneta, nos dispusimos a continuar viaje. Habíamos estado parados aproximadamente hora y media, ya eran casi las 10:00 h, y aún nos faltaba un tramo para llegar.

II

Ya dentro de la cabina, Torero se mostraba desilusionado por la camioneta. Claro, para él era como si la chata lo hubiera deshonrado. Pensé en la relación que tenía Visera con su F-100, y entendí como se sentía Torero, su Chevrolet C10, con motor Perkins y todo, había languidecido ante el blando del arenal...

- *Ya vamos a llegar, sigamos conversando* -me planteó como para olvidarse del mal rato pasado.
- *¡De una! ¿Che Julito siempre está viniendo al campo no? Lo conoce bien...* –Le pregunté mientras volvía prender el celular.
- *Sí, Julito siempre viene.*
- *Yo noto que él tiene una relación muy fuerte con el campo...*
- *Y vos cagate de risa, Julito se viene solo al campo, cuando se le canta...*
- *Sí, él me contó que cuando viene el campo anda solo y no tiene miedo.*
- *¡No tiene miedo, no!!* –enfaticó Torero.
- *Pero que, en Huaco, capaz que son las doce y tiene miedo...* –aclaré.
- *Y bueno, él ensilla el caballo y se viene de noche, treinta kilómetros se van para dentro de campo, ¿quién te va a salvar...? ¡No te salva nadie ahí! Para ahí se va y duerme solito y vuelve... ¡Solo! Y capaz, como dice él, aquí en Huaco anda cagado de miedo que le pase algo, o que lo espante algo, cagau i miedo, y en el campo no...*
- *¿Y cómo es eso?*
- *Y bueno, ya tira por lo que nosotros hemos estado en el campo, nunca nos pasó nada. Cuando hemos estado en el campo no hemos tenido ninguna..., cuando hemos estado en el campo, ninguno ha salido disparando por enfermedades, cosas así, nunca hemos estado enfermos, ni conocíamos bayaspirina, no conocía geniol, nada de eso conocía ahí en el campo, nada, nada de esos remedios. Y bueno acá en el pueblo vos cualquier cosa, ya se cae un chico, ya disparás al hospital, ya dispara el otro, y todo eso te da miedo, te da temor. Escuchás la ambulancia y decís, “uh, no vaya a ser que va para la casa... ¿Irá para la casa de mi viejo, irá para la casa de mi hermano?” Y todo eso te genera temor. Vos vivías en el campo y esas cosas no escuchabas... Sos vos, tu familia y el campo y nadie más... ¡Ojo, en el campo también podés tener accidentes, más vale, pero, yo pienso que el mismo... la misma tierra, todo, te protege...! Yo que sepa en el campo casi accidentes feos casi no habido...*
- *¿La misma tierra te protege...?*
- *¡Te protege, eso te digo yo, la tierra te protege, esa te protege, así es...! Yo también por eso siempre vengo al campo, siempre...*
- *¿Cómo una religión?*

- *No sé, yo siento que la tierra nos quiere a pesar de todo, nos protege.*

- *Comprendo...*

A juntar algarroba

I

Al final estábamos cerquita nomás, y cuando quise repreguntar sobre su última reflexión, ya habíamos llegado.

- *Mirá, en este llano era la finca* –señaló Torero.

- *¿aquí era la finca?* -pregunté

- *¡Sí, qué zapallos que crecían aquí!*

Don Julio ya me había comentado de una finca, la cual creía que había sido de unos mendocinos que habían llegado a sembrar verduras en el lugar posteriormente al cierre del aserradero de La Isla. La verdad que no le encontraba forma de finca, no había señales de ningún tipo de demarcación; lo que sí, el terreno era liso, sin arboleda. Bajamos de la camioneta, nos refrescamos un poco, y nos dispusimos a ayudar a Julito con la algarroba.

II

En realidad, la algarroba ya había sido rastrillada por Julito. Decenas de montículos de algarroba rastrillada se dejaban ver debajo de los algarrobos que circundaban la finca. Me acerqué presurosamente para ayudar a Manuel que ya había tendido una lona en el suelo y había comenzado a recogerla para tirarla en la caja de la camioneta. Entré a levantar la algarroba “a lo macho”, a dos manos, hasta que Julito largó una tenebrosa frase al aire...

- *¡¡Cuidado con los alacranes!!*

Lo que es no saber pensé... Eché un salto para atrás, y concentré la mirada en la algarroba. Pude ver que debajo de algunos montículos de algarroba se habían escondido varios alacranes.

- *Pasa que como la junté anoche, y hoy, con el calor que está haciendo, los bichos tienden a meterse debajo* -me comentó Julito.

De todos modos, continué levantando la algarroba con más cuidado, y luego de que terminamos de juntar en una de las partes, Julio me preguntó si quería hacer unos tiros

con el rifle. Ahí nos quedamos un rato conversando mientras le hacíamos tiros a unas botellas de plástico seca que habíamos fijado como blanco. Entre las cosas que hablamos con Julito, una afirmación suya me llamó poderosamente la atención. Estábamos hablando de Pilciao, de que la próxima vez que saliéramos al campo iríamos para ahí, cuando recuerdo que me confesó:

- *Che Walter, y vos sabías que ahí en Pilciao, en medio del pedregal negro todavía hay una piecita.*
- *¿Una piecita? No sabía hermano.*
- *Sí, y dicen que ahí adentro vive el diablo...*
- *¿El diablo?*
- *Así dicen...*
- *¿Es muy jodido Pilciao?*
- *Yo, en el único lugar que tengo miedo, aquí en el campo, es en Pilciao, nunca voy solo.*

Me quedé pensando en su comentario mientras apuntaba con el rifle para darle a la botella.

- *¿Y por qué dirán eso, che?*
- *Porque dicen que al diablo le gusta el oro, y esas piedras negras que están ahí todavía tienen oro.*
- *¿Al diablo le gusta el oro?*
- *Sí, y dicen que es quien lo cuida....*

Escuchar tales afirmaciones de Julito fue impactante. Recordé de inmediato que, en el Potrero de Santa Lucía, donde me había criado, mi padre me había contado historias sobre el ingenio de los ingleses y el diablo. Continuamos conversando por un buen rato más con Julito, gastando balas, haciéndole tiros a la botella, reflexionando sobre Pilciao, el oro, el campo, el cerro y el diablo.

Continuando la charla con Torero

I

Luego de demostrar mi casi nula destreza con el rifle, me crucé a la sombra de unos algarrobos, donde Torero estaba prendiendo el fuego que cocinaría las achuras que habíamos llevado. Colgué de un árbol la riñonera donde llevaba los puchos y la coca, y

me dispuse a rastrillar un poco el lugar. Luego de un ratito, bajé la mesa, las cajas de vino, las gaseosas y el hielo, al cual comencé a partirlo para servir unos buenos tragos. El calor presionaba, y había que aplacar la sed... Torero bajó la caja con las achuras, salamos y las largamos a la parrilla. El músico esta vez fue un pequeño parlante portátil que nos acompañó por un par de horas, lo suficiente para escuchar un poco de guaracha, cumbia y chamamé.

Mientras vigilábamos las achuras, con Torero compartimos unos refrescantes tragos de vino, y continuamos conversando:

- *Torex..., me decías hace rato que aquí la tierra te protege... ¿Che, espantan aquí? Julito me estaba contando que...*

- *¡No, –me interrumpió Torero– yo viví mucho en el campo, también he estado mucho en el campo solito! ¡Semanas he estado en el campo, no un día, y lejos, y nunca me han espantau, jamás en la vida...! Yo cuando estaba con Visera ahí quemando carbón los dositos chicos, y mi viejo ya trabajaba en la muni y nos dejaba a cargo, jamás he escuchado bulla, ni ruido, nada, nada, jamás en la vida, por los menos yo no. Y las veces q'he estado en el campo jamás me ha dolido ni una uña, ni una uña, nunca me ha dolido nada como para decir, ¡ya tengo que disparar al hospital...! ¡No...! O decirte, mei cagau hachando el pie... ¡Jamás!*

- *Mmm. Me acuerdo de que tu viejo me contó que le costó mucho salir de aquí cuando se acabó el laburo... que no quería salir.*

- *¡Es que a este campo lo han liquidado, y así este campo ha criado familia sobre familia aquí! O sea, ha matado el hambre a varios, vos fijate lo que es el campo... A mi viejo le costó un montón salir de aquí.*

- *¡Claro...! -respondí.*

- *Mira Walter, a la tierra mientras vos no le faltes, tampoco te va a faltar ella a vos... Mira, ese campo lo habrán hachado por cien años y no se terminó nunca, y no se termina... ¿Por qué no se termina? Vos volteás un árbol y nacen veinte...*

- *Sí, cuando fui la vez pasada a La Isla, me conmovió ver que los algarrobos están creciendo de nuevo, hace como cuarenta años que no funciona el aserradero, y muchos algarrobos están creciendo.*

- *Y algunos de esos árboles tienen historia no... El árbol ese que todavía está de donde colgaba la campana tiene, no sé, por lo menos más de cien años tiene. Eso lo que yo tengo más o menos noción porque yo i ido más o menos, mira, yo tengo*

- cuarenta y cinco años, y a mí me contaba un tío mío que ya había ido a la escuela que tenía otros cuarenta y cinco, y yo con eso completo los cien, y capaz que le preguntas al tío mío ese y capaz que conocía otro que le dice, “¡no el árbol ese ya estaba...!” y le vas a preguntar a otro y te va a decir, “¡no, el árbol ese ya estaba...!”, y tiene doscientos, trecientos años... Son historias tras historias... ¡Por eso te digo, la tierra le dio de comer a varios y se va a volver a reformar!
- Yo no conozco, pero cuando veníamos hay dos caminos que se separan... Uno va a La Isla, y el otro va a Pilciao...
 - Bueno, Pilciao... –señaló con su dedo.
 - Ahí quemaban el oro...
 - Bueno sí, ahí está la fundición que le llaman... Y bueno, el camino venía acá por... pasaba cerquita de Huaco, ahí de donde estamos nosotros más abajo ahí estaba lo que le llaman las calcinas, hacían como un parate ahí.
 - ¿Dónde?
 - Ahí de mi casa, de la casa de mi viejo..., ya vamos a ir. De mi casa debe quedar a un kilómetro nomás... Bueno, ahí no se cría ninguna planta..., hay una, como decíos nosotros, una pampa... Yo antes cuando sabía ir para ahí, sabíamos ir a travesar los changos chicos, todos, a la siesta se sentía el olor a mineral, el olor ese como a piedra..., mineral... ¡Ahí no se cría ninguna planta...! Bueno, ahí dicen que hacían el primer parate...
 - ¿Qué hacía ahí?
 - Hacían el parate, venían con mula, todo, y pasaban a Pilciao.
 - El mineral bajaba de allá de arriba...
 - ¡De allá del cerro, en mula lo traían!
 - ¡Esa gente hermano! –expresé enfáticamente.
 - ¡Bueno, esa gente como sabía laburar! Y bueno, cuando lo sacaban de allá lo sacaba a pico y pala no..., no había máquina, nada... Y bueno, de ahí venían en mulares, dicen que hacían el parate ahí, y de ahí pasaban a Pilciao. Ahí en Pilciao lo fundían, ahí está, le llaman la fundición. Y ahí hay una parte donde están las piedras negras quemadas.
 - Sí, sí, en el Potero también las vi.
 - Bueno, ahí hay un montón de piedras negras tiradas... Bueno, ahí dicen que era el movimiento que había antes... ¡Un movimiento grande que había...!
 - Lafone Quevedo... –murmuré.

- *Todos esos, todos los viejos esos, sí... ¡Y eso está ahí todavía!* –volviendo a señalar con su dedo.
- *Mira, yo estaba el otro día leyendo, yo tengo algunos libros, porque Lafone escribió una banda de libros... El tipo ese ahí en Pilciao tenía un caserón, biblioteca, tenía de todo ahí.*
- *¡Había un cementerio también...!*
- *¡Tenía de todo!*
- *¡Y se dejó perder todo...!*
- *¡Eso sí, ellos eran los ricos...!*
- *No, más vale, habrán sido los más ricos de Andalgalá seguro...*
- *En Malli, al lado de la casona de los Tomkinson...*
- *¡Ahí hacían vino también!* –se anticipó a lo que quería explicar.
- *Ahí está todavía el paredón que dice, “Bodega Lafone Quevedo...”* Che, y vos sabes que él en algunos de sus escritos decía que el futuro de Andalgalá estaba en la viña...
- *¡Salud entonces!* –cerró por un momento la conversación para ir a ver la carne.

II

Por fin estuvieron las achuras, y todos nos dispusimos a hacerle un bocado. Esta vez comimos un poco de corazón y lengua de vaca, y unos riñones de chivo. No hubo para más, pero fue realmente un manjar; por supuesto, todo acompañado con el clásico *torito en caja*.⁶⁵ Así estuvimos un rato largo, entre la mesa y la parrilla, yendo y viniendo, sacando, cortando y morfando; como siempre, entre bromas y carcajadas. En ese momento fue que se nos acabó la música, y luego de los lamentos por no contar con una batería para hacer funcionar el estéreo de la chata, y sin llenarnos del todo, decidimos volver a la tarea de juntar la algarroba; había mucha todavía para alzar.

Labor cumplida, hora de volver

I

En menos de una hora pusimos la caja de la camioneta hasta el pecho...

- *¡Le metamos más, mira toda la que hay para allá!* –insistía Julito.

⁶⁵ Al vino Toro en caja también suele llamársele, con más cariño, torito en caja.

- *¡No, no va a salir, es mucho ya!* –se empacaba Torero.

Con Manuel continuamos cargando la caja de la camioneta hasta que Torero nos dijo que basta, que la chata no iba a aguantar. Pensé que él mejor que nadie conocía su camioneta, y que era mejor hacerle caso. De todas maneras, no le entraba mucho más.

Mientras nos pegábamos una buena mojada de cara y oreja, apagamos bien el fuego, y comenzamos a cargar las cosas para emprender la vuelta. El sol se había ocultado detrás de unas nubes cargadas, formando un hermoso paisaje que anunciaba lluvia. Pensé que habíamos cumplido con la tarea asignada por Julito y, orgulloso, me subí en la cabina.

II

Mientras volvíamos, continuamos conversando con Torero un poco más:

- *Che, qué loco que donde estuvimos haya habido una finca...* –le comenté.

- *¡Sí, no sabes los zapallos que sacaban de ahí! ¡Pero también se perdió todo eso!*

- *Como pasó con el vino...*

- *¡Y sí, y aquí es el clima ideal...! Y bueno, eso pasa con los grandes gobiernos que van surgiendo, lo mismo pasó acá, en todos lados... Ponele el Negro Perea,⁶⁶ decir bueno, hagamos una fábrica que hagamos vino, una bodega, ¿Por qué vamos a hacer eso? Por qué vos en Andalgalá pones una planta de viña y en cinco, seis años la viña va a dar, ¿y qué hacemos?, compremos las máquinas y cuando la viña comience a dar, empecemos a moler vino y va a tener laburo éste, va a tener laburo aquel, y le vamos a comprar la uva a aquel, y todos vamos a poner uva, ¿por qué?, porque hay una fábrica... ¡Nadie piensa eso boludo!*

- *Vos fíjate cuantos empleados municipales que tenés...*

- *Cuando los podrías tener en una viña o en una fábrica... ¡No piensan eso..., no les calienta ni aca! Yo tuviera guita, o estaría en el poder o en la muni, yo lo primero que optaría es hacer eso... Tuviera plata, haría una fábrica y trato de comprar todas las máquinas para la gente. Yo sé que ahí nomás no voy a empezar a producir, pero yo sé que cuando empiece a producir todos van a querer empezar a poner viñas porque hay una fábrica que te lo va a comprar la uva... ¡Todos van a sembrar viña, y la viña nos va a dar...!*

- *Y sacás un vino del municipio y haces que la gente lo compre...*

⁶⁶ José Perea fue intendente del departamento Andalgalá en dos periodos consecutivos, 2003-2007 y 2007-2011.

- *Lo mismo pasa con el membrillo... ¡Hacete grandes fábricas, hacelo toda pulpa, y exportalo, si en otros lados te lo van a comprar...! Y así todos van a poner membrillo y ahí va a haber producido y va a haber trabajo para este, para aquel para juntar el membrillo, va a haber más laburo... ¡Pero estos no, estos boludian⁶⁷ y no les calienta...!*
- *Mmm, y ahora están todos queriendo chuschar de la megaminería hermano...*
- *No sé quién entraría algún día con el mate ese y decir, “bueno, si tengo la posibilidad de manejar tanta plata...” Si yo tuviera la posibilidad haría cuatro fábricas de distintos rubros..., pal membrillo, pa la uva...*
- *¿Nunca pensaste en meterte en la política? -se me ocurrió preguntarle.*
- *No, no me gusta porque, mirá, siempre, yo sé que siempre hay uno o dos, diez que son muy fuleros, eso no se corta... Y uno solo... tenes que tener mucho poder para que te manejes solo; o sea, como para que te hagás respetar por todos... Porque mirá, en Andalgalá pasa esto, capaz que yo sí me postulo, ¿qué no?, con la idea esta, toda la gente te va a apoyar, bueno yo no tengo poder con esto [haciendo seña de plata con los dedos], bueno, ¿qué hacen...?*
- *¡Pero ha llegau el Negro Perea! -contesté*
- *Para, para, sí, pero ¿sabés que hacen otros, los que tienen?, de a poquito comienzan a acercarse a vos, ¿para qué?, para seguir llenando sus bolsillos... ¡Son así, son unos buitres...! ¡Lo que le ha pasado al negro Perea es eso..., se ha dejado dominar, al final se olvidó de donde la venía, y se dejó denominar! Si, el Negro Perea también salió del campo, quemaba carbón también, pero se olvidó y se dejó dominar...*
- *Es lamentable...*
- *Bueno, mira la idea que tengo yo ahora no..., pueden darse o no, qué sé yo, pero uno hace proyectos, planes, todas esas cosas. Yo en la finquita que me compré hace poco quiero hacer un galpón, porque yo trabajé en la fábrica de los Haddad,⁶⁸ y hacer dulce es fácil, te comprás dos, tres pailas, y hacés miles de paquetitos de bolsa, y bueno, hasta le podés comprar a otro, y le das trabajo a los otros, y eso genera todo eso... Pasa que tenés que tener guita... ¡También se puede hacer con esfuerzo no...! Y capaz que con eso vos le das entusiasmo a otro..., que va a decir: “mirá el culiado aquel ha hecho eso, y está mandando*

⁶⁷ De boludear, perder el tiempo improductivamente.

⁶⁸ Se refiere a la fábrica Abumalek, perteneciente a la familia Haddad.

- dulce de membrillo a la loma el aca,⁶⁹ y ya se está levantando, yo voy a hacer lo mismo...”*
- *Pero es verdad que uno debería tener el apoyo del municipio...*
 - *¡Pero no te dan!! Sabés qué, capaz que yo vaya y le presente un proyecto y le digo, “mire, la idea mía es esta” ¿sabés que te va a decir la muni? “No, usted debe tener bien preparado esto, para qué empecé, esto está mal escrito...” ¡Te ponen trabas!! En vez de decirte, bueno, está bien, yo te voy a ayudar con esto para qué empecé, pero no, ¿sabes qué te ponen?, te empiezan a poner trabas, “¡primero tenés que tener un baño bien instalau, primero tenés que tener esto bien instalau, tenés que tener esto bien instalau, la luz, esto, aquello...” Te meten trabas y no te dan una oportunidad para que vos iniciés a hacer una cosa; y vos para cubrir todo eso tenés que tener plata... Pero como no te dan una mano y te dicen, “largá, largá, nosotros te vamos a dar una mano para que vos empecés, después hasta que te pongas bien..., está bien la idea tuya...” ¡No, no te dan eso...! No sé si vos sabías, hubo hace poco una premiación para Andalgalá por la pulpa del membrillo...*
 - *No sabía –confesé.*
 - *Un premio que dice que una de las mejores pulpas sale de Andalgalá. ¡Una de las mejores pulpas que existen en la Argentina!*
 - *¡Y sí, también creo que ese debe ser el futuro de Andalgalá!*
 - *¡Y hay gente que no sabe eso culiau!!*
 - *Y eso fue siempre Andalgalá...*
 - *Bueno, ahora yo estoy viendo que todos están volviendo a poner plantas de membrillo.*
 - *Y si lo había empezado a sacar cuando llegaron las mineras...*
 - *Y bueno mira, mi suegro, sacó 500 plantas de su finca de La Aguada, y ahora se arrepiente...*
 - *¿Y qué puso?*
 - *No puso nada..., dice que lo dejó al terreno listo porque dice que pensaba poner nogales, ha puesto unos cuantos y dice que se le han secado porque ha comenzado a haber poca agua...*
 - *Y la verdad que el membrillo se cría fácil, la lluvia lo cría prácticamente.*

⁶⁹ Lejísimos.

- *Al membrillo no hace falta andar todos los días manosiándolo, vos lo ponés, brota, y le pones agua de vez en cuando... El membrillo es ideal, lo que es el membrillo, la uva...*
- *El tema del vino para mí es saber hacer bien el vino amargo, no tanto el dulce..., el que tomamos nosotros...*
- *El viejito Vergara, de frente de la cancha de Rivadavia, bueno, el viejo ese, ha sido uno de los de Huaco que ha empezado a hacer vino, y yo le trabajaba para él, él ponía en barril, como hacía la gente de antes, como podía, todo a la criolla, ¡que vino que era! Ese hombre preparaba de todo, amargo, dulce, blanco, vinagre...*
- *¿Cómo lo hacía al amargo?*
- *No, tenía un secreto, nunca te decían los viejos... ¡Tenía guardadas muy chica⁷⁰ las damajuanas...! ¡Riquísimo, no hacía falta echarle gaseosa, ni soda!*
- *Y uno ahora si no va a comprar el vino en el negocio no toma... Ante los viejos hacían el vino, es verdad...*
- *Y yo digo por eso, ¿por qué a la gente no le dan una oportunidad? No, sabés que hacen, igual es otra, bueno, al no haber eso, la gente dejó de cosechar porque te quieren pagar lo que quieran. Al no haber fábricas, ¿visto?, vos al último lo terminás largando, por eso la gente se terminó de deshacer... Al no haber fábricas que te lo compren, y los productores saben que hay dos, tres compradores, Carlos Haddad, los Rojano, otros..., ¡y te paga lo que quiere! Ahora hay otra que también..., ¡la tierra de Andalgalá es muy rica, es una tierra que vos ponés y te da, ponés tomate, te da, ponés ají, te da!*
- *Lo que pongas te da...*
- *Mirá, lo que es Chaquiago, Potrero, Choya, La Aguada y Villa Vil, tenés climas especiales para el nogal y la papa. Vos pones papa o nogal, no hace falta que le echés tanta agua en esos climas; vos vas a poner un nogal en Huaco y lo tenés que mantener con agua todo el día, sino se te lo caga secando. O sea que tenés clima para varias cosas...*
- *En Huaco podés poner membrillo...*
- *Membrillo, viña, oliva... –me corrigió.*

⁷⁰ La expresión “muy chica” significa enorme, y la expresión “muy grande” significa chiquito.

- *Ahora hay unos viejos aquí en la entrada que se les dio por poner almendras...
¡Dicen que el kilo de almendras está como quinientos mangos,⁷¹ el doble que la nuez! Han metido almendras, dicen que es el clima ideal para la almendra también ahí, así que han agarrado y han metido unas plantas ahí, como tres hectáreas de almendras... O sea que nuestra tierra es rica, donde pongas se crían los zapallos, las lechugas... Digo yo, como no le ayudas a la gente que meta una hectárea de zapallito, de anco, de coreanito..., ¿sabés lo que es todo eso...?, pero no, ¿sabés que es lo que hacen?, van a traer de Tucumán para vender aquí en Andalgalá... Cuando los changos siembran aquí en Villa Vil le quieren pagar dos pesos... No, ellos prefieren ir a Tucumán, pagarlo hasta más caro, y traer para vender aquí... ¡Te da bronca!*
- *Y sí, es lamentable, pero Andalgalá está encerrada loco, le quieren terminar de cortar las piernas... Es minería o nada dicen los de arriba.*
- *¡Y se les sigue metido en la cabeza la idea de la megaminería culiaú!*
- *Pero es que te presionan, te enseñan desde que sos chico, y así te lo van metiendo en la cabeza.*
- *¡Yo no, coma aca! ¡¡Coma aca...!!*

La humareda de la chata

I

Muy entusiasmado veníamos conversando cuando de repente a la camioneta nuevamente no le entraba la primera...

- *¡Maaa Walter, qué cagada, ya no le entra la segunda tampoco!* –confesó Torero.
- *¿Estamos en el horno?* –pregunté sospechando la respuesta.
- *Y no sé si vamos a pasar los arenales grandes en tercera...*

Efectivamente, al llegar al primer corte del río, la chata comenzó a cabecear...

- *¡Bajate, bajate, empujala un poquito, Walter!* –ordenó Torero.

Pegué un salto y comencé a empujar. Lo mismo hizo Manuel. Enterrando las patas en el arenal, intentábamos darle fuerzas a la chata para que no se nos quedara en medio del camino. Logramos sacarla de la primera empantanada de arena, y rápidamente

⁷¹ 500 pesos.

brincamos sobre la caja de la camioneta. Avanzamos un poco y nuevamente un corte de río, de nuevo logramos vencer al arenal, que se me ocurría, nos mezquinaba la algarroba...

Continuamos viaje, Torero optó por no bajar la velocidad, tratando de cursar los arenales en tercera, por supuesto, nunca es una buena idea, pero no teníamos opción... Habremos hecho algunos kilómetros a los saltos, con la intención de poder superar un trayecto en el que, sabíamos, las ruedas podrían enterrarse... No lo pudimos superar... Al llegar, la camioneta de tanto intentar avanzar en tercera se apagó, y dijo hasta aquí...

Nos alcanzó Julito que venía en su moto con Joaquín, y nuevamente las esperanzas estuvieron puestas en él. Pero esta vez no había forma, las baterías estaban definitivamente agotadas, y no había forma de que la chata arrancara.

- *Andate a buscar una batería en la casa de Visera* –dijo Torero.

- *Bueno, bueno, pero no la hurgués vos, ya vengo* –contestó Julito.

No sé cuántas veces la maldijo Torero a la camioneta, pero se mostraba muy desilusionado de ella. Tuvimos que quedar un buen rato a mitad de camino, a la espera de que Julito trajera la batería de rescate. En lo que estuvimos, pude ver que no éramos los únicos que transitábamos ese camino. Habremos cruzado a unas cuatro personas, tres en motos, y una en camioneta. La primera de ellas fue Ramoncito, uno de los mayores de los Corucho, supo decirme luego Torero. Lo acompañaba su hijita, que nos miraba con desconfianza y temor. Ramón se bajó de la moto y nos saludó, intentó ayudarnos, pero como le dijimos que Julito había ido a buscar la batería, pensó que la solución estaba próxima, y luego de intercambiar unas palabras con Torero, contándole que acababa de vender trescientas bolsas de carbón, nos dio la mano a todos y se despidió perdiéndose por una de las tantas sendas del campo.

II

Habremos esperado poco más de una hora, cuando Julito apareció en su moto con la batería de rescate. Costó, pero luego de varios intentos, la chata volvió a bramar. Luego de un esfuerzo mancomunado por sacarla del arenal, todos corriendo nos fuimos colgando de ella para emprender nuevamente la vuelta. Teníamos batería, pero no habíamos solucionado el problema de la caja de cambio, por lo que no quedaba otra que seguir a la

chapa... Envueltos en la algarroba, por momentos a los saltos, gritábamos sapucaí⁷² con Manuel, como queriendo mostrar nuestra arrogancia ante el caprichoso arenal.

A las carcajadas veníamos cuando comencé a sentir un tufo a fierro quemado, y de pronto, una cortina de humo comenzó a treparse por el techo de la chata. ¡¡Pum!!, se escuchó, y de pronto, la humareda envolvió por completo la cabina.

- ¡¡*Que culiau!!* –se escuchó gritar a Torero.

- ¡¡*Pare tío, pare!!* –gritaba Manuel.

Torrero arrimó la chata a un costado, y salió de la camioneta de un brinco. Nosotros nos bajamos también apresurados a ver qué es lo que había sucedido, y nos dimos cuenta de que habíamos reventado la chata. Claro, como habíamos estado andando en tercera, para poder salir de los lugares donde la arena se hacía profunda, se había estado pisando el embrague constantemente, lo que hizo que éste se quemara. No había chances de que volviera a andar, pero la teníamos que sacar adelante como sea.

Con la última rayita de mi celular comenzamos a llamar a ver quién nos podría rescatar. Llamamos a uno de sus yernos. Afamado en conocimientos de mecánica, llegó y se metió debajo de la chata. Luego de un rato, salió dictando el peor veredicto... ¡Muerte por mala praxis...! De todos modos, manifestó que intentaríamos llamar al mecánico del barrio. Así lo hicimos, y como a la hora llegó este en su moto. Tampoco..., a la camioneta había que sacarla tirando, no había otra solución. Torero, recaliente, agarró la moto de su yerno y se mandó a Huaco.

Ya era de noche cuando Torero volvió en su auto, un Citroën Xsara Picasso. Nos invitó a subir, ligó la camioneta al auto, y luego de una fondeada, comenzamos a salir. Eran como las 23:00 cuando por fin, exhaustos, llegamos a la casa de Don Julio...

- *Qué cagada lo de la camioneta Ale* –le comenté mientras bajaba del auto.

- *¡Que se vaya a la mierda, ahí la voy a dejar tirada en la finca a la cagada esa...!*
¡Haceme la gamba con una birra Walter...!

- *¡De una!*

Ahí nos quedamos un rato más, compartiendo unas cervezas, aplacando la bronca de Torero, que no dejaba de putear a la pobre camioneta.

⁷² Por estos lados el sapucaí es un grito de alegre rebeldía.

Registro fotográfico de la salida con Torero

*A qué le llaman distancia,
eso me habrán de explicar.
Sólo están lejos las cosas
que no sabemos mirar...*

Atahualpa Yupanqui
A que le llaman distancia (1960)

Día nublado, a juntar la algarroba



Figura 37. Camionada de carbón en el ingreso a la huella del campo.



Figura 38. Basural al costado de las viejas vías del ferrocarril.



Figura 39. Rumbo a la finca de La Isla.



Figura 40. A poco de llegar, se nos acabó la batería.



Figura 41. Arden Torero y la chata.

Algarrobos muertos...



Tronco 1



Tronco 2



Tronco 3



Tronco 4



Tronco 5

Figura 42. Vestigios de la tala indiscriminada...

Julito al rescate



Figura 43. A la sombra esperando que nos rescate Julito.



Figura 44. Julito nos rescata y nos guía.



Figura 45. Al fin llegamos a la vieja finca de La Isla.

Jóvenes algarrobos...



Arbolada 1



Arbolada 2



Arbolada 3



Arbolada 4

Figura 46. La vida aún prevalece en el campo y La Isla.



Figura 47. Flor de tierra

¡Ah laburar!



Algarroba 1



Algarroba 2



Algarroba 4

Figuras 48. Tarea cumplida...



Figura 49. Juntar algarroba en el campo no es un juego

Momento de preparar las achuras



Figura 50. Achuras de campo.

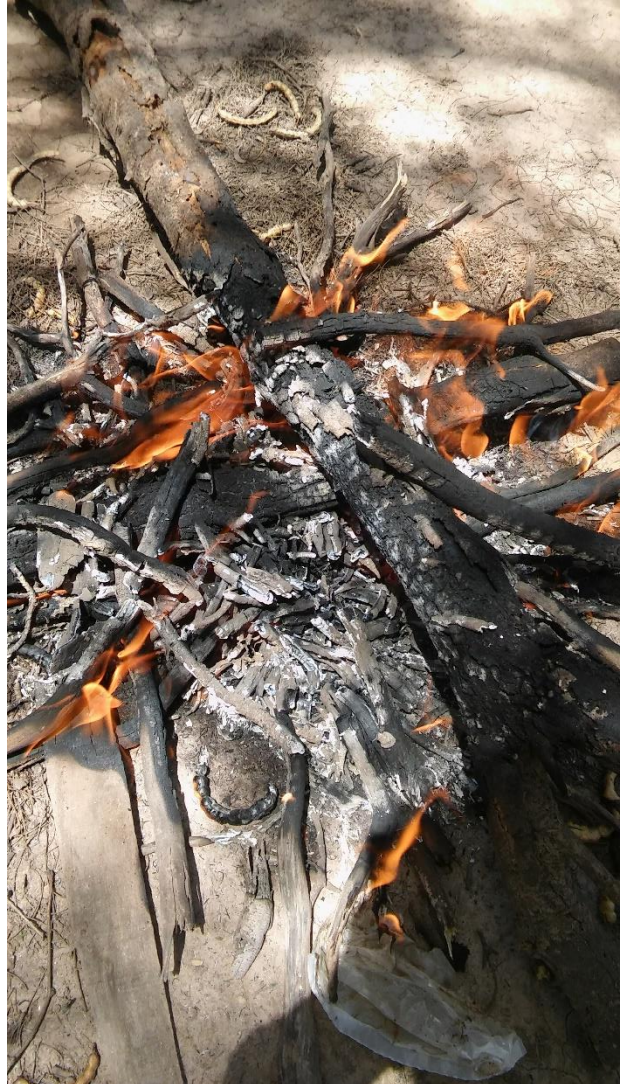


Figura 51. Listas las brasas.



Figura 52. Otro asado campero

Puntería con Julito



Figura 53. Mientras hacemos punterías Julito me explica algunos conceptos sobre caza.

La tarde asoma, va siendo hora de volver



Figura 54. La tarde en el campo.



Figura 55. ¡Ah levantar todo!

Otros restos



Restos 1



Restos 2



Restos 3

Figura 56. Entre restos de vino, asado, trabajo y conversación.

En la vuelta, esta vez la chata nos abandona



Figura 57. Puesta en el camino.



Figura 58. En medio la algarroba.

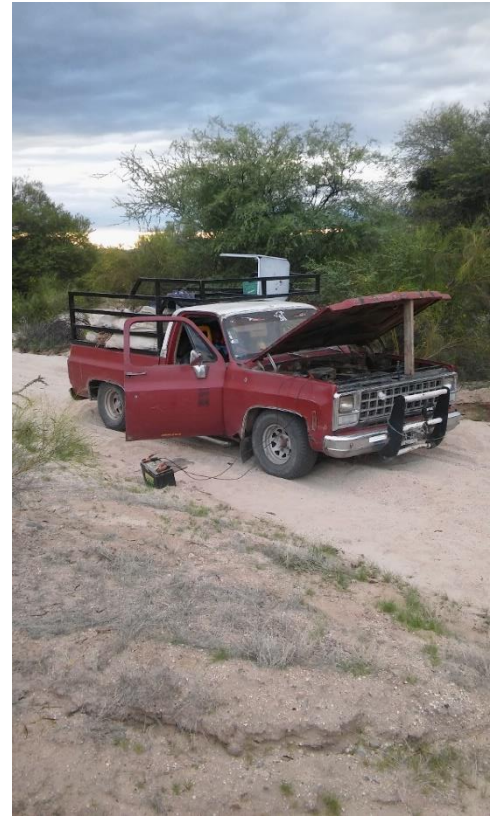


Figura 59. Se paró la chata.

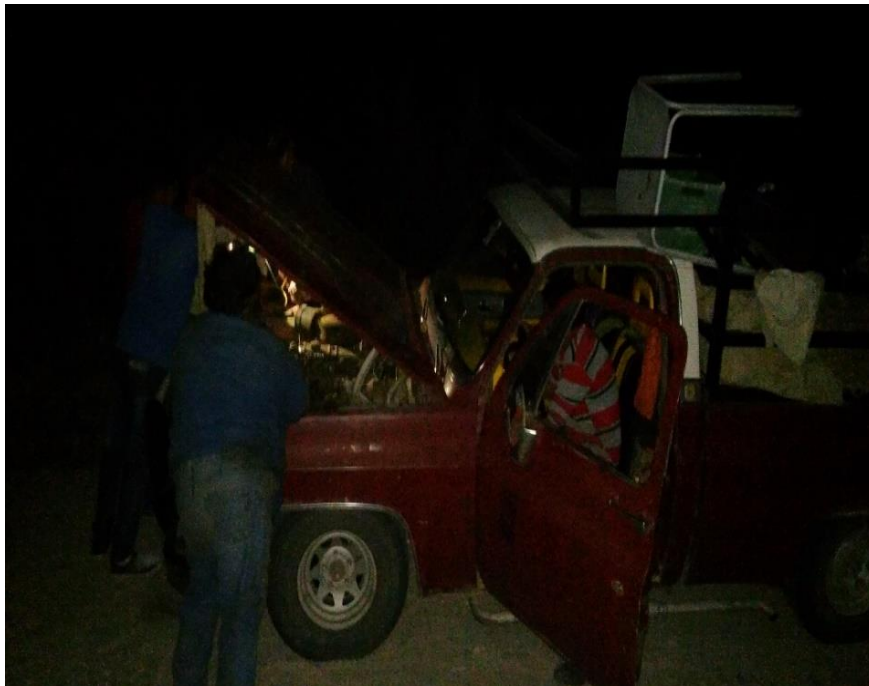


Figura 60. Diagnostico del mecánico "Muerte por mala praxis".

*Conversación con don Julio y doña Graciela sobre sus vidas en La Isla*⁷³

*Como quema el fuego el monte
como sopla el viento y quema
así queman las historias
ay ay ay de mi tierra*

*Desde que tengo memoria
esta es mi cuna y mi sol
donde se crían mis hijos
donde me he criado yo (...)*

*Que será de los veranos
sin el árbol sin la sombra
sin coyuyos en la tarde
sin colores sin aroma (...)*

*La tierra me daba todo
le daba todo a la tierra
me he quedao sin a quien darle
mi esperanza y mi tristeza*

Roberto Cantos
Desmonte (2008)

...una historia de vida no es sólo una secuencia de acontecimientos; es un mundo que se desarrolla y se despliega bajo nuestra mirada, bajo nuestro oído, entre nuestras manos. (...) El interlocutor no es simplemente “un objeto de investigación”; es un ser humano que se confía, que te brinda su vida en la mano.

Franco Ferrarotti
La historia y lo cotidiano (1990, p.123)

La memoria incendia lo incendiabile, demanda lo que “no se ha cumplido...”

Patricia Medina Melgarejo
Maestros que hacen historia... (2013, p. 15)

Aquel día terminamos de comer unos fideos con tuco de pollo que había cocinado Vero, y nos dispusimos con don Julio y doña Graciela a entablar una nueva conversación, una más entre las tantísimas, solo que en esta oportunidad la grabaríamos. Por supuesto, hacía tiempo que venía comentándoles de la opción de grabar una conversación y en más de una oportunidad ambos me habían confirmado que les parecía bien, pues el interés por las historias del campo y La Isla era compartido.

Así fue como en una siesta de marzo, luego de que la mesa estuvo levantada, nos dispusimos a continuar con una conversación iniciada hace años. Por supuesto, en esta

⁷³ Esta conversación se realizó el 5 de marzo de 2019.

oportunidad me acompañaba un bosquejo de preguntas y repreguntas que quería realizar. Me interesaba aprender de sus testimonios, de sus pensamientos e interpretación de su experiencia histórica.

- *Bueno don Julio, aquí estamos nuevamente conversando, solo que ahora vamos a intentar que algunas de las cosas que venimos charlando queden grabadas – inicié la conversación.*

- *Meta...*

- *¿Qué le parece si continuamos conversando sobre su vida en La Isla? Hay muchas cosas sobre las que me gustaría volver.*

- *¡Sí, sí! ¡Claro!*

- *¿Qué me podría contar de sus primeros años? ¿Cómo llegó usted a La Isla?*

- *Y bueno, yo me acuerdo de que a La Isla llegué más o menos en el... 68' más o menos habré llegado a La Isla..., con mi viejo.*

- *¿A trabajar?*

- *Con mi viejo, claro, ellos ya trabajaban, yo todavía no.*

- *¿Qué edad tenía usted más o menos?*

- *Y bueno, yo soy clase 52', hasta ese tiempo...*

- *Era jovencito... -comenté con una sonrisa.*

- *Qué sé yo, 15 años, 16 años... Del 52' al 68' ..., sí, más o menos 13, 14 años tenía.*

- *Usted cuando llegó a trabajar en La Isla, ¿llegó a trabajar para el aserradero?*

- *Claro, yo arranqué un tiempo en el aserradero para los Haddad, para los turcos que le decían, y ahí he empezado... Pero en esa época era muy poco el trabajo que yo tenía en el campo, yo aún iba a la escuela... Yo iba al campo y me volví para ir a la escuela acá en Huaco; iba a la escuela de lunes a viernes, y el viernes a la tarde ya me iba al campo.*

- *¿Usted fue a la escuela de Huaco?*

- *Aquí en Huaco, y los fines de semana me iba al campo. Mis padres vivían allá, yo vivía acá con mi abuelo, cuando ellos estaban allá.*

- *¿Y sus padres, ya eran de allí de La Isla?*

- *¡No, no, eran de Huaco! Mi padre era realmente de Pomán, digamos...*

- *¿Pomán?*

- *Sí, y mi mamá de acá. Y bueno, se casaron, y de ahí se fueron a trabajar en La Isla*

- *¿Sabe si su padre hacía mucho que trabajaba en La Isla?*
- *¡No, recién estaba empezando también!*
- *¿Y cómo se enteraron del trabajo del campo?*
- *No... Los Haddad buscaban la gente, buscaban gente y, bueno, lo conocían a mi viejo y lo han llevado ellos. Lo han llevado los Haddad... Había mucha clase de trabajo, hachar poste, hachar viga, leña verde, leña seca, hacer carbón. Toda esa clase de trabajos había en La Isla. Tenías el aserradero también... Pero mi viejo siempre ha sido de trabajar por afuera así..., hachar leña, viga..., esos trabajos sabía tener mi viejo.*
- *¿Y junto a su padre vivió mucho tiempo trabajando así?*
- *¡Sí, sí! Yo con él viví hasta que me casé.*
- *¿Ahí?*
- *En La Isla, sí, ya después que yo..., porque yo no terminé la escuela..., yo dejé la escuela, y ya directamente me fui a estar con ellos en el campo...*
- *¿Con ellos?*
- *Con ellos, ya directamente, y ahí empecé a trabajar así de a poco yo en el aserradero y..., y bueno..., hasta que han pasado los años y me casé. Cuando me casé estuve un año más con ellos juntos, y de ahí ya me largué solo.*
- *¿Y esos primeros años de vida de casado cómo fueron?*
- *Para mí..., ¡inolvidables...! ¡Que, no sé, incomparables de los años estos que uno está pasando! ¡Una vida sana!*
- *¿Una vida sana?*
- *¡Una vida sana! Nada de enfermedades raras como las de ahora, nada... Y bueno, después ya, después que me casé ya me fui a trabajar, a quemar carbón para los turcos.*
- *¿A quemar carbón?*
- *A quemar carbón me dediqué... ¡Por temporada!*
- *¿Y eso como era?*
- *Yo arrancaba en marzo..., el 15 de marzo ya arrancaba..., marzo, abril, mayo, junio, julio, hasta el 15 de agosto..., ahí ya no quemaba más.*
- *¿Y luego?*
- *Me venía a trabajar al aserradero...*
- *¿Ahí en la misma Isla?*

- *Claro, en la misma Isla nomás. Porque cuando yo quemaba carbón no quemaba en La Isla, quemaba más abajo...*
- *¿Más abajo?*
- *Ma'al fondo, ahí teníamos nosotros el rancho que lo llamábamos...*
- *Ahí se quemaba el carbón...*
- *Claro, en la Carbonera que le llaman, y bueno, ahí he trabajado en varios puntos.*
- *¿Y mucha gente se dedicaba a la quema del carbón?*
- *¡Muchísima, muchísima, muchísima gente se dedicaba al carbón! ¡Mucha gente de afuera! Riojana, había santiagueños, muchísima gente había...*
- *¿Y en el aserradero también trabajaba mucha gente?*
- *¡Y sí! Yo me acuerdo..., no sé..., para que haiga para cuatro, cinco equipos de fútbol para jugar...*
- *Si me contó...*
- *Más o menos tiene que haber habido cincuenta, sesenta tipos, entre jóvenes y gente de edad.*
- *¿Y todos los días se talaba el algarrobo?*
- *¡Todos los días, todos los días! Se largaba como a las 8 de la mañana en el aserradero, hasta las 12, y después desde las 2 de la tarde hasta las 7.*
- *¿Ahí en el aserradero que se hacía?*
- *El parqué... Ahí se trozaba la viga, se taloniaba, y de ahí pasaba a la despuntadora que le decían, pillaba y cortaban el parqué y de ahí lo mandaban..., lo hacían secar, y lo mandaban a Córdoba, Rosario, Buenos Aires, ahí iba a venderse eso... ¡Muchísima madera se ha vendido, muchísima...!*
- *Mucha madera se sacó del campo... -murmuré.*
- *¡Imagínate pa que lo dejen talau...! ¡Las toneladas de madera que habrán llevado pa fuera! ¡Toneladas, toneladas de parqué!*
- *¿A usted le gustaba ese trabajo?*
- *¡Era mi trabajo, me gustaba!*
- *Pero era sacrificado, sí...*
- *No sé, el trabajo que yo tenía como carbonero, hacer el carbón, yo trabajaba a mi voluntad. ¡A mí nadie me decía, apúrate, dale, eh! Yo cuando tenía que albiá,*

- albiaba,⁷⁴ y cuando no, no, a mí nadie me mandaba... Yo trabajaba por mi cuenta y, y bueno..., pero hacia 320 bolsas sábado a sábado..., ¡todos los sábados!*
- *Muchísimo...*
 - *¡Sí, estoy hablándote de unas 1.200 por mes!*
 - *¿Y eso alcanzaba para vivir?*
 - *¡Sí! Una que, va..., yo m'he i considerado, siempre m'he i considerado que he sido un tipo que i trabajado como corresponde. A mis hijos, los 10 hijos que tuvimos nosotros, en esos momentos, jamás les faltó nada. ¡Nada, nada de nada! Yo todo por mayor era la mercadería, ¡todo por mayor! Vo'has visto, ahora, actualmente tenés que andar comprando de medio de azúcar para poder pasar el día...*
 - *La verdad que sí...*
 - *Allá hacías una compra al mes... Y bueno, gracias a dios y la virgen a mis hijos los crié ahí, y lo poco que los pude educar los eduqué, y bueno, ahora estoy viendo el fruto de ellos yo. Tengo muy mucha ayuda de los chicos...*
 - *¿Ale es, de los changos, el que más vivió en La Isla no?*
 - *Sí, él es el mayor, el que más vivió en La Isla. Sí, es el que más ha vivido...*
 - *¿Y cómo eran sus días en La Isla?*
 - *Cuando trabajaba en el aserradero, yo vivía en La Isla.*
 - *¿Vivió en algún otro lugar del campo?*
 - *¡Sí, sí, no...! ¡Cuando iba a quemar carbón vivía más abajo!*
 - *¿Hay como varios lugares en el campo no?*
 - *¡Claro! Por ser, a mí me han llevado a quemar una vuelta a una parte que le decían... Río El Pozo, para la parte lau de Belén; otra parte me han cambiado para donde todos le decían Catahuasi...*
 - *¡Catahuasi..., escuché de ese lugar! –comenté.*
 - *La Esquina Grande...*
 - *¿Ese es otro lugar?*
 - *Ese es otro lugar para aquí al sur... Tucumanao, toda esa parte; Cantina de Manuel Díaz... Todo eso..., y todo eso, son temporadas que yo he estado.*
 - *¿Usted iba de vez en cuando a esos lugares...?*

⁷⁴ Primera luz del día antes que salga el sol.

- *A mí me llevaban, a mí me llevaban ahí en marzo, y ahí estaba hasta que pasaba la temporada. Eso sí que todo yo lo..., mes a mes yo salía a arreglar aquí...*
- *Pero iba así, de lugar en...*
- *¡No, no! Mi rancho era acá, ahí, y de ahí me distribuía yo. [señalándome en la mesa] Cuando tenía que cambiar una zanja que le llaman, una carbonera que ya se ha retirado la leña..., cambiaba apenas eso nomás porque yo vivía en el mismo rancho..., ¿no sé si me entendés?*
- *Ese rancho no era el mismo de La Isla...*
- *¡No, nunca!*
- *¿La Isla era como la casa?*
- *¡Claro!*
- *Cuando usted se iba a quemar carbón, ¿quedaba doña Graciela en la casa?*
- *Exactamente, sí, sí. Como yo quemaba para el campo, los chicos todavía no tenían la escuela, yo estaba con toda mi familia allá en el campo... De La Isla más abajo.*
- *En ese momento todos se iban al campo.*
- *¡Todos! ¡Todos!*
- *Pero también estuvo solo usted...*
- *¡Sí, no, me ha tocou varios añosirme solo y ellos quedaba solos por que los chicos después han empezado a ir a la escuela!*
- *¿Cuándo se iba solo como hacía, volvía por las noches?*
- *¡No, no, los fines de semana!*
- *Ah, recién volvía los fines de semana.*
- *Volvía, y trabajaba toda la semana en el campo*
- *Toda la semana...*
- *Sí, toda la semana. Y bueno, esa era la rutina. Era una vida de trabajo, pero linda. Yo trabajaba en el aserradero, y después que salía del aserradero me iba hachar poste también, pa ayudarme un poco más..., y todos eso trabajos lo i hecho. Con el hacha he trabajado muchísimo. ¡Todo a hacha, nada de motosierra, en esa época no se conocían motosierra como las de ahora!*
- *¿Se acuerda de sus hachas don Julio? –se me ocurrió preguntar.*
- *¡Sí! Tenía varias, con cuatro andaba por lo general. Por ejemplo, una era para hachar el verde, otra para hachar poste...*
- *¿Y eso de que dependía, del filo?*

- *¡Del material! Vos hachabas verde y con esa misma hacha te ibas a hachar un palo seco y se te quebraba el hacha, se te la deastillaba. ¡No, no era el mismo material!*
- *¡Claro, ahora que usted me hace pensar, La Isla seria como el centro del campo!*
-comenté de golpe.
- *¡Claro, La Isla fue uno de los centros...!*
- *¿Uno de los centros?*
- *¡Era el centro del campo en esa época que yo te estoy contando! En La Isla, como te estoy diciendo, ahí han ido gente, pero de varias partes no..., riojanos, de ahí de la ciudad, de Huillapima también ha llegado mucha gente, santiagueños, tucumanos...*
- *¿Toda esa gente llegó cuando comenzó a funcionar el...?*
- *El aserradero [me interrumpió señalando hacia el sur] claro, han llegado como hacheros.*
- *¿Y antes del aserradero en La Isla?*
- *No pasaba nada..., si han ido y lo han iniciado esos... ¡Ojo, primero fue en Pilciado el aserradero! Pero no era el mismo dueño que era en La Isla, era el hermano... Son los Haddad... José Haddad era el dueño del aserradero de Pilciado, y el dueño de La Isla fue Salín Haddad.*
- *Sí, yo vi inscripto el nombre de Salín Haddad en el pozo de agua en La Isla.*
- *¡Claro, claro! Cuando ya se ha cambiau, cuando ya han liquidadu en Pilciado, cuando han talau todo..., ahí estaban los dos hermanos, Salín y José Haddad..., y bueno, cuando ya se ha ido a La Isla, ya se ha ido solo Salín Haddad, ya no ha ido José Haddad. Ya se ha largau solo el otro señor. Y bueno, siempre han sido señores medianamente tratables, que te conversaban, ¡Ojo, eran turcos..., pucho pa vos, lo demás todo de ellos...! ¡No te daban un tranco...! Pero, aun así, se podía vivir... Sí, yo me acuerdo, yo decía entre mí, yo decía ya, que será el día que se acabe La Isla...*
- *¿Usted ya pensaba que se podía acabar don Julio?*
- *Yo ya pensaba... Veía el monte y decía, “esto no puede durar para tanto...” ¡Hacha, hacha, hacha! ¡Camionadas!, ¡pero, 3, 4 viajes de 10 toneladas por día! Yo te estoy hablando de 30 toneladas por días que se acarreaban para ahí para La Isla, donde estaba el aserradero. Y bueno, alguna vez se tendría que acabar, y se acabó nomás...*

- *Y se acabó...*
- *¡Y se acabó... lo han pelau ...! Ya no hay más forma de vivir ahí, pila lo han dejau.*
- *Yo la vez que fui con Visera...*
- *¡Perdoname, perdoname! [me interrumpió señalándome su mano] ¡Ahí si viniera un tipo de guita, podría hacer fincas ahí, porque hay agua de más! Hay un motor, un pozo ahí, cavau a pala, todo, con la bomba para sacar agua, que te tira un chorro que no sé, el caño habrá sabido tener, qué sé yo, de 200 de diámetro, no sé. ¡Y sacaba día y noche agua, no se acababa!*
- *La bombeaban de las napas...*
- *¡Claro!*
- *Pero dicen que hubo una gente que vino de afuera...*
- *Sí, han venido, ahí han estado un tiempito estos, los mendocinos, ellos han sembrado, eran de la verdura ellos... ¡Ahí se sacaba tres camiones de melones por día! Y tenían muchos chanchos los Haddad, así que, melón malo, tiraban para los chanchos, y los otros lo traían y los vendían aquí. Y bueno, después estuvieron los sanjuaninos, que ellos son los que han armau las viñas, le han hecho dar frutos y todo, y después lo han corrido los Haddad. Los han corrido y se ha dearmau todo eso... Todo, todo se ha dearmau. No sé cuántas parcelas había ahí de viñales, muchas eran..., no sé, pero... Y bueno, así ha pasado con el tema La Isla, se borró... ¡Pero sí, ahí se ha trabajau muchísimo...! La Isla ha abastecido al tren de leña que le llamaban ante, carguero, no sé...*
- *Se buscaba la...*
- *La retama pa la máquina, y ve, todo eso han talau, el retamal también...*
- *Todo...*
- *Yo me acuerdo cuando yo recién había ido, cuando empecé a salir al campo de chico, había, ¡pero así, pilas y pilas de leña...! [señalando la altura de la mesa] Parece que la gente hachaba por metro, ¿me entendés?, y la alturita la apilaban de un metro. ¡Pero había chorrera de, no sé, filitas de treinta, cuarenta de largo...! Por donde andabas hallabas eso, claro, porque había muchos hacheros, muchísimos...*
- *¿Y cómo era su amistad con los otros hacheros don Julio?*
- *Buena, pero lo más cerca que vos estaba con otros, cuando salías con el hacha, era, ponele..., 2, 3 kilómetros, lo más cerca...*

- *¿Pero de vez en cuando se juntaban?*
- *¡Sí, sí, no, sí, ahí en la misma Isla, ahí nos juntábamos! Así cuando uno venía a arreglar, te pagaban los turcos lo que uno hacía y...*
- *Se juntaban...*
- *¡Claro, en algún rancho o bajo de algún árbol que todavía diera sombra se hacían los asados! Llevaban, en esos tiempos existían la damajuana de vino, de 5, de 10, de 15 litros... Y bueno, ahí era la joda nuestra, un día, dos, y seguir trabajando... Pero era una cosa linda, para mí ha sido inolvidable eso también, inolvidable...*
- *¿Muchos años vividos ahí no?*
- *Muchos años...*
- *¿Y usted salió de La Isla cuando el aserradero paró?*
- *Y claro, ya paró todo...*
- *¿Usted se acuerda como fue ese día que le dijeron hasta acá en el aserradero?*
- *No recuerdo, no recuerdo bien, porque no sé qué año, que mes..., pero, lo que recuerdo que se ha venido la gente, que ahí había un camión que traía la gente, y los volvía a llevar a trabajar.*
- *A los que no vivían en La Isla.*
- *Claro, a los que no vivían en La Isla, vivían semanalmente nomás.*
- *¿Y cómo era el pago don Julio?*
- *Te daban vales, ahí te daban vales. Vos venías, venía el camión, pesaba en la balanza, y bueno, 10 toneladas, ponele, 10/200, 10/500, así, y ahí nomás el tipo te pesaba y ahí está el vale... O el mismo chofer, si vos vivías pal campo, el mismo chofer te la llevaba, cuando iba, ya te llevaba el vale, cuanto a pesau el viaje ese. ¡Robar no te podía robar porque el que acarriaba la viga, también acarriaba por tonelada!*
- *¿Y cómo se cambiaba el vale?*
- *Todos esos vales vos tenías que juntarlos. Bueno, vos decías, me voy a Andalgalá a arreglar ya con los dueños. Y venían y te sumaban todas las toneladas, y bueno, dicen, ponele, en esa época, cincuenta pesos la tonelada, y ahí te sumaban, te descontaban lo que has comido...*
- *Más vale...*
- *Unos ganaban plata y otros no ganaban nada... [risas]*
- *¿Y había algún secreto para quemar bien el carbón don Julio?*
- *¡Sí, tenías que saber!*

- *No cualquiera podía quemar carbón...*
- *¡No! No tenías que abandonarla, cuando vos metías fuego no tenías que abandonarla porque, si la dejabas levantar a las chapas podía llamiar, arder, y bueno, pero uno, como uno ya sabía, sabía cómo tenía que dejarla. Yo cargaba hoy, la prendía, la dejaba, y volvía justo cuando estaba por cortá, al otro día...*
- *Y ya estaba...*
- *Pasar nomás, para taparla nomás. Ahí tenes que taparla de tierra a las chapas para que no respire. Entonces el carbón se ahuga dentro y se apaga, lo único que tenés que esperar es que se enfríe nomás pa poderlo sacar.*
- *¿Alguna vez se le quemó el carbón?*
- *¡Fua! Una vuelta se me han quemau... Yo tenía ciento ochenta bolsas, hemos ido, hemos sacado otra zanjada más, como cincuenta bolsas... ¡Todo, embolsada las ciento ochenta! Ese día agarré el bolso y me vine, no quemé más.*
- *¿Cómo fue eso, como se le prendió fuego?*
- *Y claro, lo i sacado y me i descuidado*
- *¿Pero ya estaba dentro de la bolsa?*
- *Ya estaba dentro de la bolsa. Yoi agarrau y sacau otra zanjada más. Y esa zanjada, el carbón a chocau ahí, estaba dando con las otras bolsas. ¡Cuando me dí cuenta se veía toda la llama!*
- *Ya no lo paraba más...*
- *No, el carbón tenías que dejarlo que se haga polvo, peor era taparlo porque agua, ¿deande va a sacar agua? Tapaba, embarraba la cancha, ultrajaba. ¡No! Yo lo dejé que se... Alcé mi bolso y me...*
- *No quemó más carbón...*
- *Noi quemau más carbón... ¡Me harté de quemar carbón! Pero como te digo, la cara llena de risa... No era que yo trabajaba por obligación. Lo hacía a la perfección, así que, no tenía problema, no tenía drama para hacerlo, porque como te digo, yo sabía. Prendía fuego una zanja y volvía a los dos días a taparla... Pero el que no sabe, cada rato está sobre una carbonera viendo como tira, preocupado. A mí también se me ha llamiau, vo te descuidas y se te llama una zanja, y ya no sacás la misa cantidad de carbón que..., ponele que has sacau una vuelta cincuenta, se te llegau a llamiar la zanja, y ya merma, ya sacás cuarenta y cinco, cinco bolsas menos, a veces cuarenta ¿Por qué?, por mal atendido, pero vos no la dejás arder, sacás cincuenta, y cincuenta te da todas las vueltas. Va,*

- todo depende cómo la cargás también no..., si vos la cargás bien te da lo justo, si vos la cargás apurau, así nomás, ya te da menos. ¡Todo un tema! La leña también, si vos le echas chamiza delgadita, bueno, también no te rinde; trabajás con leña buena, parejita, gruesa, te da el carbón justo...*
- *¿Y usted Don Julio, después que sale de La Isla, fue de volver al campo seguido?*
 - *¡Sí, sí siempre i vuelto! ¡Sí, siempre i vuelto! ¡Porque no me podía acostumbrar acá, no me podía acostumbrar!*
 - *¿Sufrió salir de La Isla?*
 - *Me ha costado. Yo cuando estaba en La Isla pensaba que venía acá, no iba a tener qué comer, eso lo primero que yo i pensau... Y bueno, y diahi justo he i salido, en el 84' salido yo, justo me han tomado acá en la municipalidad, y bueno, gracia a eso hoy estoy jubilado también...*
 - *¿Pero extrañando?*
 - *No es por nada no, pero hasta por ahí sueño todavía..., todavía me sueño en La Isla. No, no, es una cosa que no te podés olvidar... Jugaba a la pelota todos los días ahí con los changos, muchos changos de la época mía, de la misma edad mía, jugábamos a la pelota... No, era un..., todos los fines de semana, las tardes, jodíamos mucho con animales. Había muchos animales en La Isla también, animales vacunos, cabalgada, todas esas cosas, y ahí te divertías con eso; iba gente de acá de afuera a hacer ronda, iban a rondar a los animales, porque ahí venían animales de Belén, de todos lados, era, ¡parece imán La Isla para los animales!, ¡de todos lau iban parahí!*
 - *¿También se podía cazar don Julio?*
 - *¡Sí! ¡Muchísimo!*
 - *Y eso también, se ha ido talando y fue mermando...*
 - *¡Se ha liquidau todo...! Si yo salía por noche, a veces, en dos, dos horas y medias, eran 20 quirquinchos, 22... ¡Dos horas y media! Ahora tenés que andar toda la noche para pillar 2... Distinto, muy distinto, sí...*
 - *¿Y qué siente volver y ver las ruinas de La Isla?*
 - *Me dan ganas de llorar, La Isla y el aserradero dan ganas de llorar. Sí, yo i ido cuando todavía no se estaba llenando tanto de monte. Ahí estaban las fosas, cada fosa para una máquina, y vos vas y ves eso, te recordás, chau... Estaba la caldera, no sé quién habrá llevado la caldera..., esa que hacía andar las máquinas. Esa era todo a leña, de la misma leña que se aserraba de las vigas, día pal otro, ya*

- estaba listo para echarle a la caldera. Caldera a vapor, para hacer andar la máquina.*
- *Yo cuando fui la última vez, lo que se podía ver aún era el pozo de agua, una pileta grande...*
 - *¡La pileta, sí, el piletón para la finca! –interrumpió.*
 - *Y el aserrín... –comenté agachando la cabeza.*
 - *¡Sí, todavía ahí...! ¡No, yo me acuerdo de que había montañas de aserrín, de maderitas en aquellos años, desperdicio...! ¡Sí, a veces se hacían incendios ahí!*
 - *¿Incendios?*
 - *Sí, el aserrín se incendia varias veces...*
 - *¿Hace mucho que no vuelve a La Isla don Julio?*
 - *Sí, sí... ¿Cuándo? A mí me han operau en el 2013..., en el 2015 creo que me ha llevau Julito la última vez... Él iba a traer algarrobo que había juntau, y me i colau, pero de ahí no i vuelto más.*
 - *¿No le dan ganas devolver?*
 - *Sí, ¿de irme?, claro, yo hago planes, hago planes, pero..., no pierdo las esperanzas no, de aliviarme un poco y ir...*
 - *Volver...*
 - *Sí..., siempre es lindo para el invierno ir para ahí*
 - *¡En verano hace muy chico el calor!*
 - *¡No, está loco!*
 - *Y bueno, es La Isla*
 - *Como era de vientosa esa Isla... Ahí llegaba el 15 de agosto y ya comenzaban a correr los primeros vientos. Agosto, septiembre, octubre, noviembre... ¡Eh, pero infaltable no...! Llegaba las dos, las tres de la tarde y comenzaba a correr ese Anselmo, infaltable, ¡y había días que se amanecía corriendo, día y noche...! Bueno, también, si no era el viento, los calores...*
 - *¿Y por qué cree usted que los changos suelen irse al campo, tienen esa necesidad?*
 - *Es que ya..., no sé, cómo te puedo explicar, los chicos, a mis hijos, ya les gusta, les encanta a ellos.*
 - *¿De los chicos, cuáles vivieron ahí en la Isla?*
 - *De los changos, Ale y Visera; de las chicas, la Sonia, la Gabi, y no sé..., no me acuerdo, sí, la Sonia y la Gabi, sí.*
 - *Los más chicos ya se criaron aquí.*

- *Claro, ya acá.*
- *Pero solían irse de todas maneras cuando vivían acá.*
- *Sí, sí, yo siempre los llevaba...*
- *De los changos, al que más le tira el campo parece que es a Julito.*
- *¡A Julio, a ese le encanta! ¡Uh, a ese le encanta salir...! Ese se va de noche y vuelve al otro día, no tiene problema...*
- *Le gusta...*
- *Sí, y los changos, vos viste, se van y se quedan ahí para el otro día a comer un asado, a tomarse unos vinos, ahí nadie los jodes...*
- *¿Es la libertad?*
- *Son más libres allá, qué sé yo..., nadie te está mirando si tenés o no, nadie te hincha las pelotas.*
- *Eso sí, se te acaba el vino...*
- *¡Chau no...! [me interrumpió golpeando la mesa] Yo cuando quemaba carbón, yo al tipo le i dicho yo: “mira, a mí hace faltar cualquier cosa, menos el vino”. No era para sentarme a tomar, emborracharme, no, era para asentar el..., y era un cajón marte a marte, todos los martes, todos los martes... ¡Mierda que cosa linda! ¡El deayuno era un vaso de vino! A eso de las diez de la mañana, un bife y un vaso de vino, y seguir hachando, rodeando, o embolsando, había días que te tocaba embolsar ciento cincuenta bolsas, doscientas... ¡Tenías que tener lista la carga para el sábado! A mí el camión iba, me llevaba la carne, la mercadería los lunes, y los sábados al alba ya estaba ahí para llevar la carga, para retirar el carbón; las trescientos veinte bolsas, a veces trescientos treinta... Y el marte ya tenía que caer de vuelta, el lunes, otra vez con mercadería, el vino... ¡Una vuelta no me han mandau el vino el tipo!*
- *¿Y qué pasó?*
- *No me ha mandau y le digo: “bueno, está bien”, le digo... Ah, dice el tipo, el que acarriaba las vigas, que llevaba el vino: “No, ya te lo voy a traer el miércoles, voy a venir a llevar viga de allá”, dice, “y me lo voy a hacer una disparada, te lo voy a traer...” ¡Y nada! Y yo sin vino no... ¿Sabés lo que era hermano ir y tragá bronca...? Y ha llegau el sábado, ni aca, ya llegau a buscar el carbón. Yo digo: “ahí me debe traer el vino...” ¡Nada...! Le digo: “¿Qué anda haciendo?”, dice, “vengo a llevar la carga...”, “¡No!”, le digo..., “¡no me alces ni una bolsa!”, le digo, “¡no me toqué...!”, “A mí”, le digo, “me van a respetar”, le digo..., “yo a*

- ellos no les fallo, no me pueden dejar sin vino...” “¡Eh, pero!”*, dice, *“¡No!”* le digo, *“¡vení a quedarte vo acá, yo voy a Andalgalá!”*, le digo, *“¡y que te falte algo acá, hace la prueba y quédate vos sin vino aquí!”*
- *¿Y qué pasó?*
 - *¡No i dejau que la lleve! Ya el domingo al alba han estau cayendo de nuevo. ¡Dos damajuanas de vino me a llevau el tipo! “Una te cobro, la otra te la regalo”, me dice...*
 - *Como pidiendo perdón...*
 - *“Y te felicito”, me dice, “por hacerte respetar”, me dice... “¡No, yo te había dicho!”*, le digo, *“yo a vos te i dicho una sola vez, a mí no me hagás faltar nada porque yo a vos no te voy a hacer faltar nada”. “Yo”, digo, “yo a vos jamás te i mandau el camión con medio viajes, ni con treinta bolsas, no, nada, yo te i mandau cargas completas”, le digo. “Sí, sí, no, perdoname, perdoname”, dice... ¡Hasta el queso me i puesto ese día, con vino de más...! [carcajadas]*
 - *¿Se tomaba mucho vino ahí don Julio no?*
 - *Vino, vino, vino, vino...*
 - *¿Cerveza no?*
 - *¿Qué? ¡No existía!*
 - *Caliente...*
 - *Nai claro, no existía. Yo forraba..., dos botes tenían forrau.*
 - *¿Así con tela baquero?*
 - *No, el que era ideal era la bolsa esa de arpillera que sabía salir, una bolsa de lona, esa que envuelven las guatiadas⁷⁵ ahora actualmente.*
 - *Sí, ya sé cuál es...*
 - *Ahora ya no salen más esa ya... Con eso forraba los botes, se le ponía papel abajo y la lona encima.*
 - *¿Cualquier botella?*
 - *¡No, no! Eran esos frascos de aceite de dos litros...*
 - *¡Ah, esos Cocineros de vidrio!*
 - *Claro, de vidrio de dos litros y medio... Esos los llenaba de vino, los mojaba bien, y los colgaba ahí en la sombra.*
 - *¿Quedaba fresco el vino?*

⁷⁵ Cabeza guateada.

- ¡Pss...! Y bueno, si de ande vas a sacar hielo... Y ya te acostumbrabas no... Y como la mayoría, yo siempre en el campo yo trabajau tiempo invierno, no nunca he i quedau así pleno verano.
- ¿Qué hacía en verano?
- Me venía a La Isla, al aserradero, ahí me venía... Y ya cuando he i salido de allá en el 84', me i venido acá, he i trabajado en finca; ahí, un amigo mío me ha llevau para poner verdura, y bueno, hasta que ya me han tomau en la muni...
- ¿Y cómo fue llegar a la muni?
- ¡No, me ha costau, yo no era mandau por nadie...! Me ha costau más el horario, yo tenía en claro que cuando vos tenés patrón tenés que cumplir, pero, yo lo que no me acostumbraba era la hora, 5 de la mañana todos los días...
- ¿En el campo era diferente?
- Si quería ibas a las 8, si quería ibas a las 9, si querías ir a las 3 de la mañana, ibas a las 3. Claro, eso disponía yo, yo determinaba qué hora, cuándo y chau... Yo decía, “hagamos esto y ya nos vamos”, y hacíamos eso y ya se íbamos al rancho, y listo. Me acuerdo de una época que tuve dos changos ocupados, muchachos que acá andan todavía en Huaco...
- ¿Ahí en La Isla?
- De La Isla más abajo, Cantina de Manuel Díaz... ¡Mierda, había una pampa linda ahí...! Les digo a los changos, “¿eh, ¿qué podemos hacer...?” ¡Ah, jugábamos mucho al truco, nos desocupábamos del trabajo y nos poníamos a jugar al truco...! Digo, “esto ya me ha aburrido..., ¡eh!”, les digo, “¿¿por qué no compramos una pelota?!”, digo, “esa de goma, esas rayadas...”
- Ya sé cual. [echándome a reír]
- Y les digo, “armemos arquitos, más o menos de cinco metros de ambos arcos y juguemos a las cabecitas”, les digo, “pienso que va a ser más divertido...” “¡Eh!, meta, meta”, dicen... Y ahí ya m'uas encargau la pelota al tipo; al tipo que iba a buscar el carbón, ahí le m'uas hecho la lista.
- Una pelota...
- Una pelota... “¡eh!” dicen que decía, “qué mierda les pasa a estos” [carcajadas] Cuando nos trajo, salíamos a las 5 de la mañana a trabajar, no veíamos la hora de terminar la tarea... ¡Ahí nomás nos veníamos al rancho, a jugar a la pelota, a las cabeceadas!
- ¿Armaron canchita?

- *Claro, habíamos plantado arquitos ahí... ¡Qué años aquellos...! Me acuerdo también de que mucha gente se dedicaba a la trapiada de zorro...*
- *Por el cuero...*
- *Sí, se trapiaba muchos zorros también. Vivía mucho la gente de eso, se ayudaba mucho. Se vendió mucho cuero también. Un tipo que vivía ahí en el aserradero salía a armar trampas, y al otro día iba y veía, y eran tres, cuatro por noche, y bueno, y así juntaban treinta, cincuenta, y vendían... ¡No te digo que era una vida fácil, Walter, no, había que estar...! Pero era más tranquilo que aquí, que ahora actualmente...*
- *¿En qué sentido lo dice?*
- *Que no estabas pensando tonteras, solo en trabajar... ¡No pensabas que tenías que pagar el agua, que tenías que pagar la luz, que se te acabau el gas, nada de eso...! Todo a mechero, agua subterránea, agua sana nomás...*

En ese momento, doña Graciela, que había estado buscando unas fotos que quería mostrarme, se nos une en la conversación.

- *¿Qué recuerdo tiene usted del campo y La Isla, doña Graciela?*
- *Graciela: Y bueno, tenía todos los hijos chicos... [risas]*
- *En La Isla vivieron sus hijos más grandes.*
- *Graciela: ¡Ay sí! Ahí ha nacido Alejandro y la Sonia ahí en La Isla.*
- *¿Ahí nacieron?*
- *Graciela: Sí, porque no había en qué venirse. Nada que fuese de día, a veces no 'agarraba de noche. Hasta que venían a buscar en qué traerlos, ya nacían. Si la que era partera era la mami...*
- *¿Era partera?*
- *Graciela: Ella era partera. Ella sabía...*
- *¿Y su madre vivía ahí en La Isla de antes?*
- *Graciela: ¡Ya, ya! Ella vivía ahí porque ahí trabajaba el papi también.*
- *Julio: De muchos años, antes que nosotros.*
- *¿De antes del aserradero?*
- *Graciela: Más antes ellos ya trabajaban para el campo. Él trabajaba de La Isla para abajo, también así, quemando carbón, hachando viga... De La Isla para abajo, para donde le dicen El Varilludo...*

- Julio: *Nada más que ellos son gente que han arrancado... Por ser, yo te estoy hablando de que yo i ido en el 68', no, ellos ya han estado.*
- Graciela: *Se hachó mucha leña de retama pal ferrocarril también, todo eso se hizo antes de que empezó el aserradero, eso ya se estaba haciendo. Ahí ha sido cuando los tractores esos grandes que llevaban dos o tres acoplados, lo han apretau ha Tupito...*
- *¿Tupito era de Huaco?*
- Julio: *No, no sé de donde habrá sido. Sé que era de acá de Andalgalá, pero no sé de dónde exactamente.*
- *Cuando fuimos con los changos nos detuvimos en sus cruces.*
- Graciela: *Sí, bueno, ahí en La Isla para acá, también están las otras crucitas que también ha apretau un camión... ¿Te acordás?*
- Julio: *don Contreras...*
- Graciela: *A don Contreras también lo apretó el camión...*
- Julio: *El camión que acarrea vigas.*
- *¿Y, cómo fue?*
- Julio: *Pasa que el camión ese tenía un guinche, tenía una cadena, él tenía unos cambios dentro de la cabina, vos metías un cambio y empezaba a andar el guinche, y esa cadena que tenía, tenía un piñón; es como la moto, con piñón, uno arriba y otro abajo. Y esa cadena andaba suelta y a veces saltaba, y el tipo de adentro lo mandó al hombre que vaya y la ponga a la cadena... ¡Claro, parece que la puesto y el tipo no ha salido rápido, y ya lo ha hecho andar al camión y lo agarrau y lo apretau.*
- Graciela: *¡Le apretó el tobillo!*
- *No vi esas cruces...*
- Julio: *Esas están del piletón más para allá, como a un kilómetro. ¡Ellos han hecho las voces que ahí se ha muerto..., mentira, si ese se ha muerto donde lo ha apretau el camión, más allá!*
- *¿Y por qué dijeron que ha muerto ahí?*
- Julio: *Y pa que no digan por qué lo han traído, porque lo han alzau, no sé si me comprende lo que digo... Diciendo que ellos por salvarle la vida, lo venían trayendo.*
- *¡Ah, que no ha muerto en el acto!*
- Julio: *¡Que no lo han matado ahí! ¡Como no echándose culpa ellos!*

- *Claro, para no tener problemas.*
- *Julio: Exactamente... “No, si lo muas traído, si venía vivo, si ahí se ha muerto”, decían...*
- *¿Y a él se le pone velitas como a Tupito?*
- *Julio: No, no.*
- *Graciela: Va, cuando estaba la gente ahí si le ponían, pero ahora ya no creo, ya se habrá borrado...*
- *Julio: No, no debe haber ni cenizas...*
- *Graciela: Ni seña de ahí. No es como Tupito, viste que ahí toda la gente le pone, porque es un alma bien milagrosa...*
- *Dicen que es milagrosa.*
- *Graciela: ¡Es muy milagrosa...! Y todos los que van le dejan agua, le ponen velitas, le llevan flores.*
- *Julio: Bueno, te cuento, yo una vuelta venía arriba de un camión, con una carga de vigas, leña..., no sé qué traíamos, yo venía de gorra, y ahí la costumbre era de sacarse la gorra cuando pasabas por el lado de las crucitas. Y venía con otro yo y dice, “uh, mirá, muas pasado por Tupito y no te has sacado la gorra”, “¡No!, bueno...”, digo, “ya `muas pasado...” No i pasau dos metros ya me la hecho volar el viento...*
- *Tupito...*
- *Julio: ¡Y era Tupito ese! ¡¿“Te vas a sacar o no te va a sacar...”?! Ahí nomás me la ha hecho volar Tupito...*
- *Graciela: Y a varios le ha hecho, que iban cruzando y..., se les cae.*
- *Julio: ¡Pero jamás te ha espantau no...!*
- *Graciela: ¡Vos antes de llegar te tenés que sacar la gorra, de ahí pasás, y después te la ponés!*
- *Julio: Mira, yo i andau años enteros quirquinchando por ahí, y jamás, jamás me han espantau... ¡Jamás, yo i pasau miles de veces por la cruz, y jamás, nunca sentí maldad de él!*
- *¿Y en La Isla?*
- *Graciela: No, nosotros por los menos, en los años que hemos vivido ahí, nunca. Mira que yo sabía quedarme sola cuando él estaba quemando carbón..., sola sabía quedar, pero nunca me ha espantau...*
- *¿Quedaba con los chicos?*

- Graciela: *No, cuando éramos los dositos nomás... Después cuando era Alejandro chiquito, también estaba sola, quedaba con él cuando Julio se iba al campo, se iba a hachar, a trabajar, o se iban a los quirquinchos de noche.*
- *¿Y cómo era quedarse por la noche?*
- Graciela: *Con un mecherito en un ranchito que uno hacía... Bueno, uno tenía una casa linda porque..., uno dice linda porque estaba bien hecha, visto que antes la hacían de...*
- *Adobe...*
- Graciela: *De barro, no de adobe... –me corrigió– Uno paraba los palos, ponían las jarillas, y le echaban barro.*
- *Julio: Palo a pique, ese...*
- Graciela: *¡Pero qué hermosa casa, no sentías calor, fresquita...! Y ahí estaba yo hasta que él volvía.*
- *¿Y esa casa la hicieron ustedes?*
- *Julio: Bueno, algo de casas eran así como dice ella, había otras casas que eran hechas de parqué, de madera.*
- Graciela: *¡No, pero yo te estoy hablando del campo, no de La Isla! Yo te estoy hablando de cuando estábamos de La Isla más abajo, de cuando me quedaba sola, no estábamos en La Isla, estábamos más abajo.*
- *Julio: No, y yo iba, hacia los ranchos, así como dice ella, eso sí que a mí me ha gustado tener buen ranchito donde estar. Hay otros tipos que iban y vivían bajo el árbol nomas..., llovía y se cagaban mojando [risas]*
- *¿Era un tema cuando llovía no...?*
- *Julio: ¡Claro! No, no, yo dedicaba un día completo para hacer el rancho; o si dos días, dos días, pero yo hacia el ranchito. Cocinita, donde uno iba a dormir, todo. De rama, o de palo, pero yo hacia el recoveco bien hecho. ¡Otros no, limpiaban la retama, y ahí nomás estaban...!*
- *¿Y en La Isla?*
- *Julio: No, en La Isla había casas de parqué, de adobe...*
- *Y como era su casa en La Isla.*
- *Julio: De parqué, adobe..., y esa la'muas hecho nosotros. Cuando ya se'muas casau, ya'muas ido a buscar los horcones, las varas, y meta hacer, porque ahí había mucho recorte de madera así finita, y todo eso hacía de pared también, de*

- pared y de techo. Prácticamente todo de madera, arriba la cáscara o tierra y a la mierda. ¡Llovía y no te goteaba!*
- *En La Isla se ven aún paredes de adobe...*
 - *Julio: Sí, había varias casas de adobe. Graciela: Había también de ladrillo.*
 - *Julio: De ladrillo también, porque ahí cortaban mucho ladrillo.*
 - *Graciela: Viste de donde está la pileta grande, bueno, para ahí era la finca, donde había viñas, esas cosas, bueno, para ahí teníamos la casa nosotros.*
 - *Julio: De ahí se'muas venido nosotros... Cuando estábamos con ella, cuando ya me'i venido para acá, de ahí'mua salido.*
 - *¿Ustedes, cuando se vinieron de La Isla, ya la mayoría se estaba viniendo?*
 - *Julio: Ya, si yo creo que los únicos que han quedado fueron el padre de ella, los tíos de ella, pero ahí nomás, al poco tiempo, ya se vinieron todos.*
 - *¿A usted doña Graciela le costó salir de La Isla?*
 - *Graciela: ¡Ay, sí...! Era una vida tranquila, vos no te hacías problemas por nada. Además, ahí, había una cantina y llevaban la mercadería los martes y viernes. ¡Teníamos de todo! Los martes y viernes llevaban la carne; así que vos tenías que sacar la carne para la semana. Eso sí que, ahí no tenías heladeras, muy raro el que tenía heladera...*
 - *Julio: Fiambrera, fiambrera era, un cajoncito con tela mosquetera.*
 - *Graciela: Si, no, uno sacaba el blando y lo hacía charqui, y con eso tenías para cocinar, salías a la semana con eso. Al puchero se lo sancochaba y lo tenías así para cocinar.*
 - *Julio: Pero tenías que meterlo en la fiambrera por el tema de los moscos...*
 - *Graciela: En La Isla se cocinaba todo a fuego, todo a leña. También, cada uno tenía su hornito, y pan no faltaba. Yo me acuerdo de que el papi, él hacía el hornito de barro, lo hacía él; hacía la mesada, a esa le ponía ladrillo, buscaba ladrillo y le ponía, y ya lo de arriba lo hacía con barro..., y te dura, no se cae.*
 - *No pude ver ni uno cuando estuve por La Isla.*
 - *Julio: ¡Yo hubiera querido que vos vieras a los hornos fijos que le llamaban, esos para quemar carbón!*
 - *No pude verlos tampoco.*
 - *Julio: Había como diez, doce hornos de esos antes. ¡Mucho más altos que esta casa! ¡Sacaban dos camionadas de carbón de ese a granel de cada horno! Esos tenían bocas redondas enormes, y vos te metías ahí a sacar el carbón con*

carretilla. Ahí se quemaba leña verde nomás, por eso la gente hachaba leña verde, porque todo eso iba a los hornos... ¡Tremendos hornos hermano, como doce había! Ahí había un viejito que era especializado para hacer esos hornos fijos...

- ¿Y esos hornos fijos de quiénes eran?

- Julio: Y de los Haddad, todo de los Haddad. El carbón ese iba a Zapla...⁷⁶

- Claro, eso se cargaba en el Ferrocarril.

- Julio: ¡Claro!, ahí al lado de la estación era el canchón; ahí descargaba el carbón suelto que traían todo a granel. Y ahí venía, estacionaba, estaba la vía, estaba el vagón, y lo dejaban ahí y cargaba a carretilla, a canasto. Había canastos como esta mesa, manija cada lado, se lo llenaba, y entre dos se lo llevaba y se lo volcaba ahí adentro del vagón. ¡¡Muy chicos eran esos vagones!! Todo eso me acuerdo yo... dos viajes por semana, tres viajes...

- De La Isla todo se sacaba en camión...

- Julio: De La Isla para acá. Camión con volquete era no..., venían, metían el volquete y descargaban.

- Graciela: El papi no sabía hacer el carbón en zanja, él hacía carbón en parva...

- ¿Y eso como era?

- Julio: Era también leña verde, se extienden unas varillas de madera, y ahí vos veías el largor que lo querías hacer... ¡Había hornos como de aquí a la esquina, largos! Y bueno, después meta apile, iba y terminaba, así como tipo burro, redondito. Y bueno, mira, le metías fuego en una punta, y de ahí lo iban haciendo trabajar, le hacían un hueco con el cabo de la pala, porque ese iba tapado con cáscara y tierra.

- Graciela: por las orillas le hacían los huequitos...

- Julio: Cuando ya iba la mitad prendiendo, la punta que empezau, ya el carbón estaba listo, ya iban sacando, y el horno para allá, se iba meta quemar...

- ¿Difícil quemar el carbón así verdad?

- Julio: ¡Yo jamás hice eso!

- Graciela: Así quemaba el papi...

- Julio: Y ese es el mismo carbón que el del horno fijo, todo leña verde..., todo para allá, para Zapla, ese era para vender por tonelada... En cambio, lo que yo hacía

⁷⁶ Altos Hornos Zapla.

- era para vender por bolsa, leña seca; a mí no me importaba el peso, a mí me importaba el bulto..., que se llene la bolsa y chau. Y estos otros, ellos no, para ellos era el peso, por eso toda leña verde. ¡Pero ese carbón no servía para los braseros, ese era para fundición, todo para Zapla!*
- *Hacia Jujuy*
 - *Julio: Claro, ahí dicen que horneaban los materiales, no sé..., y bueno, para ahí iba todo. ¡Pipanaco, todo eso se ha quemado...! Gil Diamante ha hecho poner..., ¡mira el peso que ha tenido ese viejo no..., para que haga hacer el desvío de la vía! Del camino normal del tren ha hecho hacer el desvío para que ellos carguen, para que deje un vagón y carguen... ¡Tenés que hacer muy chico el trámite con el gobierno...!*
 - *Y muy mucha guita tenés que tener...*
 - *¡Qué peso que habrá tenido ese viejo...! Y si para mí que ese viejo ha sido el más rico de esa época en los pueblos de Colpes, Saujil, Pomán, qué sé yo...*
 - *Y en esa época el campo daba mucha plata...*
 - *Julio: ¡Guita a rolete! ¡4, 5 Mercedes tenían el tipo ese!*
 - *Toda una flota...*
 - *Julio: Aquí, los turcos lo que tenía de malo es que nunca trabajaron con camiones nuevos. Así, camiones armau, desarmau, medio hecho. Una sola vez han comprado esos camiones naranjau, los Skoda que le decían, no sé de dónde lo sacaron, pero se han pinchado una goma y no le hallaban ni los tornillos de repuesto... Los Skoda les decían, camiones ruterros porque eran doble balancín atrás, eran para cargas grandes, pero no para el campo. No le duraron nada los camiones esos a los turcos. Eran ordinarios la verdad, no se quien habrá fabricado esos camiones...*
 - *¿Cuándo se terminó el trabajo ahí en el aserradero, los Haddad le dijeron algo a ustedes?*
 - *Julio: ¡No, no, ite como puedas y listo!*
 - *Graciela: Ellos han dejado de trabajar, y han suspendido el trabajo. Por supuesto, a los que trabajaban en el aserradero le dijeron que ya ni iban a seguir y listo.*
 - *Julio: Igual muchos nos quedamos a continuar quemando carbón. Yo, el padre de ella, el tío de ella, mi viejo, meta saque carbón nomas. Mucho carbón para*

- Belén... Pero al último ya no había casi material para hacer carbón, hasta que hemos dicho hasta acá y chau.*
- *Pero supe que todavía viven en el campo.*
 - *Graciela: Sí, pero no en La Isla ya. Viven de Pilciado más abajo, pero bien para abajo...*
 - *Julio: "Los Juan Córdoba" le dicen, ellos todavía trabajan el carbón, ellos todavía viven de eso.*
 - *Graciela: Ellos no quieren venirse para el centro... Vienen y se vuelven, vienen y se vuelven. No quieren abandonar eso... Ahí los crió los viejos a ellos y ahí están.*
 - *Julio: Traen el carbón, hacen la plata y se vuelve...*
 - *Graciela: Si la madre de las chicas estas que viven en la estación, ellas le han hecho la pensión, todo para la madre, la casita, para que se venga a vivir aquí... ¡No, no hay forma dicen, no, no quiere dejar el campo!*
 - *Graciela: Es que vos ves, te vas al campo y pasas tan lindo..., y bueno, así era también.*
 - *Julio: Por supuesto, se laburaba mucho.*
 - *Graciela: Pero era una vida tranquila, no te preocupabas porque tenías que pagar esto, que debes esto, que los remedios... Nada, criar a los hijos sanos. Nadie se fija si vos tenés, qué tenés, una vida más tranquila... Y ahí en el campo es más unida la gente, si no tenés una cosa sabés que el vecino te va a prestar..., o el vecino no tenía y venía y te pedía... Era otra cosa.*
 - *¿Usted hace mucho que no va a La Isla*
 - *Graciela: La otra vez me llevó Alejandro. Él me llevó porque se había ido a traer leña... Hace años que no volvía. Anduvimos por cerca del piletón nomás, porque Alejandro estaba más preocupado por juntar leña... Pero siempre sueño que vuelvo ahí donde está el aserradero, porque de ahí del aserradero más abajo tenían el rancho mis viejos.*
 - *Julio: Duele ver como quedó La Isla. Todo distinto ya, vos vas y no le hallas forma.*
 - *Claro, yo conocí a La Isla como está ahora...*
 - *Julio: Yo que i vivido ahí, y yo la última vez que fui, antes de joderme la cintura, será unos cinco años que i andau, duele, duele... ¡No le hallás lau...! Para colmo decís, aquí era la casa de mis viejos, y te ponés a mirar y..., no está el árbol que*

- sabía estar, no está el monte que sabía estar..., y no, no le hallas lau hermano...
Sí no encontrás alguna parecita, difícil que le halles lau...*
- *Los restos del aserradero...*
 - *Graciela: Bueno, sí, todavía están los fierros donde era la pileta del aserradero, de ahí te ubicas.*
 - *El pozo de agua también.*
 - *Graciela: Claro, eso está, el que tiraba el chorro largo de agua... De ahí ya te ubicas vos... Vos decís, bueno, para allá quedaba tal casa, para allá quedaba la otra, y ya uno se ubica.*
 - *Julio: La última vez que fui yo, chiquito los algarrobos todavía...*
 - *Yo cuando anduve, los árboles ya estaban más altos que este techo...*
 - *Julio: Y sí, como almácigo crecieron...*
 - *¿Usted cree que La Isla puede volver a ser un bosque?...*
 - *Julio: Y por ahora a los algarrobos no los toca nadie ahí, son chiquitos...*
 - *Me llamó la atención cuando fui también ver restos de la vieja escuela, además de todo tipo de latas de comida enlatada, botellas viejas entre la ramada...*
 - *Julio: Y sí, todo eso quedo ahí. Si cuando vos salías al campo, vos llegabas y bueno, aquí vivió alguien porque estaba el tarrerío de cornabé, picadillo, sardina, envases de cosas... Antes se comía mucho eso... ¡Ahora anda a comprar una sardina..., muy baratas están! Ahí en el campo la gente se deayunaba con sardina, cornabé todos los días, y quedaba el laterío nomás ahí debajo del árbol. Era reconocido cuando había vivido alguien porque quedaba todo el laterío debajo de un árbol.*
 - *Graciela: Yo sabía tener los cajones llenos de lo que vos me busques... ¡Tenía cajas llenas de picadillo, sardina, cornabé, azúcar, yerba, de lo que busques! Ante se usaba mucho el tabaco, o el papel de fumar... Cada caja con sus cosas...*
 - *Julio: Me acuerdo de un tío de ella, como fumaba, no estaba ni un minuto sin un cigarro en la boca.*
 - *Graciela: Él hablaba, tomaba mate, comía, escupía con un cigarro en la boca. Cada vez que se prendía el aserrín ya le achacaban a él... [risas]*
 - *Verónica: Amor, el colectivo...*

Y sí, había que volver a la ciudad... Eran pasadas las 16:00 hs, y había que salir temprano pues el camino de vuelta se nos había alargado producto del rompimiento del

camino de La Cébila. La conversación con Don Julio y Doña Graciela continuó por unos minutos más, hasta que decidimos cortar para que yo pudiera terminar de cargar los bolsos al auto y, así, emprender la vuelta al rugir del Valle Central.

Fotos familiares compartidas por doña Graciela.

*Guárdame monte rancho sin techo
quiero que cuando muera
me entierres bajo tus brotes;
nada de cruz de piedra,
sólo una cruz de madera...*

Héctor Passani
Zamba del hachero

Fotos del baúl familiar.



Figura 61. Don Julio y doña Graciela con sus hijos en La Isla. Foto familiar.



Figura 62. Doña Graciela, su suegra y su amiga Matilde, madre de los Pihuala. Foto familiar.



Figura 63. Infancia en Huaco. Foto familiar.



Figura 64. Don Julio, en una de sus últimas salidas al campo, junto a Nelson. Foto familiar.

Maestros de la vida...



Figura 65. Don Julio y Doña Graciela en sus últimos años en La Isla. Foto familiar.

Tejiendo a la par de otros textos, entrecruzando reflexiones...

En Ersilia, para establecer las relaciones que rigen la vida de la ciudad, los habitantes tienden hilos entre los ángulos de las casas, blancos o negros o grises o blanquinegros según indiquen relaciones de parentesco, intercambio, autoridad, representación. Cuando los hilos son tantos que ya no se puede pasar entre medio, los habitantes se van: se desmontan las casas; quedan solo los hilos y los soportes de los hilos. Desde la ladera de un monte, acampados con sus trastos, los prófugos de Ersilia miran la maraña de los hilos tendidos y los palos que se levantan en la llanura. Y aquello es todavía la ciudad de Ersilia, y ellos no son nada. Vuelven a edificar Ersilia en otra parte. Tejen con los hilos una figura similar que quisieran más complicada y al mismo tiempo más regular que la otra. Después la abandonan y se trasladan aún más lejos con sus casas. Viajando así por el territorio de Ersilia encuentras las ruinas de las ciudades abandonadas, sin los muros que no duran, sin los huesos de los muertos que el viento hace rodar: telarañas de relaciones intrincadas que buscan una forma.

Italo Calvino
Las Ciudades Invisibles [1972] (2013, p. 43)

*Son ellos los del viaje tierra adentro,
fugitivos de la historia maltratada,
sangre a dentro, con el vino,
cantan y bailan, p' al carnaval...*

*Abren el pecho, el tiempo arranca
y los devuelve, respiran hondo,
quieren guardar todo el silencio, nunca se han ido,
tropiezan con la infancia llena de polvadera
siempre nublándoles la sombra, un año más
es carnaval p' a darse cuenta, el desarraigo...*

Roberto Cantos
Retiro al norte (1995)

Entretejiendo pensamiento y escritura

I

En el campo y La Isla el pasado no deja de pasar, sigue surcando los cuerpos. Estos cuerpos son un enredado tejido de relaciones, donde la memoria hecha carne constituye el fuego que mantiene vivo un estar, sentir, vivir y morir de otra manera. En el campo y La Isla el suelo arenoso sigue siendo constitutivo de todo ser. Humanos y no humanos, vivos y muertos, observados por dioses y demonios, transitan día y noche por aquellas aparentes soledades, donde el tiempo arruga las musculaturas, los recuerdos y los vestigios. Sentimientos alegres y entristecidos aún cargan las espaldas curvas de los seres del campo y La Isla, telaraña de relaciones intrincadas que aún anudan la garganta.

Como se dijo en la introducción de este escrito, fueron las conversaciones entabladas con don Julio, doña Graciela, los hermanos Brizuela y los Pihuala, las que me

fueron invitando al campo y La Isla; fueron años de compartir en aquella casa de Huaco, hasta que al fin me animé a salir a camppear, y a la par de ese ejercicio, fui vivenciando un trascendental desplazamiento. Como también se señaló en la introducción, este desplazamiento se fue dando paso a paso, no fue abrupto, pero encontró su primera experiencia escrituraria durante la elaboración del informe etnográfico “*Abrazar libertad en el arenal...*”; labor propuesta por Alejandro Haber, la cual que consistía en visitar una familia rural campesina, permaneciendo al menos un día, registrando cada una de las actividades relacionadas con la naturaleza, y cada una de las actividades no relacionadas con la naturaleza, de cada miembro de la familia. Pues bien, en mi caso personal, la actividad significó volver a ese lugar en el que ya había estado siendo mucho antes, pero del que jamás había escrito una sola palabra. Por supuesto, no fue solo un día el que permanecí, se cuentan años ya, y entre otras cosas, fueron floreciendo los otros registros que también fueron compartidos aquí. ¿Fue una familia estrictamente campesina la que conocí? Bueno, no es tan sencillo de definir esta experiencia, tal vez la relación fue con una familia rural que atravesó por destinos momentos de campesinización y descampesinización, una familia donde el monte, el hacha, la tala, el carbón, la caza, la chacra, las cabras, el vino, la virgen, los santos, los demonios, junto a la crianza de los hijos en el campo entrelazan densas historias de vida y trabajo. Una familia que, a la par de añorar aquellas libertades vividas en el campo, aún hoy sostiene el constante sueño del agua, de una tierra linda para sembrar y una vida tranquila.

II

Envuelto nuevamente en el rugir urbano de San Fernando del Valle de Catamarca me pregunto, ¿por dónde continuar este enmarañado ensayo? Esta pregunta me estuvo dando vueltas por la cabeza durante meses. ¿Se trata ahora simplemente de agregar unas “paladas de academicismo” a lo ya expuesto? Definitivamente no, pero nuevamente, ¿cómo continuar con la escritura? Pues bien, sin estar absolutamente seguro por donde continuará este escrito, quisiera, a partir de aquí, continuar tejiendo a la par de otros textos, intentando entramar la propia experiencia con algunas reflexiones leídas conforme mis pasos surcaban huellas en esta investigación indisciplinada; en definitiva quisiera, a continuación, elaborar una crítica subjetivante de lo relatado anteriormente, sumando a la composición, reflexiones vivenciales elaboradas por otros que también caminaron sus escrituras. Si, en las páginas que están más arriba, se ofreció la lectura directa de los registros, fue porque así se fueron dando, además de que esto nos permitió caminar y

sentir a la par. Pues bien, la invitación ahora es a abrir la ronda y continuar la conversación. Por supuesto, las palabras expuestas a partir de aquí no huyen al enredo que tal ejercicio pueda significar, aunque, tal vez, esa sea su fortaleza. Es probable que en este entretejido no quede muy claro cuál es la urdimbre y cuál la trama, pues los retazos y parches complejizan la pieza. Pero insisto, no se trata de con esto querer agregar una dosis de cientificidad a lo expresado hasta aquí, un toque de credibilidad, no, pues considero justamente, y adhiriendo a Boaventura de Sousa Santos (2004), que:

El conocimiento científico es imprudente, y lo es por dos razones: primero, porque tiene el privilegio de ser el único que puede considerar a otros conocimientos como errado, como ignorante; es el único que se arroga la capacidad de establecer los criterios universales de rigor y de verdad. Crea así una actitud negativa ante todos los otros conocimientos alternativos. Pero estos conocimientos alternativos, así como el propio conocimiento científico, no existen desarticulados de la sociedad, son conocimientos de grupos sociales. Entonces, cuando se desacredita un conocimiento o cierto tipo de conocimiento, por ejemplo el campesino o indígena, se desacredita también las prácticas sociales y los grupos sociales que crean y utilizan ese tipo de conocimiento. Por esta razón, parto de la idea de que no hay justicia social global, sin justicia cognitiva global, vale decir, debe haber más justicia entre los distintos conocimientos (p. 102).

Así las cosas, tengo que advertir, además, que la tonalidad en que se escribirá más abajo puede resultar una indigestión para el lente académico; aun así, no veo otra forma de que me salgan las palabras. Me permitiré entonces, ejercitar el amuyt'aña del aymara, teorizaré desde las entrañas:

...un modo de pesar que no reside en la cabeza, sino en el chuyma, que se suele traducir como “corazón”, aunque no es tampoco eso, sino las entrañas superiores, que incluyen al corazón, pero también a los pulmones y al hígado, es decir a las funciones de absorción y purificación que nuestro cuerpo ejerce en intercambio con el cosmos. (...) la respiración y el latido constituyen el ritmo de esta forma del pensar. (...) el pensar de la caminata, el pensar del ritual, el pensar de la canción y el baile (...) que tiene que ver

con la memoria (...) con las memorias múltiples que habitan las subjetividades (post) coloniales... (Rivera Cusicanqui, 2018, p. 121).

Aclarado esto, me lanzo entonces a discurrir sobre algunos tramos más en este abigarrado y complejo ejercicio de escritura indisciplinada...

Sobre la mudanza que implicó esta investigación

*Cuando yo pegue la vuelta,
no sé ni cómo ni cuándo,
tierra madre he de contarte
lo mucho que te he añorado.*

Los Manseros Santiagueños
Chacarera para mi vuelta (1981)

*Volver a la tierra, estar-ausente para renovar una y otra vez el reencuentro, es el sentido-de-tierra (...)
Añoranza es resistencia que vuelve-a-la-tierra a vivir-morir.*

José Luis Grosso
No se sabe con qué pié se desmarcará otra vez... (2012a, p. 191)

*Ajeno al tiempo
sé que quisieras seguir,
pero mil voces te ahogan
para que formes la cola del seguro porvenir (...)*

Hermética
Tú eres su seguridad (1989)

I

Para continuar me gustaría detenerme en algunas cuestiones para que se comprenda mejor el sentido del desplazamiento que implicó esta investigación indisciplinada. Como se dijo, los registros que se acaban de leer son además fruto de un desplazamiento, ¿pero de qué tipo? De aquel que José Luis Grosso llamaría “*alteración epistémica (...)* *mudanza epistémica*” (2016a, p. 12); un desplazamiento de la investigación “*desde la objetualización a la situacionalidad*” (2011a, p. 9), lo cual me permitió ir rompiendo el cerco del hegemónico y cómodo lugar colonial-disciplinar del lenguaje de Occidente al que estaba siendo sujetado en la academia. Así, al encaminarme en una investigación indisciplinada, fueron las relaciones sociales las que fueron posibilitaron relaciones de conocimiento (Haber, 2011a, p. 23). Fueron los pies, el caminar, el compartir, el entregarme, el conversar, el reconocermme inmerso en relaciones interculturales lo que me

habilitó aprender, conocer, pensar y sentir extramuros del mundo académico (Grosso, 2016b, p. 20). Por supuesto, abandonar Occidente implicó abandonar la concepción occidental de la alteridad; y por ello, una vez desarmado el cerco, las teorías de la relacionalidad no-occidentales irrumpieron poderosamente y, aunque desordenadas y mutiladas por los embates de cinco siglos de colonialismo y colonialidad (Quijano, 2016, p. 219), llegaron para zamarrearne, para arrancarme de ese típico goce del “saberse sabido” en el que nos entrapa el conocimiento científico (Haber, 2011a, p. 13), empujándome a respirar otros vientos, a beber de otras vertientes, a volver a Andalgalá para continuar siendo lo que había sido-sentido antes del empaque académico disciplinar.

Claro, como no todos los desplazamientos son iguales, pues responden a vidas diferentes, tengo que decir que, en mi caso personal, una pretensión descolonizadora siempre inquietó mis pies y pensamientos. Pretensión que hoy resuelvo, viene desde lejos, muy lejos, que hunde sus raíces indómitas en otros tiempos, pero que son estos también. Por supuesto, se me podría acusar de esa pretensión, pero no puedo negarlo. A estas alturas, no puedo negar que mis actitudes “calchaquíes” obedecen a un sentir indiano y a un aprendizaje vivencial; a uno le tocó venir al mundo abrazado al cerro, “hediendo a cerveza, humo, yuyo y concreto”, soportando el llano de la estratificación social. Por ello diría además que en mi vida no hubo solo un desplazamiento, una única mudanza; los nudos rizomáticos de mi existencia son diversos, aunque para no detenerme en cada uno de ellos, pues me faltarían los dedos de la mano, y tal vez amerite otro escrito (aunque no sé quién tendría interés de leerlo),⁷⁷ voy a detenerme en dos. El primero refiere a mi salida de Andalgalá, cuando tuve que armar el bolso para venirme a estudiar en la universidad, dejar a mi amada “Perla” para venir a “hacerme” en la ciudad; el segundo es el resultado de profundas reflexiones vivenciales, las cuales fueron emergiendo conforme cursaba la Especialización en Estudios Culturales y transitaba esta investigación indisciplinada.

II

Aún recuerdo cuando tomé el Colectivo “Lazo” para venir a estudiar en San Fernando del Valle de Catamarca, y aunque lloré como un niño en la butaca pues sentía que me desprendía del mundo, entendía que estaba por jugar mi última ficha, ya tenía 21

⁷⁷ Solo diré que, literalmente, desde que nací he vivido en más de una decena de casas. Abrazado a mi madre soltera, en la niñez y la adolescencia me tocó recorrer todo Andalgalá detrás de alquileres baratos. Hoy tengo 35 años, y todavía corro detrás de ellos en la ciudad. Tal vez, a estas alturas ya se trate de nomadismo...

años y no le podía fallar a mi madre. Así las cosas, cuando por fin me puede acomodar junto a mi hermana, quien hacía tres años intentaba hacer pie en la carrera de abogacía de la Facultad de Derecho de la UNCa., me inscribí en el Profesorado en Historia en la Facultad de Humanidades.⁷⁸

El cursado del profesorado no fue tan complicado, recuerdo que los primeros años me resultaron relativamente fáciles, pues sentarme a leer, bajo techo, a la sombra, en nada se comparaba a cierta aseveración paterna ya experimentada: “¡los hombres se hacen al sol!”⁷⁹ De ese modo los años fueron pasando, y si bien no dejaba de manifestarme descontento con muchas de las situaciones que tuve que atravesar en aquella “casa de altos estudios”, poco a poco me fui dejando guiar hacia un mundo que se manifestaba, aunque aún a lo lejos, brillante: el mundo académico. Por supuesto, como si se tratara de un imán extraordinario, ese mundo al que me fui acercando, poco a poco me fue “lavando la cara”, corrigiéndome, disciplinándome, formateándome; todo en un gran abrazo cálido que apenas si era consciente del proceso. Tal vez por el hecho de venir de abajo, las consignas, *salir adelante*, y *ser alguien*, como mil veces las había escuchado de mi madre, querían significar el *leitmotiv* de una mudanza apresurada.

Pero, pasado el tiempo, me detengo y pienso, ¿acaso el salir adelante y ser alguien debe necesariamente significar el olvido? Es increíble cómo uno puede cambiar en un flash sus harapos por “telas finas”, su “habla desprolija” por un “habla correcta”. Me atrevería a decir que las frases, “salir adelante” y “ser alguien”, si no las tomamos con las reservas necesarias, terminan por configurar un torbellino que nos arranca de los nuestros y lo nuestro, convirtiéndonos en re-creadores del mundo colonial.⁸⁰ Podríamos preguntarnos ¿Quiénes están adelante...? ¿Quiénes son alguien...? No dejo de pensar en Walter Benjamin (2009) cuando afirma: “quienes dominan en cada caso son los herederos

⁷⁸ ¿Por qué estudié historia? Lo definí así: estando en Departamento Alumnos, y a punto de inscribirme en la carrera de Filosofía, me pensé en un bar, una confitería; me imaginé discutiendo en un algún boliche, y consideré que estudiar historia sería lo mejor. ¿Por qué en un bar, una confitería? Porque eran los lugares que transitaba a diario hasta ese entonces. ¿Con quién discutía? Con los insensibles de siempre; los explotadores de mi viejo, los grandes propietarios de mi pueblo, con aquellos que aún discriminan a los que venimos de abajo, quienes creen que pueden sujetarnos según sus antojos.

⁷⁹ No me críe con mi padre. En realidad, lo que sucedió fue que, al quedar libre en el secundario por faltas reiteradas, comencé a trabajar con él. Nunca olvidaré los días que pasamos juntos cosechando aceitunas en los pueblos, “golondriniando” como decía él.

⁸⁰ Alejandro Haber lo expresa con claridad: “La colonialidad es el proceso por el cual la subjetividad colonial, en lugar de constituirse a uno o a otro lado de la diferencia colonial entre colonizadores y colonizados, se constituye simultáneamente en ambos lados. El colorario de este proceso es que el colonialismo no necesita que los colonizadores renueven las experiencias de conquista, puesto que los colonizados, que como efecto de la colonialidad también se ven ellos mismos como colonizadores y ven el mundo desde esa perspectiva, hacen ellos mismos el trabajo de recrear el mundo colonial.” (2017, p. 14).

de todos aquellos que vencieron alguna vez”. (p. 21). Salir adelante, entonces, ¿para dejar atrás a quienes? Ser alguien, entonces, ¿para salir del no ser de mis pares? Si salir adelante significa lograr ser parte del banquete de los herederos de todos aquellos que vencieron alguna vez para mirarlos a los ojos y decirles, ¡oigan, disculpen, ahora soy alguien, reclamo mi lugar, ustedes tenían toda la razón!; si ser alguien significa “marchar en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo” (Walter Benjamin, 2009, p. 21), prefiero mil veces volver para fortalecerme entre mis pares, compartiendo, conversando, caminando, atizando un pensamiento aferrado al sentir “calchaquí”, no dejando de ser “Chule”,⁸¹ aquel chango criado entre El Potrero, La Villa, Huachaschi y Chaquiago, que de repente se tuvo que ir a estudiar a la ciudad, consiguió laburo ahí y se tuvo que quedar, pero que aún derrama lágrimas por las noches cuando recuerda las paredes sucias de su casa del barrio “Rosa del Inca”, cuando cierra los ojos y puede ver las lomas, al nevado, el sol radiante, la llovizna penetrante, dulce sabor del vino. Segundo desplazamiento...

III

Bueno, por nuestra universidad pasan cientos de estudiantes que provienen del interior todos los años. Venimos de nuestros pueblos en búsqueda de nuevas oportunidades, ingresamos a alguna facultad con todos los temores que implica semejante mudanza, y comenzamos a hacer pie en alguna carrera. Por supuesto, algunos terminan y otros no, pues acondicionarse a las exigencias de un nuevo estilo de vida y de sentir no es tan sencillo. Recuerdo que hacia el final de mi trayecto formativo de grado estaba exhausto, con muchas dudas, habían pasado cinco años con la cabeza metida entre libros y apuntes, y mi cuerpo había comenzado a sentir la alienación. Comenzaban a resonar en mi cabeza palabras como las de Fausto Reinaga: “La Universidad es una fábrica de profesionales que desembocan en los organismos de sustentación del sistema social "opresor y represivo", creado por el Occidente (...) La Universidad (del Estado, Autónoma o la Privada Católica) es la máquina de domesticación” (2010, p. 22). ¿Estaba siendo yo domesticado? ¿Qué tipo de domesticación? ¿Qué hacer entonces? Claro, estas hirientes palabras de don Fausto no solo pretendían ocasionar “ruidos en mi cabeza”, expresión tan de moda en la jerga científica-académica-humanística, sino que, además de interpelarme, intentaba animarme a un nuevo desplazamiento. Y sí, tengo que decir que,

⁸¹ Apodo personal con el que aún me conoce la mayoría en Andalgalá.

en mi caso personal, este nuevo desplazamiento se trató de una vuelta a Andalgalá, se trató de no dejar de ser lo que uno fue antes de llegar a la universidad; no renunciar al lugar del que uno viene. Abrazo a mis pares, al cerro, al campo, al vino, a nuestros diablos y dioses, y me propongo escapar del formateo colonial occidental a toda costa, cueste lo que cueste.⁸²

IV

Pero hay algo más en torno al “saberse sabido” del conocimiento científico, a espaldas del asunto de la domesticación que plantea Reinaga, y que me animaría a definir, para el campo de las ciencias sociales y humanas, como la fantasía de vestir la pulcra toga del buen hermeneuta. Poderosa estampa que anima la llama interna de muchos que, sin pensarlo demasiado, se van constituyendo en desencarnados investigadores de lo social, objetivistas, promotores de la cisura cognitiva sujeto-objeto. Así, estos sujetos devenidos en objetos por el mundo académico que los fabrica constituyen sus “objetos de investigación” como un saber sistemático y comunicable. En palabras de Carlos Fígari:

...la relación cognitiva sujeto-objeto es una ficción reguladora (...), al igual que la separación cuerpo/mente, heredera del cogito cartesiano. Sostener esta división es descorporizar el sujeto y reificar dos naturalezas diferentes (del objeto y de la ciencia). (...) Así, cuando negamos nuestra subjetividad para desencarnándonos asumir la posición objetiva (la posición del sujeto científico en tanto universal) nos convertimos en objeto del conocimiento “que nada ve”. En una segunda operación el sujeto devenido en objeto construye, a su vez, lo que denominará su “objeto de investigación”, como un saber sistemático y comunicable (2011, p. 3).

¿Pero es realmente trascendental esta situación? ¿Por qué detenernos en este punto? Bueno, estamos en la universidad, ese es un hecho, yo mismo me encuentro finalizando

⁸² Últimamente me estuve preguntando ¿Qué es San Fernando del Valle de Catamarca, sino ese lugar del eterno deseo incompleto de occidente? Enorme valle de contrastes, donde se dirimen el asfalto, los baches y la arena, el ruido mercantil y la siesta, los vestidos a la moda y los mendigantes, etc. Las vitrinas de la peatonal Rivadavia repletas de productos de quien sabe de dónde, con todas las marcas, y ahí la gente comprando, muchos paseando, algunos pidiendo. Y uno ahí también, envuelto en el bullicio, a los saltos, tratando de llegar a tiempo, mirando las ofertas, arrojado hacia un futuro que nos promete algún día salir adelante, ¿salir adelante para dejar atrás a quienes? Pareciera ser que se trata de ser más occidente... Llevo viviendo en esta ciudad más diez años, tuve que quedarme por “razones laborales”. Pero a pesar de ello, no he dejado de mirarla con ojos fronterizos, aunque no dejo de sentir que sus ojos me intentan marcar la carencia de aquello que constituye la normalidad desde la cual la ciudad se enuncia.

un nuevo trayecto formativo, esta vez de posgrado, pero justamente por ello es por lo que considero que estas son discusiones de las que no quisiera huir. Muchos, al venir de nuestras comunidades, pueblos y ciudades del interior, somos seducidos por las comodidades que supone una nueva posición, la de saberse sabido del conocimiento “posta”, el científico racional, y mutamos en afilados intérpretes del mundo, lo cual por lo general termina por significar distancia, negación y olvido para con quienes hasta no hace mucho compartía charlas, andanzas, conocimientos y creencias. ¿Acaso quienes nos venimos desde el interior a estudiar en la universidad y comenzamos a hacer carrera no hemos sentido esto alguna vez? Vaya distancia de uno mismo que nos propone la episteme moderno-colonial que aún habita en nuestras universidades, mirar con ojos de vidrio a nuestros pares; mutando hacia lo moderno, corrigiendo, mutilando para folclorizar y esencializar a nuestros padres, a nuestros hermanos, a nuestros muertos, a nuestros dioses y demonios.

V

Entonces, me detengo y pienso, ¿es posible descolonizar el conocimiento?, ¿por dónde continuar con aquella indómita necesidad de descolonizar mi pensamiento? Por supuesto, no tengo una respuesta definitiva a tal interrogante, pero fue esa búsqueda la que me trajo también a cursar esta Especialización en Estudios Sociales y Culturales, y la fortuna quiso que me encontrara con otros tantos que también venían transitando por ese laberíntico camino. Uno de ellos fue José Luis Grosso, quien desde su propia experiencia nos propone (2016b):

Descolonizar el conocimiento, descolonizar el pensamiento no puede ser sino encontrarnos y abrirnos a otros que piensan sienten, viven y mueren de otras maneras. (...) ¿Cómo puede haber descolonización desde el Sí-Mismo? La descolonización requiere volvernos otros, hacernos otros. No sé si las universidades nos ayudarán a esto, no sé si las universidades son sensibles a estas cuestiones, no sé si las universidades terminarían echándonos, proscribiendo, erradicándonos, precisamente porque seremos parte de aquella ruralidad que ya se separó, que ya se erradicó y que ya se desapareció antes del orden epistemológico de sus aulas, paraninfos y claustros, y esto desde su misma fundación.

Pero (...) no podemos dejar de hacernos sensibles a esta experiencia, que es experiencia fuertemente descolonizadora en la medida que, no que los incluimos a los otros en lo mismo sino que nosotros nos volvemos otros, y todos haciéndonos otros podemos salir de este régimen capitalista que nos tiene clausurado, bloqueado, inhibido el pensamiento y la historia, que no nos deja pensar en las alternativas que están ahí a la mano, en la gestión cotidiana de gente que vive y muere de otro modo. (p. 27)

Volverse otros sin dejar de ser ya otros, volver a ser nosotros sin dejar de ser ya otros; volvernos para dejarnos abrazar-retar por nuestros pares, por el cerro, por el campo, por nuestros dioses y diablos. Mudanza epistémica en la que nos cruzaremos. Hace ya un tiempo que he abrazado la opción de dejarme envolver por el humo que emana de mi tierra para no dejar de ser parte de esa ruralidad que el ser urbano insiste en extirpar, que se intentó extirpar de las aulas, pero que no deja de estar, porque ahí estamos aún. Y sí, contra todos los pronósticos genealógicos, aún transito las aulas de la universidad, las circunstancias de aquella última ficha jugada me llevaron a convertirme en docente, y también es desde esa experiencia que uno reflexiona.

VI

Hay una exteriorización convidada por Alejandro Haber (2011a), a quien también conocí durante el cursado de esta especialización, que me parece fundamental en la cuestión del “saberse sabido” que planteaba más arriba:

El reconocimiento [nos dice Alejandro] nos descubre en el lugar insoportable de la violencia epistémica. Y en el reconocimiento denunciarnos la insoportabilidad de ese lugar. El reconocimiento es ante todo una actitud de apertura a dejarse habitar por la conversación, una táctica auténtica. (p. 18)

Por supuesto, dejarse habitar por la conversación resultó en esta investigación una decisión existencial. En el sur de Andalgalá, en Huaco, el Campo y La Isla, como lo comenté ya, aquellas conversaciones me fueron guiando hacia otra manera de pensar el mundo y la vida, maneras que, si bien formaban parte de mi ser andalgalense, habían estado siendo amasijadas y domesticadas por una única manera racional de entender que

había ido machucando y clausurando aquella comunidad de seres que desde siempre me habían acompañado.

Claro, algunas reflexiones que estuvieron presente a lo largo de este recorrido investigativo parten del potente texto de Alejandro Haber, *Nometodología Payanesa: notas de metodología indisciplinada*. Aún recuerdo la primera vez que leí las reflexiones vertidas por Alejandro en aquel manifiesto. Sí, su propuesta es poderosa; toda una invitación a desplazarnos hacia un marco nometodológico, a mudar la investigación desde la objetualización hacia la situacionalidad, atrevernos a lidiar con “*las determinaciones de disciplinamiento, (...) causa de la reproducción de la episteme moderno-colonial*” (Haber, 2011a, p. 17) que pretende fijar nuestros domicilios en lo hegemónico, dejándonos convencer por una “*ciencia social que, ya disciplinada por la modernidad colonial, se ha tornado, en los contextos posmodernos poscoloniales, en tecnología de intervención eficaz en la expansión de la frontera colonial*”. (Haber, 2011a, p. 14) Pues bien, aquella exteriorización fue toda una invitación a caminar:

...una investigación indisciplinada que, focalizándose en los intentos de objetivación, los deconstruya, los desarticule, los conjure. (...) una investigación sin objeto (...) una investigación sin sujeto, es decir, una investigación sin sujeto investigador, sin que la investigación esté protagonizada por un sujeto que por sí mismo se la atribuya (Haber, 2011a, p. 17).

Quien diría que aquella propuesta de visitar una familia rural campesina terminaría significando mis primeros pasos investigativos indisciplinados, lo cual me conduciría hacia toda una mudanza epistémica⁸³ que aún transito. Claro, aquella idea original de registrar cada una de las actividades que se relacionasen con la naturaleza, y cada una de las actividades que no se relacionasen con la naturaleza de cada miembro de la familia se fue esfumando en el preciso momento en que tomé la opción de vivenciar la investigación, y correrme del lugar del prolijo observador. Hoy entiendo que esa era en

⁸³ Como lo plantea Alejandro Haber: “Tomarse en serio la diferencia es solo posible cuando el domicilio ha sido desplazado desde el lugar hegemónico de la disciplina hacia la diferencia, es decir, la diferencia desde espacios tiempos otros. (...) Acercarse al conocimiento no occidental, a las teorías de la relacionalidad que lo sostiene suele implicar relacionarse prácticamente. Relacionarse en la práctica con epistememas otras implican ya relacionarse de acuerdo a esas teorías en la práctica. Por ello es que vincularse con otras teorías de la relacionalidad es algo que no se puede hacer sólo en términos de conocimiento. Debido a que nos relacionamos como seres es que las conocemos, pero no nos relacionamos como seres sino de acuerdo a esas mismas teorías de la relacionalidad” (2011a, p. 28).

definitiva la propuesta de Alejandro. Justamente, el entenderme rápidamente entre pares allá en el campo fue lo que me permitió el aprendizaje, lo que implicó, necesariamente, desaprender; y el reconocermme en las “relaciones antagónicas de hegemonía y subalternidad” (Haber, 2011a, p. 15), fue lo que me empujó a desplazarme y terminar reencontrándome en el orgullo de pertenecer a esos sectores marginalizados e inferiorizados, sobre los cuales desde siempre quise escribir, historizar.

¿Esto que se acaba de exteriorizar que significa? No voy a ocultarme de esto tampoco, la aspiración a escribir una historia otra, cercana a los míos, de los que fuimos y somos de abajo, me viene desde lejos y aún está aquí conmigo. Claro, esta pretensión no se trata de una postura ingenua que quiere aportar una experiencia diferencial al campo del conocimiento sesgado, hoy diría que se trata más bien de andar hacia una “composición, a partir de habitar la situación; en inmanencia” (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002, p. 19). No se trata del mero estar adentro, lo cual implica necesariamente un afuera, sino que:

...refiere una modalidad de habitar la situación y trabajar a partir de la composición -el amor o la amistad- para dar lugar a nuevos posibles materiales de dicha situación. La inmanencia es, pues, una copertenencia constituyente que atraviesa transversal o diagonalmente las representaciones del “adentro” y el “afuera”. Allí donde la interioridad reclama un estar que se agota en la pertenencia y la adhesión, la inmanencia implica habitar la experiencia, abriéndola a las nuevas potencias que anidan en la composición. (MTD de Solano y Colectivo Situaciones, 2002, p. 19)

Y sí, desde el primer momento que pude “abrazar la libertad” en el arenal con la changada, me di cuenta de que estaba ante lo inconmensurable. De huida en huida de San Fernando del Valle de Catamarca, las relaciones a las que me fui incorporando hacia el sur de Andalgalá, y las que fui tejiendo junto a la gente del lugar, me fueron reconstituyendo. Aquellas maneras otras de sentir el espacio y el tiempo, aquellas historias-memorias imbricadas en comunidad local de seres que me fueron compartiendo en cada conversación importaron mucho más que cualquier pretensión científica objetiva. Pues, en definitiva, y como también lo leí de Alejandro Haber (2020), en estos contextos:

El conocimiento no es algo que se obtenga a través de una serie de procedimientos de observación, análisis e interpretación, es decir, de unos métodos sensoriales y racionales replicables, digamos: diseño. Sino que haber sido “criado aquí” es lo que lleva al conocimiento. Ser criado aquí se entiende como un conjunto de relaciones con la familia, los vecinos y el lugar, relaciones en las que se deviene habitante, criollo, en fin, acontecimiento no replicable, en otras palabras, designio. Esas relaciones con la comunidad local de seres son el conocimiento de esos seres y de las relaciones entre ellos. La intimidad cultural es el conocimiento... (p. 515).

Pues bien, en esta intimidad cultural, el sostén del recuerdo es colectivo, y solo en relación, compartiendo, me fue posible desaprender para aprender.

Aprender de la memoria local como historia en si misma

*Yo soy ese carbonero
yo soy ese hombre, señor
que va quemando la leña
junto con su corazón (...)*

*Carbonero
peón del algarrobal
la noche se me hace día
cuando llega el carnaval...*

Los Fronterizos
Zamba del Carbonero (1972)

Se hace ciencia para unificar, pero no por eso la realidad será única.

Rodolfo Kusch
La negación en el pensamiento popular (2008, p. 22)

El pasado no está allí como si uno estuviera aquí, simplemente escribiendo lo que sucedió a otros, como si ello no tuviera nada que ver con nuestra condición de escribir.

Alejandro Haber
Al otro lado del vestigio... (2017, p. 14)

I

Para hilar sobre estas cuestiones quisiera volver sobre algunos aspectos de mi formación de grado en la universidad. Lo considero fundamental, además, para retomar algunas reflexiones referidas al pensamiento colonial. Como intentaba explicar más arriba, durante mi formación de grado en la universidad fui vivenciando un

desplazamiento, yo diría de afuera hacia adentro; del mundo en cuanto mundo al mundo académico. Quiero decir, aquella formación universitaria me explicó que la única verdad era la realidad, y que esta realidad debía ser objetiva, absolutamente racional. Y aunque la multi-perspectividad era un aliciente en el campo de la disciplina histórica, siempre las miradas partían de una única plataforma racional, “*forma de conocimiento humano que eleva pretensiones de objetividad y científicidad partiendo del presupuesto de que el observador no forma parte de lo observado*” (Castro-Gómez, p. 2005, 63).

Justamente, Santiago Castro-Gómez, filósofo colombiano, integrante del grupo Modernidad/Colonialidad,⁸⁴ denomina a esta pretensión de pretensiones “la hybris del punto cero”:

La ciencia moderna [nos dice Castro-Gómez] pretende ubicarse en el punto cero de observación para ser como Dios, pero no logra observar como Dios (...) La hybris es el gran pecado de occidente: pretender hacerse un punto de vista sobre todos los demás puntos de vista, pero sin que de ese punto de vista puede tenerse un punto de vista (...) De acuerdo con este modelo, el hipotético observador del mundo tiene que desligarse sistemáticamente de los diferentes lugares empíricos de observación (...) para ubicarse en una plataforma inobservable que le permita obtener la certeza del conocimiento. Pero esta plataforma no es solo metaempírica sino también metacultural. No son solo los olores, los sabores y los colores lo que obstaculiza el logro de certezas, sino también la pertenencia a cualquier tipo de tradiciones culturales. Observados desde el punto cero, aquellos conocimientos que vienen ligados a saberes ancestrales o a tradiciones culturales lejanas o exóticas son vistas como *doxa*, es decir como obstáculos epistémicos que debe ser superado. Solamente son legítimos aquellos conocimientos que cumplen con las características metodológicas y epistémicas definidas a partir del punto cero. El resto de conocimientos desplegados históricamente por la humanidad durante milenios son vistos

⁸⁴ Uno de los más importantes colectivos de pensamiento crítico activos en América Latina. Se trata de una red interdisciplinaria y multigeneracional de intelectuales entre los cuales se contaban Aníbal Quijano, Edgardo Lander, Ramón Grosfoguel, Walter Dignolo, Zulma Palermo, Catherine Walsh, Arturo Escobar, Javier Sanjinés, Enrique Dussel, Santiago Castro-Gómez, María Lugones etc. Sus trabajos se caracterizan por la postulación de una perspectiva decolonial, la cual sitúa la discusión sobre las relaciones de poder que se instalan en 1492, con la conquista de lo que ahora conocemos como América. Con algunas de estas propuestas me fui encontrando conforme cursaba el seminario “Enfoques y Perspectivas del Análisis Cultural”, correspondiente a la “Especialización en Estudios Sociales y Culturales” de la UNCa.

como anecdóticos, superficiales, folclóricos, mitológicos, “precientíficos” y, en cualquier caso, como pertenecientes al pasado de occidente (2017, p. 91).

Más aún, agudiza su crítica Santiago Castro-Gómez más abajo:

El punto cero sería entonces la dimensión epistémica del colonialismo (...) Sin el concurso de la ciencia moderna no hubiera sido posible la expansión colonial europea, porque ella no solo contribuyó a inaugurar la “época de la imagen del mundo” (...) sino también a generar una determinada representación sobre los pobladores de las colonias como parte de esa imagen. Tales poblaciones empiezan a ser vistas como *Gestell*, es decir como “naturaleza” que es posible manipular, moldear, disciplinar y “civilizar” según criterios técnicos de eficiencia y rentabilidad (2017, p. 92).

En la misma sintonía, nos advierte Alejandro Haber con respecto a la metodología del conocimiento hegemónico:

El conocimiento hegemónico moderno colonial, operacionalizado por la metodología de la investigación, procede como bisturí en las relaciones en las que moran los conocimientos locales, extrae de allí sus recursos o datos y los inserta en regímenes de cuidado completamente distintos: los de la ciencia moderna. Pero asimismo extrae también las subjetividades humanas de los investigadores, desacopla sus cuerpos en relación y los inserta en los procedimientos protocolizados por la metodología de la investigación. El enorme caudal de violencia que se ejerce sobre los cuerpos investigadores es buena parte del origen de la violencia que la investigación (esos mismos cuerpos investigadores) ejerce sobre sus propios mundos.

Las condiciones epistémicas del conocimiento hegemónico no se reducen a su contenido; qué es aquello que consideramos conocimiento, qué forma tiene, qué lugares ocupa en el mundo, en fin, es el metaconocimiento aquello que dispone las luchas de sentido por el conocimiento y con el territorio. Entendido como un conjunto de enunciados lingüísticos acerca de la realidad, se trata de una aprehensión

intelectual de la realidad que, por definición, está por fuera del conocimiento. El conocimiento es asimilado a un bien, acumulable e intercambiable, y entonces es pasible de mercancía. El conocimiento está distribuido topológicamente: hay lugares de conocimiento y lugares que son conocidos, sujetos que conocen un mundo que es conocido. Las relaciones de conocimiento son unidireccionales, intelectuales, mediadas por escritura alfabética, encarnadas por un sujeto que se piensa sin sujeción, es decir, universal. La disposición intelectual al conocimiento es previa a la relación, que se entiende como relación metodológicamente modulada a fin de que el conocimiento sea replicable y contrastable y, así, pretendidamente universal (2020, p. 533).

Pues bien, como se habrá notado, el trabajo que se realizó durante todos estos años en Huaco, el Campo y La Isla se despreocupó por aquellas “características metodológicas y epistémicas hegemónicas” que darían “legitimidad científica” a lo logrado; importaron más “los olores, los sabores, los colores”, los ritmos, el baile, el vino, la comida, los amigos, los amores. Aquellos “obstáculos epistémicos” de los que debería haber continuado huyendo según la lógica epistémica del colonialismo, me zamarrearon al punto tal de comprender la importancia de haber sido criado ahí, en Andalgalá, y de estar aprendiendo en conversación, otras epistemologías, otras ontologías.

Por supuesto, la escritura fue para mí un ejercicio revelador también, el hecho de venir de abajo, no solo de Andalgalá, sino de lo subalterno de Andalgalá, implicó que tal ejercicio fuera toda una dificultad.⁸⁵ Sí, aún me encuentro dando mis primeros pasos en tan compleja artesanía. De todos modos, pienso, lo exteriorizado hasta aquí es apenas un mínimo de lo vivenciado y lo sentido, pues siempre quedarán cosas por fuera de la escritura alfabética, que, no por ello, son menos importantes.

II

El tiempo... Claro, en la lógica absolutista del conocimiento científico, el tiempo histórico es concebido como una flecha arrojada hacia delante, donde toda la humanidad, más allá de sus “particularismos exóticos”, está involucrada. Releyendo algunos textos,

⁸⁵ Sobre esto podría detenerme un rato largo, solo diré que a lo largo de mi vida fue un deseo (sentido íntimo), necesidad (decir, denunciar) y angustia (limitaciones). Creo que los que venimos de abajo, quienes vivimos nuestra niñez y adolescencia con intensidad esos contextos, el dominio de la “escritura correcta” no es algo tan sencillo.

me vuelvo a encontrar con otro de los importantes aportes que nos convida Alejandro Haber, quien nos dice:

Uno de los aspectos fundamentales del pensamiento colonial es acerca del tiempo y la historia: el tiempo moderno colonial es una flecha dirigida hacia el futuro, donde la dirección de la flecha orienta a todo el mundo hacia los modelos representados por los colonizadores. El efecto es que la comprensión subjetiva del tiempo, siendo un aspecto de la constitución subjetiva, sea vista como si fuese la forma objetiva del tiempo (2017, p. 14).

Recuerdo haber pasado años memorizando los cambios progresivos de una “universalidad” que entendía el devenir histórico de la humanidad en periodos tales como prehistoria, historia antigua, edad media, edad moderna, edad contemporánea; linealidad que atravesaba todo el plan de estudio de la carrera y que llevaba el nombre de “Historia Universal”. La historia nacional, regional y local se acomodaba a esta linealidad, donde el reflejo de aquella era la evolución institucional de estas.

Sí, es increíble cómo, en ese esfuerzo de memorizar fechas de acontecimientos importantes, causas y consecuencias, como así también los nombres de hombres trascendentales que marcaron el ritmo de nuestra “historia ya occidental”, de aquellos que “hicieron la patria”, uno lentamente va renunciando a ciertas sensibilidades que forman parte de criarse en las fronteras de aquel “sistema-mundo moderno/colonial” (Mignolo, 2018, p. 7), donde justamente los modos de entender el pasado no dejan de rebasar los marcos disciplinarios de la ciencia histórica. Espacio fronterizo de pensamiento, “donde se genera el bilenguaje y las epistemologías fronterizas” (Mignolo, 2018, p. 22), donde aún sentimos al mundo como un todo orgánico, morada donde conviven y cohabitan distintos seres, vivos y muertos; donde el tiempo no se reduce a un vector trazado en una pizarra, donde el tiempo no deja de ser pacha.

III

Pensando en lo anterior, se me viene a la mente inmediatamente una de las grandes lecciones del historiador indio Ranahit Guha (2002), quien reflexionando en torno a los acontecimientos y hechos históricos y se pregunta:

¿Quién los elige para integrarlos en la historia? Porque está claro que se hace una cierta discriminación -un cierto uso de valores no especificados y de ciertos implícitos- para decidir por qué un acontecimiento o un acto determinado debe considerarse histórico y otros no. Si se insiste lo suficiente en esta pregunta resulta obvio que en la mayoría de los casos la autoridad que hace la designación no es otra que una ideología para la cual la vida del estado es central para la historia. Es esta ideología, la que llamaré “estatismo”, la que autoriza que los valores dominados del estado determinen el criterio de lo que es histórico (p. 17).

Y profundiza más adelante con respecto a la falta de adecuación del estatismo para una historiografía propiamente india:

Nos habla con la voz de mando del estado que, con la pretensión de escoger para nosotros lo que debe ser histórico, no nos deja elegir nuestra propia relación con el pasado (...) Escoger significa, en este contexto, investigar y relacionarnos con el pasado escuchando la miríada de voces de la sociedad civil y conversando con ellas. Estas voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas. Por esta razón no las oímos. Y es por esta razón que debemos realizar un esfuerzo adicional, desarrollar las habilidades necesarias y, sobre todo, cultivar la disposición para oír estas voces e interactuar con ellas (p. 20).

Pues entonces ¿Qué historias otras moran en el Campo y La Isla? Escuchando aprendí que las historias que se cuentan de La Isla y el campo entre pares refieren a vidas marcadas por largas jornadas de trabajo bajo el sol, de manos calladas de tanto hachar el algarrobal, percutidas de tanto trajinar el carbón; historias de crianzas humildes que reivindicán una vida campera marcada por evaluaciones morales extra-capitalistas, memoria que es añoranza hecha carne, una conversación constante con diversos seres, vivos y muertos. Estas historias marcan al territorio, como lo hacen las huellas de sus caminos. Hacia el sur de Andalgala, la relación con el campo todo y La Isla es de pertenencia, y por ello los recuerdos son siempre emotivos. Estos recuerdos se comparten entre risas y llantos, comiendo y bebiendo, trabajando y criando, narrando y chusmeando, aunando al presente tanto el pasado como el futuro.

Por supuesto, el campo es una extensa constelación de lugares que apenas comencé a caminar. Sus laberínticos caminos trazan una infinidad de misteriosos destinos. Partir

de la casa de don Julio y doña Graciela, compartiendo con amigos, me permitió iniciar su recorrido. Aprender de la memoria local como historia en si misma me permitió introducirme en su compleja ontología. Estando en el sur más que en el ser historiador...

Recorrer La Isla además significó para mí sentir y pensar algunas de las marcas de la tala, dolores secos de la deforestación. Sobre esto volveré más adelante, por ahora solo insistiré con que, en el campo y La Isla, ese pasado no deja de pasar.

Escombros, vestigios y sentires en La Isla

Hay un cuadro de Klee que se titula Angelus Novus. Se ve en él un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruinas sobre ruinas, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede desplegarlas, este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, el cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin
Tesis sobre la historia [1942] (2009, p. 23)

...los escombros del progreso son inseparables de los escombros de la violencia generada en su nombre.

Gastón Gordillo
Los escombros del progreso, (2018, p. 269)

Indisciplinar el vestigio conlleva retomarle su ponencia antimoderna y decolonial (...) abordar la simultaneidad como apertura al conocimiento, traspasar los umbrales divisorios de la ciencia colonial...

Alejandro F. Haber
Al otro lado del vestigio, (2017, p. 23)

I

Sí, en La Isla yacen los escombros de un enorme aserradero. Estos escombros son los pedazos de lo que alguna vez fue la fuente laboral de decenas de personas, pero también la boca hambrienta que devoró el algarrobal. Este aserradero fue abandonado hace mucho tiempo atrás por los seres humanos, pero aún sigue cargado de recuerdos, historias y espectros. Estos recuerdos, historias y espectros descansan tanto sobre aquellos escombros como en la memoria de quienes vivieron a su alrededor. Para quienes vivieron en La Isla y trabajaron en el aserradero, la relación con sus restos es también a nivel corporal, sensorial, tangible y terrenal (Gordillo, 2018, p. 18).

Haber caminado junto a Visera y Julito me permitió, además, comprender que en La Isla el pasado no deja de pasar. ¿Qué significa esto? Que sus vestigios aún enuncian, pero que en boca de quienes vivieron ahí, tales enunciaciones configuran conversaciones que se reactualizan en cada visita. No piensan a La Isla como ruinas separadas del presente, sino como escombros aquí y ahora.

Al respecto, quisiera detenerme en algunas de las reflexiones que Haber nos brinda sobre los vestigios en su obra “Al otro lado del vestigio: política del conocimiento y arqueología indisciplinada.” Nos dice Alejandro:

El vestigio es (...) mucho más que aquello que resta del pasado. (...) el vestigio agencia el conocimiento mucho más allá de su utilidad como medio para conocer el pasado. (...) Se trata de una experiencia de la simultaneidad de pasado y presente, materia y espíritu, cosidad y agentividad, vida y muerte; y sin duda se trata de una experiencia suficientemente potente. Es en la modernidad colonial que esa experiencia requiere ser controlada, en principio porque contradice los fundamentos mismos de la modernidad. Esta requiere como condición ontológica que el tiempo tenga una forma vectorial, que los modernos se orientan como flecha al futuro, y que el pasado sea un tiempo superado por la propia modernidad. Sin tradición no hay modernidad, y viceversa... (2017, p. 23).

Y profundiza más abajo:

Al otro lado del vestigio están todas las relaciones en las que la cosa localmente es, (...) Si la cosa no es mera cosa sino las relaciones en las que la cosa es, pues entonces el conocimiento también ha de ser comprendido, ya no como cosa a ser apropiado, enunciado, difundidos por unos en detrimento de otros, sino como relación de conversación. (p. 25)

¿Qué es lo que hay del otro lado de los vestigios de La Isla? Toda una red de relaciones existenciales que sostienen el vínculo entre el lugar y los pobladores locales. Alguna vez fue hogar, y aunque ya no se viva allí, regresar al menos de vez en cuando, alimenta añejas relaciones de crianza, y las reactualizan. Por supuesto, La Isla también fue la morada de la maquinaria que continuó con la deforestación de la región durante la segunda mitad del siglo XX, de esto se tiene plena conciencia, y siempre se está

reflexionando sobre ello. La tala indiscriminada del árbol de ayer es aún un dolor insoportable para todos los seres del campo.

II

Vuelvo al texto de Haber:

...el vestigio parece no ser aquella cosa que de un pasado permanece, en tanto cosa, en el presente, sino que, mucho más activamente, convoca, instiga, acecha, conmueve, conversa (...) el vestigio es la huella (...) el *vestigium* está conformado de presencias y ausencias, o mejor, de la relación necesaria entre ambas, de las ausencias del presente y las presencias de lo ausente. (2017, p. 38)

Los escombros de La Isla están ahí, y continúan enunciando. Aprender de la memoria local como historia en sí misma conlleva desaprender el códex colonial del tiempo y la historia. ¿Acaso es prudente pretender ubicar en el pasado relaciones que se reactualizan en cada visita? ¿Acaso es sensato negar la simultaneidad de pasado y presente, materia y espíritu, cosidad y agentividad, vida y muerte de los escombros de La Isla? Los escombros enuncian ausencias, pero están presentes, y es sobre estos restos que se sigue tejiendo la memoria local. Ya no se vive en La Isla, pero quienes fueron sus pobladores continúan tejiendo sus historias sobre sus escombros. Estos escombros también enuncian un presente, el resultado de la tala indiscriminada sin el acompañamiento de ninguna política de reforestación, los escombros enuncian, como me lo explicaba Torero, que al campo lo hicieron “bosta...”

La violencia deja una impronta, un negativo por el cual aquella persiste y se hace visible, incluso invisible. Esa importa, el negativo de la presencia acaba por resultar el negativo de la ausencia cuando la presencia fenece. Y es entonces que el negativo hace presente la presencia ausente. El vestigio es aquello que siendo negativo de la presencia es también presencia de la ausencia. Tiene un aspecto espectral y físico, al mismo tiempo. Es por ello que el vestigio es aquello cuyo movimiento debemos seguir para investigar la violencia, o sea, la energía aplicada para negar la presencia que, intencionalmente o no, da lugar al negativo, al vestigio. Pero si, moderna/mente, no acertamos a considerar el carácter copresente del

vestigio, y tan solo vemos en este el resto material de un pasado pretérito, nos hacemos eco de la violencia epistémica que secciona el mundo en reinos y órdenes, en dimensiones divisas y estancas, mediante las cuales asumimos que el tiempo es lineal, que entre pasado y presente existe una ruptura insalvable, metafísica, y que lo que resta del pasado -el vestigio- es mera materia, y que nuestra tarea de investigación consiste en ponerle palabras a la cosa como si la cosa fuese mera cosa sin palabra. (Haber, 2017, p. 39)

En La Isla se acabó la madera... Talados los algarrobos, el aserradero pasó del empacho a languidecer. Cuando las cuentas del propietario comenzaron a decaer, aquello que fue el hogar de decenas de personas lentamente se fue deshabitando. Pienso que La Isla es un lugar donde las historias de vida están marcadas además por un monte que sufrió la devastación, víctima de la continuidad de la acumulación “primitiva” u “originaria”, lo que David Harvey conceptualiza como “acumulación por desposesión” (2005, p. 113), situación que caracteriza al sistema mundial capitalista, el cual fija destinos de desertificación y destrucción para extensos territorios periféricos con el fin de sostener el orden desigual reinante.

III

Una pregunta que se me fue imponiendo conforme pisaba estos territorios fue ¿Qué es lo que la civilización le hizo a este campo? Pues es evidente que la desertificación aquí fue producto de la civilización, la cual se alimentó también de este bosque centenario. Y digo también por qué si bien en mis salidas a campear solo pude conocer algunos nodos del campo, deteniéndome a reflexionar con respecto al desmonte de La Isla, es evidente que lo sucedido en estas latitudes está conectado con la deforestación masiva que vivió nuestro país a partir de 1860, a la par de la conformación del estado nacional argentino, la profundización del capitalismo y la enorme multiplicación de la demanda de madera. Extensos bosques de las provincias de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Chaco, Formosa, y Santa Fe fueron arrasados, dejado a cambio sólo tierra yerma.

Como lo describe Ezequiel Adamovsky (2012), en el último tercio del siglo XIX:

La profundización del capitalismo significó que más tipos de bienes se volvieran bienes comerciables. La mayor avidez de los empresarios en la búsqueda de ganancias hizo que se consumieran cantidades crecientes de

diferentes tipos de materia prima y recursos naturales. La naturaleza se volvió terreno abierto para la depredación descontrolada y vertedero de los desechos y la polución que las nuevas actividades producían. Su deterioro pronto se hizo notar; en pocos años se evidenciaron efectos incomparablemente más dañinos que los que habían tenido los siglos precedentes. Pero además, en la nueva manera de relacionarse con el medio ambiente los más ricos utilizaban los recursos de todos para su propio enriquecimiento, mientras que los más pobres debieron sufrir las peores consecuencias de la estela de contaminación y depredación que dejaba a su paso. El mito de la “modernización” no toma en cuenta esta forma de desigualdad, ni las consecuencias en el mediano y largo plazo del deterioro ambiental.

El daño se notó tanto en el espacio rural como en el urbano y en ambos golpeó especialmente en la vida de las clases populares. La nueva escala en que se devastó la naturaleza tuvo uno de sus primeros ejemplos en la deforestación masiva (p. 46).

Si nos detenemos a pensar específicamente en la provincia de Catamarca, podemos coincidir con la caracterización que hace Antonio Brailovsky y Dina Foguelman (2017), quien afirma:

La historia de cómo la Argentina perdió una parte sustancial de sus bosques es un buen ejemplo de una política ambiental caracterizada por la inacción. Durante todo este periodo se explotan los bosques con un criterio minero; es decir, puramente extractivo sin prever su reposición, lo que de hecho lo transformó en un recurso no renovable (p. 180).

Como lo vimos en la primera parte de este escrito, las heridas abiertas del inconmensurable campo que se pierde hacia el sur de Andalgalá es un caso paradigmático. Empresarios locales e internacionales fueron los encargados de erigir los enormes ingenios que en tres décadas devastarán gran parte del extenso y precioso bosque de árboles.⁸⁶ Con la llegada del ferrocarril a Andalgalá en 1910, el desmonte continuó

⁸⁶ Nodos como Pilciao y La Constancia son espacios que aún me restan por caminar. Entre los años 2016 y 2019 anduve campeando por diversos lugares, pero sin poder llegar aún a estos nodos. Espero pronto poder llegar...

profundizándose, levantándose entre los algarrobales y retamales enormes aserraderos, como lo fueron los de Pilciao y La Isla.

Antonio Brailovsky y Dina Foguelman, pensando en las consecuencias de esta forma de extractivismo, nos convida una reflexión que refleja lo sucedido hacia el sur del sur de Andalgalá:

Podemos elaborar un esquema con consecuencias de comportamiento: en un primer momento, al iniciarse la explotación forestal, la economía local se expande, aumentan las fuentes de trabajo y hay un cierto efecto multiplicador sobre la región. Pero todo ello decae irremediabilmente a medida que los montes comienzan a ralear y la zona se transforma en expulsora de población bastante antes del agotamiento del bosque, que suele ser, por otra parte, un proceso gradual.

Algunas notas sobre agenciamientos territoriales locales

*El monte se esperanza,
pintando sus dolores,
aunque lo tumbe el hombre,
semillarán sus flores.*

Bebe Ponti - Motta Luna - Sergio Luna (2005)
Sufrida tierra

Hay otras gestas libertarias que hacen “violentación simbólica” desde “creencias territoriales” en “espacio-tiempo otros”, que convoca a una “teoría local de la relacionalidad” a través de su “gestualidad ritual” a la “comunidad local de seres” en una “discursividad cósmica ampliada”, y que en esa trama de saberes, conocimiento y fuerza descolonizadora garabatean “matrices epistémico-prácticas”

José Luis Grosso
Del socioanálisis a la semiopraxis... (2012b, p. 124)

Habitar es siempre local y relacional, acontece en un lugar y en conversación...

Alejandro F. Haber
Al otro lado del vestigio... (2017, p. 65)

I

En este ejercicio de tejer pensamiento y escritura quisiera, a continuación, detenerme a reflexionar en torno al concepto de “territorio”. Para ello volveré sobre

algunos de los aportes realizados por José Luis Grosso quien, hace más de una década, viene pensando densamente el territorio y lo territorial. La propuesta de Grosso parte de problematizar el concepto de “territorio” concibiéndolo como “entramados territoriales”. Focalizando su estudio en las provincias de Santiago del Estero y Catamarca, nos advierte que los entramados territoriales en estas provincias del Estado-Nación refieren a la:

...imbricación de las políticas de gestión del conocimiento territorial de diversos agentes: el capital neo-extractivista, el Estado Nación, las disciplinas científicas y los agentes locales (...) los cuales interactúan en relaciones de solapamiento, negociación y/o conflicto desde sus respectivas concepciones diferenciales y heterogéneas de territorio (2016a, p. 1).

Así, las disputas territoriales, a la vez que se traducen en conflictos, resistencias y negociaciones dentro del (único) “territorio” establecido, nos advierten de la diversificación histórica, epistémica y cultural de las concepciones de “territorio” convocadas por los agentes heterogéneos en los conflictos, resistencias y negociaciones.

Al respecto, profundiza Grosso:

...es tal el peso de imposición, redundancia y saturación del concepto hegemónico de “territorio”: el del Estado-Nación, en conveniencia con el ámbito disciplinario científico y académico y de gestión empresarial, que solo puede abrirse lugar a las concepciones locales de “*territorio*” en la medida en que la propia investigación sospeche y ponga en suspenso el sentido común de la creencia “*territoriales*” desde la cual tiende, *sponte sua* a concebir el “*territorio*”, lo cual implica asimismo que lo trata, meramente, como “concepción” o “representación”.

Sólo un desplazamiento y dislocación de la investigación y del investigador, una *alteración epistémica que abre una mudanza epistémica* puede hacer emerger las *comunidades de seres* en una *discursividad cósmica extensa de humanos y no-humanos, vivos y muertos, dioses y cosas*, en la que agencian diferencialmente su territorio en/bajo/contra el “territorio” dominante los agentes sociales (2016a p. 12, 13).

Compartir en la casa de don Julio y doña Graciela y salir a camppear fue lo que me permitió introducirme en aquellas otras concepciones locales del territorio. Fue vivenciar ese desplazamiento y mudanza epistémica y existencial lo que me permitió entrar en la trama relacional de la comunidad local de seres; semiopraxis en contextos de relaciones interculturales poscoloniales nos diría José Luis Grosso (2012b, p. 9).

II

¿Qué concepciones del campo se crían entre la gente con la que compartí aquellas conversaciones y salidas a camppear? ¿Qué nos dice Alejandro Brizuela del campo? *“El campo [nos señala] “ha criado familias sobre familias (...) ha matado el hambre de varios”*. El campo y La Isla están marcados por una historia de *“laburo pesado”* de *“gente hecha y criada en el campo”*, donde la tierra ha dado todo. Las huellas que surcan los arenales y medanales del campo y La Isla son testimonios borrosos de esto que nos advierte Torero. El campo es un lugar de vida, trazado por múltiples huellas, asediado por variados fantasmas y espectros. Cómo negarlo, *“a mis viejos el campo, la tierra, le ha dado mucho”* enfatiza Torero. Hogar donde la crianza estuvo marcada por la humildad, el respeto, la libertad y la igualdad, otra ética cultura. En el campo, *“si tenés que comer sentau, comés sentau, y no se te cae nada porque comas un plato de comida en el campo, o cortés un pedazo de carne, no se te cae nada, seguís siendo la misma persona”*. Un lugar donde *“nadie es más que nadie”*, donde a pesar de todo, *“la tierra te protege”*.

Por supuesto, la remembranza que nos ofrece Alejandro Brizuela está muy lejos de una romantización del lugar. Entre sus recuerdos aparecen constantemente los fantasmas del extractivismo a la que fue sometida toda la región. *“...lo tengo patente”*, nos cuenta, *“La Isla era una selva”*. (...) *antes, cuando existía el tren, lo que es la vía, se llevaba mucho el parqué de aquí de Andalgalá, (...) lo transportaban y lo cargaban al vagón, (...) en el aserradero se trabajaba mucho parque, cortaban vigas, toneladas, todo... ¡Uh, yo iba a jugar ahí cuando era chiquito! Me acuerdo de que iba a jugar a los bordos de aserrín, ¡montañas de aserrín!, que tiraban las máquinas, (...) montañas de aserrín puro... Y más allá (...) había cuatro hornos que quemaba la gente el carbón, hornos de leña verde (...) hornos que sacaban quinientas, ochocientas bolsas por horno.*

Pienso, leyendo a Mariano Féliz y Haro Andrea (2018), que lo sucedido en el campo y La Isla fue una *“superexplotación de la naturaleza”* (p. 46). *“¡Hacha, hacha, hacha!”*, nos dice don Julio también, *“¡Camionadas! (...) ¡tres, cuatro viajes de diez toneladas por día! (...) treinta toneladas por día se acarreaban para La Isla, donde estaba el*

aserradero. Y bueno, alguna vez se tendría que acabar, y se acabó nomás... El hacha y el vino, de día y de noche...”

III

Como me lo dijeron en reiteradas oportunidades, el campo tiene muchas historias, Pero, volviendo a la pregunta que me hacía más arriba ¿Qué historias se continúan tejiendo allí? Aprendí escuchando que las múltiples historias compartidas tejen existencias allá en el campo y La Isla, donde tantos hacheros y sus compañeras dejaron sus marcas, ofreciendo sus vidas a la embriagante tarea de talar el árbol y hacer el carbón para criar a sus hijos. Además, las historias que se cuentan en estas latitudes no solo son protagonizadas por seres humanos, sino que estos se relacionan con otros seres no humanos, vivos y muertos; con santos y demonios, todos en un extenso hábitat que late, que vive y se siente.

¿Cómo se cuentan tales historias? Las historias se comparten, se conversan, se transmiten, se chusmean, se vivencian en cada una de las palabras que se enuncian, sintiendo con los pelos de punta, más allá de los cinco sentidos. Cuando se escucha con atención, es el cuerpo que reacciona, erizándonos la piel ante lo imprevisto. Allá en el campo, además, si las historias se invocan de noche, siempre se siente la presencia de algo que merodea alrededor, siendo parte, pero, a la vez, a punto de devorarnos. Una mira hacia la oscuridad y siente la mirada vigilante de algo que se esconde en la arboleda o el yuyal; uno puede sentirse seguro a la luz de una fogata, en la compañía de amigos, pero sabe que hay algo más ahí detrás de los jarillales. José Luis Grosso nos diría, toda una comunidad alterada de solidaridades comunitarias:

...que no está circunscrita sociológicamente (...) tampoco circunscrita antropocéntrica, y que, por lo tanto, pone en vilo un nuevo pensamiento de lo político, porque allí intervienen, en esas *solidaridades comunitarias*, seres no humanos, muertos juntos con los vivos, cerros, piedras, agua...
(Grosso, 2016b, p. 20)

Como no, aquellas conversaciones sobre espantos y espectros en el puesto de los Pihualas, las historias transmitidas por los hermanos Brizuela, don Julio y doña Graciela significaron un tajo en la episteme moderno colonial en la que me había estado formado en la universidad. Aquel cerco disciplinar que tan prolijamente había ido dividiendo en mi entendimiento al pasado del presente, la materia del espíritu, al cuerpo del intelecto, a

la razón del afecto (Haber, 2016: 146), sucumbió ahí en el campo ante una conversación ampliada, donde los seres vivos y muertos formaban parte de una compleja red de relaciones. Pareciera ser que la historia, en estas latitudes, al otro lado de occidente, hacia el sur del sur global, “*es parte de las relaciones que se deben atender en la comunidad, en donde la gente, los antiguos y los dioses mantienen interacciones que se deben modular*”. (Haber, 2011b, p.16)

Definitivamente, fue el salir a camppear, a conversar, lo que me permitió introducirme en esa otra manera de entender el mundo, sintiendo, a la par de aquellos agobiantes calores del sur de Andalgalá, el abrazo libertario de los llanos, libertad que aun hoy es resistencia; resistencia al insistente proceso de desterritorialización que surca la memoria de toda la región; resistencia que, como ayer, hoy se transita entre amigos, a la par de nuestras compañeras, entre guerreros y, entonces, ser criados por el campo a la vez de criarlo, agencia el territorio, tensionando la representación hegemónica que aún insiste en señalar al lugar como espacio de mera extracción...

Campo y crianza. Relacionalidades locales hacia el sur de Andalgalá

*El árbol que tú olvidaste
siempre se acuerda de ti,
y le pregunta a la noche
si serás o no feliz.*

Atahualpa Yupanqui
El árbol que tú olvidaste (1966)

*Era el tiempo viejo la flor,
la madera frutal,
luego el hacha se puso a golpear,
verse caer, sólo rodar,
pero el árbol reverdecerá, nuevo...*

Hamlet Lima Quintana
Zamba para no morir

...lo domestico es un espacio y, a la vez, un lenguaje, una semilla de relaciones.

Alejandro Haber
La casa, las cosas y los dioses (2011b, p. 146)

I

En el ejercicio de sentir con los pies, poco a poco fui aprendiendo la importancia que tiene el conocimiento relacional para aquellos con quienes compartía mis salidas.

Todas aquellas conversaciones compartidas con los changos en el puesto de Los Pihuala, con Julito, Visera, Drácula, Joaquín y Manuel, con Torero, con don Julio y doña Graciela, evocaban al campo como un lugar de crianza, en el cual se había vivido, lugar al que siempre se estaba necesitando volver, aunque fuera solo por ratos, para mantener un vínculo que significa identidad. Asimismo, La Isla, uno de los centros históricos del campo, se configura como espacio de vida y muerte, hogar de decenas de familias, a la vez que morada del hambriento aserradero.

Ojeando nuevamente los textos de Alejandro Haber (2011b), me detengo en una de sus reflexiones fundamentales:

La teoría de la relacionalidad local es (...) una teoría perfectamente conocida por la gente, tanto que es el metro contra el cual miden las evaluaciones morales. No se trata de un entramado invisible, sino que es perfectamente visible para quien lo conoce, aunque se debe aclarar que no es posible conocer las teorías locales de la relacionalidad si no es mediante el relacionamiento de acuerdo a esas mismas teorías, de manera que conocer y estar acaban por asemejarse lo suficiente como para que resulte superfluo diferenciarlos (p. 15).

Compartir fue lo que me permitió abrirme al aprendizaje en aquellas localidades; caminar, sentir, beber, comer, jugar, conversar, trabajar, fue lo que me permitió comprender que allí se creían y se mantienen relaciones existenciales. Allí, al sur del sur de Andalgalá, sobre la aún abundante arena, se teje pensamiento, se está y se vive; allí importan mucho los vínculos con el campo, en toda su infinita extensión, donde yacen los vestigios de La Isla y Pilciao, donde la Pacha dolida convive con la Virgen, donde Tupito, hachero muerto, comido por en el camino, aún surca huellas.

Aprendí que el campo es un lugar de complejísima teoría, frontera desde donde se piensa y se reflexiona la vida y la muerte, espacio hostil pero amable al mismo tiempo. El vínculo con el campo se sostiene estando-sintiendo, y, por ello, quienes tuvieron que soportar en carne propia la desterritorialización siempre están necesitando volver. En el campo se comparte entre pares, entre iguales, y el asado, el vino y la música, activan una y otra vez la memoria. La Pacha es quien aún cuida el campo, pues es uno de sus mortificados hijos. Como me lo explicaron en reiteradas oportunidades, no se puede estar en el campo sin el permiso de la Pacha, y cuando se bebe o se come en el campo, siempre se debe convidar a la Pacha. En el campo, a la Pacha le gusta el vino, pero también la

sangre. En el campo la Pacha es temida, y aunque se la piensa en forma de mujer, se sabe que tiene el poder de convertirse en otro ser para vigilar las intenciones de quienes transitan el campo. A la Pacha se la respeta, porque también sabe castigar.

La Isla está dentro del campo, y es uno de sus centros históricos. En La Isla yacen los escombros del aserradero. Aún se puede ver que alguna vez fue hogar de decenas de hombres y mujeres que vivieron a su alrededor. El vínculo que los changos tienen con estos escombros es emotivo, sentimiento trenzado de afecto y tristezas. En La Isla las marcas de la deforestación se hacen evidentes; un aserrín rojizo aún envuelve la pisada. La Isla, lo que fuera alguna vez oasis, hoy está siendo tapado nuevamente por el algarrobal. El goloso aserradero terminó siendo devorado por el algarrobal, por la Pacha. Nunca había caminado por un pueblo fantasma; la primera vez que visualicé sus escombros, mis ojos veían lo que me habían contado don Julio y doña Graciela. Fue impactante llegar cargado de todas esas evocaciones vivenciales y ver la sequedad del desarraigo. En La Isla los recuerdos aún trenzan los tiempos, y las conversaciones siguen prendiendo las relaciones. De no haber conversado con todos aquellos que conversé antes de llegar a La Isla, tal vez solo habría visto un montón de cosas muertas. Haber caminado con Julito y los changos por los escombros del aserradero me permitió comprender que, en La Isla, el pasado no deja de pasar, como tampoco en el cuerpo dolido de don Julio.

II

En el inmensurable campo hay toda una red de vínculos muy estrechos. Uno de ellos es con el árbol. El árbol en el campo, que es el algarrobo, es la sombra que aún protege del sol y abriga del viento. Aguerrido árbol que en vida brinda alimento y regala sus ramas para el frío. Su cuerpo muerto, sea hecho tablón, leña o carbón, continúa regalando vida. Pienso en cuántos que, ayer, fueron condenados a arder en los ingenios para fundir nuestro oro para bolsillos ajenos, cuántos que fueron alimento de las locomotoras del progreso, cuántos que fueron mutilados para ser parque y así embellecer lejanos hogares.

Hoy, los jóvenes algarrobos en manos de los puesteros siguen siendo el combustible que les permite resistir al proceso de descampesinización global que los quiere arrancar-erradicar de los arenales. El algarrobo aún nos invita a compartir, a beber, a comer, a bailar y a jugar debajo de su copa, perdonando una y otra vez todos nuestros agravios. Bajo del algarrobal se sigue tejiendo la memoria. Memoria subalterna que invoca otras historias.

III

La caza, como me lo explicó Julito, es un conocimiento teórico y práctico; es complejo, y se aprende conversando con el territorio. La mejor compañía de todo cazador es el perro, y si es galgo, mejor. Como me lo explicaron, *“los perros en el campo te dan de comer”*, y por ello son muy queridos y respetados. La perra incluso es más valiosa en el campo. ¿Por qué? Porque esta le pelea al diablo me explicaron. Sí, en más de una oportunidad me advirtió Julito, *“podés ir al campo con cinco perros si quieres, pero cuantito estos vean algo raro, te van a abandonar... ¿Sabes por qué?, por qué el perro es cagón, como nosotros... Recuerdo haberle preguntado una vez ¿Y por qué la perra le pelea al diablo? ¡Porque la perra es macha!, -me respondió- es capaz de desangrarse peleando para salvarte, ¿sabes por qué?, porque la perra pelea como las mujeres... Nosotros pensamos que somos los machos por tomarnos un vino... ¡No, ellas son las machas! ¿Sabes lo que es criar un hijo en el campo...?”*

Por supuesto, cuando se sale a cazar en el campo hay que pedirle permiso a la Pacha. Por más que uno vaya bien equipado, incluso cargando un rifle en la espalda, hay que pedirle permiso a la pacha para cazar. La Pacha puede ser generosa con quienes cazan para comer, pero terrible con quienes lo hacen por deporte. Dicen que cuando uno caza sin permiso y por deporte, corre el riesgo de perderse en el campo, para luego ser comido por la Pacha. Una de las formas en que la Pacha pierde a los irrespetuosos es haciéndolos seguir una presa a la que nunca terminan de atrapar. Historias sobre esta metamorfosis tan temida abundan en este campo. Se dice que esa presa inalcanzable, que puede ser una liebre, una perdiz, u otro animal, es la mismísima Pacha. La Pacha convida, protege y castiga.

IV

Como me lo enseñaron también, la Virgencita y Tupito protegen a quienes van al campo. Ambos están siempre presentes. La Virgencita es la salvaguardia de otros seres peligrosos. Cuando se tiene miedo en el campo, se piensa en la Virgencita; es ella madre todopoderosa y protectora. Supe que todos los años, en el mes de julio, se realiza una fiesta en su honor en un paraje llamado Las Tranquitas. Tanto puesteros como quienes ya salieron del campo se congregan todos los años para rendirle devoción. Pude ver la imagen de la Virgen en uno de los márgenes del aserradero. La misma estaba en el interior de una casillita, sobre unos bloques y debajo del algarrobal. La relación con la Virgen es

total, y aunque no se la esté anunciando, se cuenta siempre con su bendición. Tupito es un santito popular que se encuentra en el camino que va de Huaco a La Isla. Cuando se pasa por frente de él, siempre se le debe saludar, pues nada le disgusta más que el olvido. Se sabe que puede cumplir favores, los cuales siempre son benignos; a cambio solo pide que de vez en cuando se lo visite. Cuando fue concedido un favor y no se cumple con las promesas de visitas, se pierde lo otorgado.

V

En el campo la memoria es de todos los que lo habitan y lo transitan, todos tienen algo que contar, algo que decir, pero como la experiencia se forja lentamente en relación, son los mayores quienes la custodian. La memoria se asemeja así a las aguerridas raíces del algarrobal que, insistentemente, se aferran al suelo y a vida, pero también a sus enredadas ramas que, desde un incierto presente, reactualizan la conversación. Las espinas del algarrobo pinchan, como pinchan los recuerdos, como hinca el presente. La memoria compartida trenza identidad. Cuando en el campo se evoca la memoria, el vino conmueve los sentidos. Se evoca la memoria para fortalecerse en el presente y disputar el futuro.

El vino, la música y el baile, las risas y los llantos, los recuerdos y la esperanza aún agencian un territorio que fue quemado. La guaracha, la cumbia, el folclore, el cuarteto y el chamamé conforman tejido en la sonoridad del territorio. En el campo y La Isla el territorio acústico es una composición, donde la música es enredada con el soplo del viento y el grito de zorros, catas, coyuyos y otros bichos. La música afloja el cuerpo y mitiga la existencia; compañera de dolores, puede disimular, como abrir viejas cicatrices. La música es alimento de la memoria. Cuando se escucha música en el campo se toma vino. El vino y la música abren otras puertas a esa extensa red de relaciones que se crían en el campo...

VI

En el campo hace mucho calor en verano y el invierno es terriblemente frío. Cuando hace calor, la copa de los algarrobos amortiguan el estar; cuando hace frío, el fuego descongela los huesos. La hostilidad climática del lugar se compensa con la remembranza, con el orgullo de haber sido criado por el campo. En verano se mira al cielo y se conversa con las nubes, se espera la lluvia en cada despertar; en invierno se busca mucha leña y el fuego nos acerca. A pesar de las precipitadas temperaturas, la

necesidad de volver conmueve una y otra vez los pies de los changos, atizando un vínculo de pertenencia que se resiste a desaparecer, avivando las llamas de una identidad de campo.

VII

Por supuesto, las veces que fuimos al campo lo hicimos en moto, auto o camioneta. Los vehículos importan mucho en el campo, particularmente las camionetas. Estas permiten no solo ir y volver, sino también llevar y traer muchas cosas. Como me lo explicaron los hermanos Pihuala en su puesto, detrás de la adquisición de tales vehículos hay toda una historia de sacrificios. Con don Julio también conversamos muchas veces de cómo él había logrado comprar su F-100 y de cómo, con ella, podía sacar leña del campo para vender y así mantener a sus hijos. En manos de Visera, la F-100 sigue siendo un motivo de orgullo para los Brizuela; no así la Chevrolet C-10 de Torero. Julito, que hace poco adquirió una camioneta Chevrolet C-10 también, me contó sobre la alegría que sintió la primera vez que salió al campo en ella con sus hijos y su mujer. Las motos también son muy parecidas en el campo, sobre todo las enduro.

Estos vehículos importan porque alivian el camino. Sucede que el campo mismo es un trazado de interminables caminos que se conectan entre sí, formando una extensa red de laberínticas huellas. Estas huellas enuncian destinos que solo pueden ser descifrados por quienes conocen el lugar. Los caminos que llevan a La Isla y a Pilciao son los más renombrados, pues en ellos se asienta una densa historia. Antaño fueron surcos de mulas, hoy perenne por las huellas de motos, camionetas y camiones.

Por último, si se sale al campo con fines puramente festivos, y a falta de guitarrero, lo que no puede fallar un parlante bien cargado. Sí, las veces que salimos al campo nunca nos faltó la música. Aquella vez en el puesto de los Pihualas, contamos con un gran generador y un enorme parlante; cuando fuimos al campo y La Isla, Cristian llevó su parlante karaoke, el cual conectamos a la batería de la F-100 de Visera; cuando fui con Torero, llevamos un “musiquero”, parlante pequeño a batería. De estos artefactos brotan las melodías que electrizan la memoria.

VIII

Llegado hasta este punto, creo que aún es introductorio todo lo que he podido convidar hasta aquí. Pienso incluso que, si bien fueron muchos años compartidos hacia el

sur de Andalgalá, aún resta mucho por andar y desandar. Mientras voy cerrando este escrito, sigo conversando con don Julio, doña Graciela, Vero, Julito, Visera, Torero...

Inconmensurable campo, infinitos seres que lo cohabitan, les doy las gracias por permitirme caminar por entre sus dolidas huellas. Lo compartido, lo conversado, lo aprendido marcará mi existencia para siempre. Infinito polvo finito, constelación de arena y carbonilla, gracia por permitirme escuchar el susurro de tu poderosa crítica.

Palabras finales de una investigación abierta...

*Bajo la sombra de un árbol
me hallaba casi dormido,
qué hermosa estaba la tarde,
los árboles eran trinos,
volaron mis sentimientos
colgados en un suspiro.*

*De pronto llegó una brisa
que olía a viejos recuerdos,
estaba todo presente,
todo lo que yo más quiero,
como si el tiempo se abriese
dejando ver sus misterios (...)*

*No pierdas jamás de vista
los tonos de la inocencia:
al tiempo de los colores
volvé cuantas veces puedas,
y a tu corazón bordado
con hilos de transparencia.*

Peteco Carabajal
Bajo la sombra de un árbol (1996)

*En mis horas de tristeza
siempre me pongo a pensar
cómo pueden olvidar
algunos de mis paisanos
rancho, padre, madre, hermano
con tanta facilidad.*

Julio Argentino Jerez
Añoranza

*No puede haber un discurso de la descolonización, una teoría de la descolonización, sin una
práctica descolonizadora.*

Silvia Rivera Cusicanqui
Ch'ixinakax Utxiwa... (2010, p. 62)

Bueno, ha llegado el momento de dar cierre a este escrito, su elaboración ha sido un trabajo arduo. Lo vivenciado, lo pensado y lo escrito en estos años, convidado a ustedes en este humilde trabajo, fue fruto de una largo caminar. Por supuesto, este cierre no significa un final, pues aún restan muchos caminos por recorrer, pero quisiera, aunque el pensamiento no cese, dejar descansar la escritura por un instante.

Que difícil encontrar una conclusión a una investigación que recién empieza... Claro, muchas preguntas me interpelan mientras trato de cerrar este escrito. Pienso en la densidad histórico vivencial del campo, en su compleja geograficidad. Aquel territorio trazado por infinitas huellas y caminos que enuncian existencias fronterizas, infinito Salar de Pipanaco, donde la memoria del indio, del peón, del campesino, de animales, árboles y espectros aún agencian el territorio. Pienso en todo lo que aún me resta por aprender, todo lo que me queda por campear de aquella inconmensurable constelación.

Concluyo por ahora que la experiencia de compartir, conversar y campear todos estos años me permitió incluso aprender a escribir de otra manera. Es verdad, antes de esta experiencia investigativa indisciplinada, la escritura académica me resultaba una meta inalcanzable. Claro, hoy no puedo decir que cuelgo en mi pecho esa medalla, pero resulta que, al reverso de aquella pretensión, siempre están las relaciones criadas con todos los que uno comparte. Así fue como, aferrándome al habitar, dejé que la escritura tomara un rumbo sin lineamientos, haciéndola parte de la vida, una vida más preocupada por la relación, por compartir charlas, caminatas, mate, comida y vino.

El andar me permitió entender también que es posible aprender otra gnoseología, “catamarcana”, diría Alejandro Haber, “donde el conocimiento no es intelectual, o abstracto sino concreto y corporal (...) consecuencia natural de la relación en la comunidad local de seres (...) conocimiento [que] no es el instrumento para dominar la vida, sino la vida misma” (2020, p. 534). Entonces así, el ejercicio etnográfico y autoetnográfico puede ser un espacio posible de emancipación, un espacio creativo y deconstructivo.

Durante el pasado 2020 viajar a Andalgalá ha sido muy difícil, solo lo he podido hacer en dos ocasiones. Pude compartir con mis amigos los primeros días de enero, brindando por un nuevo año en la casa de don Julio y doña Graciela y, por las circunstancias del COVID-19, solo pude volver por un fin de semana en el mes de marzo. Durante el 2020 no he podido salir a campear siquiera una vez. Aquí en la ciudad pude recibir a don Julio también en dos oportunidades durante el mes de junio, cuando vino a hacerse unos estudios médicos. Pudimos continuar conversando, reflexionando esta vez sobre las implicancias del COVID-19 en nuestras vidas, y de cómo el mundo en el que nos criamos se hace cada vez más lejano.

En lo que va del 2021 pude viajar a Andalgalá también en dos ocasiones. En el primer viaje estuve desde los primeros días de enero hasta mediados de marzo. Fue un momento en el que pudimos compartir muchas cosas en la casa de don Julio y doña

Graciela. Conversamos, comimos y bebimos. Un momento inolvidable fue cuando lleve una bolsa de membrillo que me había regalado mi padre e hicimos dulce de membrillo con las chicas para toda la familia. Tengo que decir también que durante esos meses estuve muy activo con respecto a la lucha en contra de la megaminería que se vive en Andalgalá, lo que me mantuvo yendo y viniendo de Huaco a Chaquiago. El segundo viaje se dio a mediados de Julio, también, yendo y viniendo de Huaco a Chaquiago, preocupado por todo lo que está pasando en mí territorio. Durante esta última estadía, a la par de poder conversar con algunos amigos que habían sido encarcelados injustamente por manifestarse en contra del proyecto MARA-Agua Rica, pude compartir con toda la familia Brizuela en la finca de Torero, ver como crecen sus plantas de membrillo me dieron fuerzas y esperanza...

En fin, me despido con un hasta pronto. Gracias por la paciencia de leer la enredada escritura de un andalgalense indisciplinado más. Digo “nos estamos viendo”, mientras suena en mis oídos “Algarrobo” de León Cecenarro, empujándome a cargar la mochila para volver otra vez a Andalgalá. ¿Hacia dónde me estará llevando esta investigación indisciplinada? Solo el huayra lo sabe.

*Mi gente lo llama el árbol
milenaria raíz maderal
Abrazaste tu vida a la lucha
entre piedras de aquel jarillal
Nadie supo que había un mortero
heredad de mi raza diaguita
En el cuenco redondo y profundo
tu simiente pudo germinar, pudo germinar.*

*Las viejas comadres dijeron
que si es negro es del salitral
Que lo trajo el viento en sus alas
huayrapuca de la libertad
Sos el vuelo de un cóndor andino
remontando al cielo calchaquí
Para hacerte agujijón y pelea
en la memoria del gran Chelemín, Chelemín.*

*Algarrobo
Algarrobo
Algarrobo
Algarrobo*

*Sos emblema de un pueblo que lucha
por el agua de Andalgalá
No podrán las mineras robarnos*

*ni el futuro ni la dignidad
No podrán las mineras matarnos
con Atajo, Alumbreira y el Agua Rica
Al santuario que es el Aconquiya
jamás, dejaremos tocar, tocar, tocar.*

*Mi pueblo guarda en su memoria
el valor que aún sale a pelear
Por siglos de oprobio y despojo
que jamás debemos olvidar
Todavía nos roban el oro
con la infamia y la complicidad
De gobernantes que al pueblo traicionan
y por monedas nos entregaran, nos entregarán.*

*Aquel triste 15 de febrero
tu raíz como cuña partió
A la piedra de la injusticia
donde el pueblo en la calle peleo
Defendiendo el agua y la vida
por los hijos y los que vendrán
Malditas mineras de muerte
jamás dejaremos pasar, pasar, pasar.*

Algarrobo...

*Sos emblema de un pueblo que lucha
por el agua de Andalgala
No podrán las mineras robarnos
ni el futuro ni la dignidad
No podrán las mineras matarnos
con Atajo, Alumbreira y el Agua Rica
Al santuario que es el Aconquiya
jamás, dejaremos tocar, tocar, tocar.*

*León Cecenarro,
Algarrobo*

Bibliografía

- Adamovsky Ezequiel (2012). *Historia de las clases populares. Desde 1880 hasta 2003*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Sudamericana.
- Azurmendi de Balnco, M. (2007). Recorrido histórico de la minería catamarqueña. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca. Setenta años después* (2005 – 2006 – Año XV), 19-42. Catamarca, Argentina: Ediciones Color S.A.
- Bazan, A. (1996). *Historia de Catamarca*. Buenos Aires, Argentina. Plus Ultra.
- Benjamin, W. (2009). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Brailovsky A. y Foguelman D. (2017). *Memoria Verde. Historia ecologica de la argentina*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Calvino, I. (2013). *Las Ciudades Invisibles*. Madrid, España: Siruela.
- Caro, R. (2004) Síntesis biográfica de los autores. En F. Schickendantz y S. Lafone Quevedo. *Escritos económicos*. Catamarca, Argentina: EC Edicosa.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La poscolonialidad explicados a los niños*. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca.
- Castro-Gomez, S. (2017). El lado oscuro de la “época clásica”. Filosofía, ilustración y colonialidad en el siglo XVIII. En Mignolo W. (comp.) *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial* (pp. 89-113). Buenos Aires, Argentina: Del Signo.
- Colección del Diario Clarín (2007). *Atlas total de la República Argentina. Catamarca*. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino S.A.
- Chaile, C.; Romano, F.; Flores D. y Miranda, E. (1998). *Un recurso natural “el algarrobo”, y los mecanismos de cuidado en el medio*. Investigación coordinada por la Prof. Dalila M. Ortiz en el año 1998 en el IES Andalgalá, en el marco del cursado del Profesorado en Historia, en la cátedra Taller de Practica I. [Monografía] Sin editar.
- Deleuze, G.; Guattari, F. (1976) *Rizoma*. Consultado el 7 de mayo de 2019 en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/e4da0286-7284-4799-ade1-4739f3427ccb/rizoma>
- De Sousa Santos, B. (2004). *Otra globalización es posible. Dialogo con Boaventura de Sousa Santos*. En *Iconos*. Nro. 19, mayo 2004 p. 100-111. Ecuador: Flacso. Disponible: file:///C:/Users/Ren_h/AppData/Local/Temp/MicrosoftEdgeDownloads/9528f858-ec72-4003-94b1-627833cd7857/Dialnet-OtraGlobalizacionEsPosible-4823266.pdf
- Draghi Lucero, J. (1966). *El hachador de Altos Limpios*. Ed. EUDEBA. Buenos Aires.
- Féiz M. y Haro A. (2019). Dependencia, valor y naturaleza. Hacia una revitalización crítica de la teoría de la dependencia. En *Revista Sociedad* (Nro. 38), p. 45-56.
- Ferrarotti, F. (1990). *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Fígari, C. (2011). *Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica*. Consultado el 7 de octubre de 2019 en: https://epistemologiascriticas.files.wordpress.com/2011/05/figari_conoc-situado.pdf

- Furlong, G. (1964). *Samuel A. Lafone Quevedo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Culturales Argentinas.
- Gordillo, G. (2018). *Los escombros del progreso: Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y desforestación sojera en el norte argentino*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Grosso, J. (2012a). *No se sabe con qué pié se desmarcará otra vez. Discurso de los cuerpos y semiopraxis popular-intercultural*. Catamarca Argentina: Encuentro Grupo Editor.
- Grosso, J. (2012b). *Del socioanálisis a la semiopraxis de la gestión social del conocimiento. Contranarrativas en la telaraña local*. Popayán, Cauca, Colombia: Editorial Universitaria del Cauca.
- Grosso, J. (2016a). La independencia debajo de la historia. En cuadernos de trabajo *Tejiendo la Pirka* (vol 8), pp. 12-17. <https://www.fundacionciudadabierta.org/tejiendo-la-pirka>
- Grosso, J. (2016b). La comunidad “alterada”: Cuerpos, discursos y relaciones entre seres humanos y no-humanos. Matrices interculturales de la hospitalidad. En cuadernos de trabajo *Tejiendo la Pirka* (vol 8), pp. 18-28. <https://www.fundacionciudadabierta.org/tejiendo-la-pirka>
- Guha R. (2002). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, España: Crítica.
- Haber, A. (2011a). “Nometodología payanesa. Notas de metodología indisciplinada.” *Revista Chilena de Antropología* (Nro. 23, 1º Semestre), 9-49.
- Haber, A. (2011b). *La casa, las cosas y los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Catamarca, Argentina: Encuentro Grupo Editor.
- Haber, A. (2016). Arqueología, indisciplinada y descolonización del conocimiento. En SHEPHERD, Nick; GNECCO Cristóbal; HABER, Alejandro. *Arqueología y decolonialidad*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Signo.
- Haber, A. (2017). *Al otro lado del vestigio. Políticas del conocimiento y arqueología indisciplinada*. Popayán, Cauca, Colombia: Universidad del Cauca / JAS Arqueología / Ediciones del Signo.
- Haber, A. (2020). Por razones de público (meta) conocimiento. Escenas de gnoseología catamarcana. En *La Biblioteca, Revista Fundada por Paul Groussac*. Dossier especial: Resquebrajaduras del presente. Virus, neoliberalismo y humanidades, primavera 2020. Buenos Aires, Argentina: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.
- Harvey D. (2005). *El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión*. Consultado el 20 de junio del 2020 en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>
- Johnson, R. (1943). *Vacaciones de un inglés en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Albatros.
- Katzer L. (2019). *Etnografías nómades. Teoría y práctica antropológica (pos)colonial*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Kusch, R. (2008). *La negación en el pensamiento popular*. Buenos Aires, Argentina: Las Cuarenta.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing Libros.
- Mariátegui J. (2010). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Buenos Aires Argentina: Prometeo libros.
- Martí, J. (1993). Nuestra América. En Leopoldo Zea (comp.). *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: F.C.E.
- Melgarejo, P. (2013). *Maestros que hacen historia / Tejedores de sentidos: entre voces, silencios y memorias*. Chiapas, México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

- Mignolo, W. (2018). *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. España: Akal.
- MTD de Solano y Colectivo Situaciones (2002). *Hipótesis 891. Más allá de los piquetes*. Buenos Aires, Argentina: De mano en mano.
- Navarro Santa Ana, L. (2014). *Breves historias de Catamarca*. Catamarca, Argentina: Secretaría de Extensión Universitaria - UNCA.
- Porto-Gonçalves W. (2015) *Geo-graftías con Carlos Walter Porto-Gonçalves / Entrevistado por Gina Aichino, Alexis Correa, José Haidar Martínez, Lucas Palladino, Carla Pedrazzani y Beatriz Ensabella*. Revista del Departamento de Geografía. FFyH - UNC (Año 3. N° 4 - 1° semestre 2015) pp. 230-263.
- Quijano, A. (2016). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (coord.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina. CICCUS – CLACSO.
- Reinaga, F. (2010). *La revolución india*. La Paz, Bolivia: Movimiento Indianista Katarista.
- Rivera Cusicanqui, S. (1987). El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia. En revista *Temas Sociales*, IDIS/UMSA (Nro. 11), 49-64.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayo desde un presente en crisis*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.
- Vervoorst, F. (1954). *Observaciones ecológicas fitosociológicas en el bosque de algarrobo del Pilciao, Catamarca* (Tesis presentada para obtener el grado de Doctor en Ciencias Naturales). Universidad de Buenos Aires. Sin editar.
- Volney, C. ([1789] 2003). *Las ruinas o meditación sobre las revoluciones de los imperios precedidos de su biografía y seguidas de la Ley Natural*. Consultado en: <https://biblioteca.org.ar/libros/89154.pdf>

Canciones citadas

- Cafrune, J. (1962). *Voy andando*. Álbum: Folklore. Emoción, canto y guitarra. Editado en Argentina por H y R. Una versión disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=AMvrdoeHWNo>
- Cantos, R. (1995). *Retorno al norte*. Álbum: La cantada. Distribuidora Belgrano Norte SRL Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=LT4hx4Y0ypE>
- Cantos, R. (2008). *Desmonte*. Álbum: Taquetuyoj. Distribuidora Belgrano Norte SRL Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=DNn5DzU7_1U
- Carabajal, P. (1996). *Bajo la sombra de un árbol*. Álbum: Soy santiagueños, soy chacarera. Disponible en: www.youtube.com/watch?v=uJwvreQ2XoU
- Cecenarro L. *Algarrobo*. Un version de Bruno Arias en: <https://www.youtube.com/watch?v=iFrrHlyW49U>
- Hermética (1989). *Tu eres su seguridad*. Álbum: Hermética. Letra de Ricardo Iorio. Sello discográfico Radio Trípoli. Una versión disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=UeyS9Gm3tA0>
- Jerez, J. *Añoranza*. Una versión de Carlos Carabajal disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=RNk-LIOcfkI>
- Kalama Tropical (1989). *Aquí comienza la diversión*. Álbum: Al fin llegó. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=mJF6ZcokZOY>
- Lima Quintana H. (1987). *Zamba para no morir*. Álbum: El arbol de la vida. Sello Discos Redondel. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=F2vzO8u6FaM>
- Los Fronterizos (1972). *Zamba del Carbonaro*. Álbum: Zamba para mi patria. Manuel José Castilla (Letra) Eduardo Madeo (Música). Sello, Philips. Una versión en: <https://www.youtube.com/watch?v=A8kj3UL7xbI>
- Los Manseros Santiagueños (1981). *Chacarera para mi vuelta*. Álbum: 20 años de los Manseros. Una versión disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Wr2nWRse9jo>
- Los Manseros Santiagueños (1990). *Canto a monte quemado*. Álbum: 30 años con el canto. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=IsEfqIGSJOM>
- Los Palmeras (1997). *Parrandero*. Álbum: Un toque diferente. Una versión disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=vvn8ChxXTSU>
- Nápoli G. (1996). *Lo frágil de la locura*. En “La Renga”. Album: Despedazado por mil partes. Sello PolyGram. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=1f_fmRdJYMo
- Passani Hector. *Zamba del hachero*. Una version de Los gauchos de Guemes en: <https://www.youtube.com/watch?v=aXEb9CQS3BI>
- Ponti, B., Luna, M. y Luna, S. (2005) *Sufrida tierra mía*. Una versión de Motta Luna y León Gieco en: <https://www.youtube.com/watch?v=ee-LdMg-yQc>
- Yupanqui, A. (1960). *A que le llaman distancia*. Álbum: A que le llaman distancia... Sello Odeon LDS. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=nEk_oHFcq8I
- Yupanqui, A. (1964). *El payador perseguido*. Álbum: Relato por milonga. Industrias Eléctricas Y Musicales Odeon S.A.I.C. Una versión completa en: <https://www.youtube.com/watch?v=QYnodzuP--A>

Yupanqui, A. (1966). *El árbol que tú olvidaste*. Sello Odeon. Disponible en:
<https://www.youtube.com/watch?v=Q2-B4XJaRVQ>